AGATHA CHRISTIE

MUERTE EN LAS NUBES

Selecciones de Biblioteca Oro

El avión se acercaba ya al canal de la Mancha cuando la pasajera del asiento número doce, *madame* Giselle, inclinó la cabeza hacia adelante. Cualquiera hubiese dicho que se había quedado dormida. Cualquiera, menos el asesino que acababa de matarla. El pequeño dardo se clavó en el cuello de la víctima y el veneno surtió su efecto sin que ninguno de los demás pasajeros ni ningún miembro de la tripulación se diese cuenta de nada. El caso tendría todos los visos de lo insoluble si no fuera porque en el avión viajaba también Hércules Poirot.

Agatha Christie

Muerte en las nubes

Hércules Poirot - 12

ePub r1.3
Titivillus 27.03.16

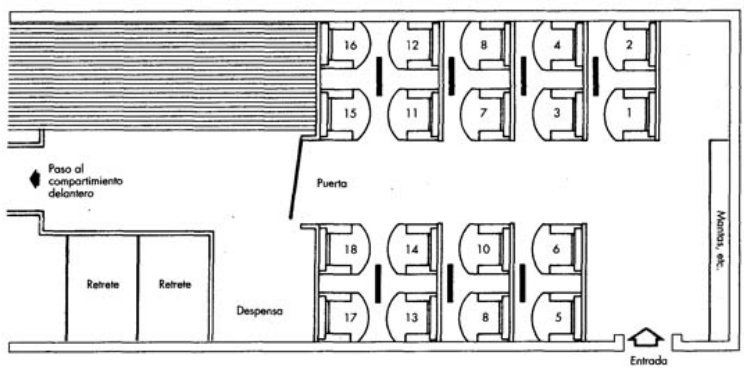
Título original: *Death In The Clouds*
Agatha Christie, 1935
Traducción: A. Nadal

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Ormond Beadle.

Pasajeros del avión Prometheus

PLANO DEL COMPARTIMIENTO POSTERIOR
DEL AVIÓN PROMETHEUS



Asientos

2. *Madame* Giselle
4. James Ryder
5. Armand Dupont
6. Jean Dupont
8. Daniel Clancy
9. Hércules Poirot
10. Doctor Bryant
12. Norman Gale
13. Condesa de Horbury
16. Jane Grey
17. Lady Venetia Kerr

Viajan también en el avión:

Henry Mitchell, camarero
Albert Davis, camarero ayudante
Madeleine, doncella de *lady* Horbury

Capítulo I

De París a Croydon

El sol de septiembre caía a plomo sobre el aeropuerto de Le Bourget, mientras los pasajeros cruzaban la pista para subir al avión Prometheus, que iba a salir de inmediato hacia la ciudad de Croydon.

Jane Grey fue de las últimas en entrar y ocupar su asiento, el número 16. Varios pasajeros ya habían entrado por la puerta posterior y pasado por delante de la cocina y de los dos lavabos, de camino hacia la parte delantera de la cabina. La mayoría de pasajeros ya estaban sentados.

Del otro extremo del pasillo llegaba un murmullo de conversaciones dominado por una voz femenina chillona y penetrante. Jane frunció ligeramente los labios. Aquella voz le era vagamente familiar.

—Querida, es extraordinario. No tenía la menor idea… ¿Dónde dices? ¿Jean les Pins…? ¡Ah! No. Le Pinet… Sí, la gente de siempre… Pues claro que sí, sentémonos juntas… ¡Oh! ¿No es posible? ¿Quién…? ¡Ah!, ya veo…

Luego, oyó la voz de un caballero extranjero y muy cortés:

—… con el mayor placer, *madame*.

Jane echó una mirada por el rabillo del ojo.

Un hombre menudo y maduro, de grandes bigotes y cabeza ovalada, abandonaba su asiento con sus pertenencias, para trasladarse a una plaza posterior.

Jane giró un poco la cabeza y vio a las dos mujeres cuyo inesperado encuentro había proporcionado al desconocido ocasión

de mostrarse tan cortés. El hecho de mencionar Le Pinet despertó la curiosidad de Jane, que también había estado allí.

Recordaba perfectamente a una de las mujeres por haberla visto apretar nerviosamente los puños en la mesa de bacarrá y palidecer de un modo que dio a su maquillada faz la apariencia de una frágil porcelana de Dresde. Se dijo que no tendría que esforzarse mucho para recordar su nombre. Una amiga lo había mencionado, añadiendo que no era aristócrata por nacimiento, sino que era una corista o algo por el estilo.

Su amiga lo había dicho con un profundo desdén. Sin duda había sido Maisie, la que era tan buena masajista.

La otra mujer, en opinión de Jane, era una auténtica dama, de las que poseen caballos en su casa de campo. Pero pronto se despreocupó de las dos mujeres para distraerse con la contemplación del aeropuerto de Le Bourget, que podía observarse desde la ventanilla. Había allí otros aparatos, y le llamó especialmente la atención uno que parecía un ciempiés metálico.

Estaba decidida a no mirar al frente, al joven que se sentaba frente a ella, que llevaba un jersey de un azul intenso. Jane estaba resuelta a no levantar los ojos más arriba del jersey para no tropezar con la mirada del muchacho. ¡Eso nunca!

Los mecánicos gritaron algo en francés, los motores rugieron con un ruido espantoso que luego se mitigó ligeramente. Retiraron los calzos y, finalmente, el avión empezó a moverse.

Jane contuvo el aliento. Sólo era su segundo vuelo y aún mantenía despierta su capacidad de emocionarse. Por un instante, pensó que iban a estrellarse contra las vallas de enfrente. Pero no: el avión se estaba elevando, giraba suavemente en el aire y Le Bourget iba quedando tras ellos.

El vuelo del mediodía rumbo a Croydon había comenzado, transportando a veintiún pasajeros: diez en el compartimiento anterior y once en el posterior. Llevaba además dos pilotos y dos camareros. El ronquido de los motores quedaba bastante amortiguado y no era necesario taparse los oídos con algodón. Con todo, el ruido era lo bastante intenso como para perturbar la charla e invitar a la meditación.

Mientras el avión rugía sobre las tierras de Francia rumbo al canal de la Mancha, los viajeros del compartimiento posterior se

entregaban a sus pensamientos respectivos.

Jane Grey se decía: No voy a mirarle. No quiero. Es mejor no hacerlo. Fingiré mirar por la ventanilla y me concentraré en mis cosas. Elegiré algo en qué pensar, esa es la mejor manera. Mantendré mi mente entretenida. Empezaré por el principio y continuaré hasta aquí.

Con firme resolución, hizo retroceder su memoria hasta el momento en que adquirió un billete de la lotería irlandesa. Había sido una extravagancia, pero algo ciertamente muy emocionante.

Provocó los comentarios burlones de sus compañeras de la peluquería en la que estaba empleada:

—¿Qué harías si te tocase, querida?

—Lo tengo muy claro.

Castillos en el aire, un sinfín de proyectos.

Bien, no le tocó el primer premio, pero sí cien libras.

¡Cien libras!

—Gasta sólo la mitad, querida, y guarda lo demás para cuando estés en apuros. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—Yo me compraría un abrigo de pieles muy chic.

—¿Y por qué no haces un crucero?

Jane se había estremecido ante la sola idea de hacer un viaje por mar, pero se mantuvo fiel a su primera idea. Una semana en Le Pinet. ¡La de clientas suyas que iban allí! Cuántas veces se lo habían dicho, mientras sus manos acariciaban y arreglaban las ondas y su lengua pronunciaba maquinalmente las frases de rutina: «¿Cuándo se hizo la última permanente, madam?», «Su cabello tiene un color poco común, ¿no?», «¡Qué verano tan magnífico hemos tenido!, ¿no cree?». Cuántas veces había pensado: ¿Por qué diablos no puedo ir yo a Le Pinet? Bien, ahora podía darse ese gusto.

Por la ropa no había que preocuparse. Jane, como la mayoría de muchachas londinenses empleadas en establecimientos de belleza, sabía producir un milagroso efecto de ir a la moda con cuatro trapos. Las uñas, el maquillaje y el peinado no dejarían nada que desear en ella.

Jane fue a Le Pinet.

¿Era posible que ahora, al recordarlo, aquellos diez días pasados en Le Pinet se vieran ensombrecidos por un incidente?

Un incidente que tenía su origen en la ruleta. Jane destinaba

cada noche una determinada cantidad al placer del juego, decidida a no excederse ni en un céntimo. Contra la superstición general, aceptada como norma, al principio Jane tuvo mala suerte. Todo sucedió en su cuarta velada y, precisamente, en la última apuesta. Hasta entonces había jugado con prudencia a color o a una de las docenas. Ganó algo, pero perdió aún más. Finalmente, se hallaba indecisa, con unas fichas en la mano.

Nadie había jugado aún a dos números: el cinco y el seis. ¿Y si apostase a uno de aquellos dos números? ¿A cuál de ellos? ¿Al cinco o al seis? ¿Por cuál se inclinaba su instinto?

Por el cinco, iba a salir el cinco. La bolita daba ya sus vueltas y Jane alargó la mano. No, al seis, apostaría al seis.

Lo hizo a tiempo. Ella y otro jugador habían apostado a la vez: ella al seis y él al cinco.

—*Rien ne va plus* —anunció el crupier.

La bola dio un último saltito y se detuvo.

—*Numero cinq, rouge, impar, manque*.

A Jane estuvo a punto de escapársele una exclamación de contrariedad. El crupier recogió las apuestas y pagó. El jugador que Jane tenía ante sí preguntó:

—¿No recoge usted sus ganancias?

—¿Las mías?

—Sí.

—¡Si yo he apostado al seis!

—Se equivoca usted. Yo he apostado al seis y usted al cinco.

La obsequió con una sonrisa muy atractiva, mostrando unos dientes cuya blancura destacaba en un rostro moreno de ojos azules y pelo corto y crespo.

Sin acabar de creérselo, Jane recogió sus ganancias. ¿Sería cierto? Se sintió confundida. Quizá en su atolondramiento había apostado al cinco. Dirigió una mirada de duda al desconocido, que le correspondió con otra sonrisa.

—Cuidado —le advirtió él—. Si no recoge pronto sus ganancias, se las llevará cualquier desaprensivo. Es un truco muy viejo.

Luego, tras un saludo amistoso, se fue. Aquello también demostraba su delicadeza. De otro modo, le hubiera dejado suponer que le cedía sus propias ganancias como pretexto para conocerla. Pero no era de esos hombres, sino un chico encantador. Y ahora lo

tenía sentado frente a ella.

Pero todo había terminado. Ya no le quedaba dinero. Dos días en París, dos días de desilusión y, ahora, el vuelo de vuelta a casita.

¿Y luego qué?

Alto ahí, le rebatió Jane a su mente. ¿Qué te importa lo que venga después? Pensar en eso no haría más que ponerte nerviosa.

Las dos mujeres se habían cansado de hablar. Miró hacia el otro lado del pasillo. La señora de cara de porcelana lanzó una exclamación petulante, examinándose una uña rota. Tocó el timbre y, al acercarse el camarero con su chaqueta blanca, le ordenó:

—Avise a mi doncella. Está en el otro compartimiento.

—Sí, señora.

El camarero, deferente y solícito, desapareció. Se presentó al poco una francesita de pelo castaño, vestida de negro, llevando un pequeño joyero.

Lady Horbury le habló en francés.

—Tráeme el neceser rojo de piel, Madeleine.

La doncella se dirigió por el pasillo al fondo del avión, donde había un montón de mantas y maletas y volvió con un neceser rojo.

Cicely Horbury lo recogió y despidió a la doncella.

—Está bien, Madeleine. Déjalo aquí.

La doncella desapareció. Lady Horbury abrió el neceser y, del interior, sacó una lima de uñas. Luego se observó detenida y pensativamente en un espejito, se pasó la brocha de empolvar por el rostro y se retocó los labios.

Jane torció los suyos en una mueca despectiva y dirigió su mirada más allá.

Detrás de las dos señoras se sentaba el extranjero que había cedido su asiento a una de ellas. Muy arrebujado en una bufanda innecesaria, parecía dormir profundamente, pero, como si le molestase la mirada de Jane, abrió los ojos, la miró un momento y volvió a cerrarlos.

A su lado, había un tipo de rostro autoritario. Sobre sus piernas tenía abierto el estuche de una flauta que limpiaba con mucho esmero. A Jane le produjo una impresión cómica, pues más que músico parecía abogado o médico.

Detrás de ellos se sentaban dos franceses, barbudo uno de ellos y otro más joven, tal vez su hijo, que hablaban muy excitados y con

grandes ademanes.

Ante ella sólo estaba el joven del jersey azul, a quien, por motivos inexplicables, había decidido no mirar.

¡Qué ridículos estos nervios! ¡Ni que tuviera diecisiete años!, pensó Jane molesta.

Frente a ella, Norman Gale se decía:

Es hermosa, realmente hermosa. Y se acuerda de mí, seguro. Parecía tan decepcionada cuando recogieron su apuesta, que valía la pena darle el gusto de ganar. Y lo hice bastante bien. Es encantadora cuando sonríe. ¡Qué dientes, qué blancura! ¡Diablos! Estoy demasiado excitado. Calma, chico.

Le dijo al camarero, que se inclinaba sobre él con el menú:

—Tomaré lengua fría.

La condesa de Horbury pensaba:

¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? Estoy hecha una ruina, una ruina, sí. No me queda más que una salida. Si me atreviese… ¿Por qué no? Pero ¿cómo disimular lo que es tan evidente? Tengo los nervios alterados. Esa cocaína. ¿Por qué habré tomado yo cocaína? Mi cara está espantosa, sencillamente horrorosa. Y esa arpía de Venetia Kerr lo empeora todo con su presencia. Siempre me mira por encima del hombro como a una basura. Pretende a Stephen. ¡Bueno, pues no lo conseguirá! Su rostro alargado me descompone. Parece un caballo. Detesto a estas provincianas. ¡Dios mío! ¿Qué podría hacer? He de tomar una decisión. Razón tenía aquella bruja.

Metió la mano en un lujoso bolso en busca de la pitillera e introdujo un cigarrillo en una larga boquilla. Sus manos temblaban levemente.

¡Maldita zorra!, pensaba Lady Venetia Kerr. Tal vez sea técnicamente virtuosa, pero es una zorra de pies a cabeza. Pobre Stephen. Si al menos pudiera librarse de ella.

A su vez, sacó su pitillera y aceptó un fósforo de Cicely Horbury.

El camarero protestó inmediatamente:

—Perdón, señoras: no fumen, por favor.

—¡Diablos! —exclamó Cicely Horbury.

Es bonita esa jovencita, pensó Hércules Poirot. En su barbilla hay determinación. ¿Por qué estará tan preocupada? ¿Por qué está tan decidida a no mirar al joven que tiene delante de ella? Ambos son muy conscientes de su mutua presencia. (El avión cayó en un

ligero bache). *Mon estomac*!, se dijo Hércules Poirot cerrando los ojos con determinación.

A su lado, el doctor Bryant, acariciaba amorosamente su flauta:

No puedo decidirme, sencillamente, no puedo, pensaba. Éste es el giro más decisivo de mi carrera.

Nerviosamente sacó la flauta del estuche, cuidadosa, cariñosamente. La música… En la música encontraba alivio a todos los contratiempos. Sonriendo, acercó la flauta a sus labios y luego la devolvió al estuche. A su lado, el hombrecillo de los bigotes dormía profundamente. Por un momento, al cruzar el avión unos baches de aire, le había visto palidecer. El doctor Bryant se congratuló de no marearse por tierra, mar o aire.

Monsieur Dupont padre se revolvió agitadamente en su asiento, increpando a *monsieur* Dupont hijo, que tenía a su lado.

—No cabe la menor duda. ¡Todos están equivocados: los alemanes, los norteamericanos, los ingleses! Se equivocan en la datación de la cerámica prehistórica. Si observamos la de Samara…

Jean Dupont, alto, rubio, con una pose de indolencia, admitió:

—Hay que obtener todas las pruebas posibles. Ahí tienes el Tall el Halaf y el Sakje Geuze…

La discusión prosiguió.

Armand Dupont abrió atropelladamente un maletín muy gastado.

—Observa estas pipas kurdas, fíjate cómo las hacen hoy. Los adornos son casi idénticos a los que se ven en la cerámica de cinco mil años antes de Cristo.

Con un elocuente ademán, estuvo a punto de tirar la bandeja que un camarero dejaba delante suyo.

El señor Clancy, autor de novelas policíacas, se levantó de su asiento, situado detrás de Norman Gale, y se dirigió al fondo del avión. Allí sacó un libro del bolsillo de su gabardina y volvió con él para elaborar, por motivos profesionales, una difícil coartada.

El señor Ryder, detrás de él, pensaba:

Tendré que mantenerme firme hasta el final, pero no será fácil. No sé de dónde voy a sacar el dinero para el próximo dividendo. Si no repartimos dividendos, se va a armar la gorda. ¡Maldita sea!

Norman Gale se levantó para ir al servicio. Apenas hubo desaparecido, Jane sacó un espejito y escrutó con ansia su rostro, al

que aplicó polvos y *rouge*.

Un camarero le sirvió una taza de café.

Jane miró por la ventanilla. A sus pies brillaban las azules aguas del canal de la Mancha.

Una avispa zumbó en torno a la cabeza del señor Clancy, que se hallaba enfrascado en sus pensamientos y la espantó distraído. La avispa se alejó para investigar las tazas de los Dupont. El hijo, al darse cuenta, la mató.

La placidez reinaba en el avión. Cesaron las charlas, aunque los pensamientos de cada cual siguieron su curso.

Al fondo del compartimiento, en el asiento número 2, la cabeza de *madame* Giselle se inclinó hacia delante. Se diría que acababa de dormirse. Pero no dormía, ni hablaba, ni pensaba.

Madame Giselle había muerto.

Capítulo II

Un descubrimiento

Henry Mitchell, el más antiguo de los camareros, iba de un pasajero a otro recogiendo las cuentas. En media hora llegarían a Croydon. Recogía las cuentas y el dinero, se inclinaba y decía: «Gracias, señor. Gracias, madam». Con los dos franceses tuvo que esperar un poco, pues estaban muy abstraídos en sus discusiones, y no confiaba en recibir una buena propina. Dos de los viajeros dormían: el hombrecillo de los bigotes y la vieja del fondo. Siempre había recibido de ella buenas propinas en sus frecuentes vuelos y, por lo tanto, se abstuvo de despertarla.

El de los bigotes se despertó por fin y pagó la botellita de soda y las galletitas que había pedido.

Mitchell dejó dormir a la pasajera hasta el último momento. Cinco minutos antes de llegar a Croydon se le acercó y se inclinó sobre ella.

—*Pardon, madam*, su cuenta.

Le tocó suavemente el hombro. Ella no se despertó. Insistió, sacudiéndola un poco, pero el único resultado que obtuvo fue un inesperado abatimiento del cuerpo hacia delante. Mitchell se inclinó sobre ella, pero se irguió con una palidez cadavérica.

Albert Davis, el segundo camarero, comentó:

—¡No bromees!

—Te digo la verdad.

Mitchell estaba pálido y tembloroso.

—¿Estás seguro, Henry?

—¡Y tan seguro! Por lo menos se trata de un desmayo.

—Dentro de pocos instantes llegaremos a Croydon.

Permanecieron indecisos. Luego, tomaron una decisión. Mitchell volvió al compartimiento de viajeros y, de uno en uno, se dedicó a preguntarles en tono confidencial:

—Perdone, señor, ¿no será usted médico, por casualidad?

Norman Gale contestó:

—Yo soy odontólogo, pero si puedo hacer algo… —y ya se levantaba cuando el doctor Bryant exclamó:

—Soy médico. ¿Qué ocurre?

—Hay una señora allí, al fondo. No me gusta su aspecto.

Bryant acompañó al camarero. El hombrecillo de los bigotes les siguió sin que se fijaran en que lo hacía.

El doctor Bryant se inclinó sobre el encogido cuerpo del asiento número 2. Era una señora corpulenta, de edad madura, vestida de negro.

El examen del doctor fue breve.

—Está muerta.

—¿Qué le parece a usted que ha sucedido? —preguntó Mitchell —. ¿Un síncope?

—No lo puedo decir sin un detenido examen. ¿Cuándo la vio usted por última vez? Viva, quiero decir.

Mitchell reflexionó.

—Estaba perfectamente cuando le serví el café.

—¿Cuándo fue?

—Debe hacer unos tres cuartos de hora aproximadamente. Luego, cuando le presenté la cuenta, pensé que dormía profundamente.

—Pues hará una media hora que ha muerto.

La consulta empezaba a despertar el interés general. Los pasajeros se volvían, observaban al grupo y aguzaban el oído.

—¿No le parece que puede haber sido un síncope? —sugirió Mitchell esperanzado.

Se agarraba a esta posibilidad.

Su cuñada los sufría. Los síncopes para él eran fenómenos domésticos, algo que todo el mundo podía comprender.

El doctor Bryant no quería comprometerse y se limitó a mover la cabeza con gesto ambiguo.

Se volvió al oír que alguien decía a su espalda:

—Tiene una señal en el cuello.

Hablaba con humildad, como debe hablarse a un hombre cuya superioridad se reconoce.

—Cierto —confirmó el médico.

La cabeza de la mujer se inclinaba hacia un lado y, en el cuello, al lado de la garganta, se veía una punzada insignificante.

—Perdón —dijeron los dos Dupont, uniéndose al grupo cuando oyeron las últimas frases de la conversación—. ¿Dicen ustedes que la señora está muerta y que tiene una señal en el cuello?

—¿Me permiten una observación? —agregó el hijo Jean—. Por aquí volaba una avispa. Yo la maté. —Y mostró el insecto que había en el platillo del café—. ¿No es posible que la señora haya muerto de una picada de avispa? Creo que este insecto puede producir la muerte.

—Es posible —convino Bryant—. He visto casos semejantes. Sí, sería una explicación admisible, especialmente si la señora sufría una enfermedad cardíaca.

—¿Puedo hacer alguna cosa, señor? —preguntó el camarero—. Dentro de unos instantes estaremos en Croydon.

—Nada, nada —rechazó el médico, apartándose un poco—. No podemos hacer nada. El cadáver tiene que permanecer donde está.

—Sí, señor. Comprendo perfectamente.

El doctor Bryant, que se disponía a ocupar su asiento, miró sorprendido al hombrecillo abrigado que permanecía inmóvil.

—Amigo mío, lo mejor será que vuelva a su asiento. Llegaremos a Croydon inmediatamente.

—Tiene usted razón, señor —aprobó el camarero. Y levantó la voz—. Hagan el favor de sentarse.

—*Pardon* —exclamó el hombrecillo—. Aquí hay algo…

—¿Algo?

—*Mais oui*, algo que ha pasado desapercibido.

Con la punta del zapato, indicó el objeto al que aludía. El camarero y el doctor Bryant miraron hacia donde señalaba y distinguieron un objeto amarillo y negro, cubierto casi por completo por el borde de la negra falda.

—¿Otra avispa? —exclamó el médico sorprendido.

Hércules Poirot se arrodilló, sacó unas pinzas de su bolsillo y las usó con sumo cuidado.

—Sí —informó levantándose con su presa—, es muy parecido a una avispa, ¡pero no lo es!

Movió el objeto de un lado a otro para que el doctor y el camarero pudieran verlo bien: un pequeño copo de seda naranja y negra, sujeto a una púa de forma peculiar y punta descolorida.

—¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! —exclamó el señor Clancy, que había dejado su asiento y asomaba ansiosamente la cabeza por encima del hombro del camarero—. Es curioso, realmente curioso, lo más curioso que he visto en mi vida. ¡Por Dios, nunca lo hubiera creído posible!

—¿No podría explicarse mejor, señor? —preguntó Mitchell—. ¿Sabe usted qué es esto?

—¿Si sé qué es? ¡Pues claro que lo sé! —exclamó el señor Clancy lleno de entusiasmo y de orgullo—. Este objeto, señores, es un dardo que ciertas tribus disparan con sus cerbatanas. No puedo asegurar si este pertenece a las tribus del Amazonas o a los nativos de Borneo, pero no hay duda de que es la clase de dardo que se dispara con cerbatana, y tengo firmes sospechas de que la punta…

—Es el clásico dardo envenenado de los indios amazónicos — acabó Hércules Poirot. Y añadió—: *Mais enfin! Est-ce que c'est possible*?

—Realmente extraordinario —afirmó el señor Clancy sin salir de su asombrosa excitación—. Es de lo más extraordinario. Yo soy autor de novelas policíacas, pero encontrarme ahora algo así en la vida real…

No encontraba las palabras adecuadas.

El avión descendía suavemente y todos los que se habían levantado se tambalearon un poco. En su descenso, el aparato describía un amplio círculo sobre el aeropuerto de Croydon.

Capítulo III

En Croydon

El camarero y el médico dejaron de estar a cargo de la situación, sustituidos por aquel hombrecillo ridículo envuelto en una bufanda. Hablaba con tanta autoridad y con tal convencimiento de que se le obedecería, que nadie se atrevió a discutírselo.

Dijo algo al oído de Mitchell y éste asintió con la cabeza. Abriéndose paso entre los viajeros, fue a situarse ante los lavabos, en el pasillo de acceso a la parte delantera del aparato.

El avión corría ya por la superficie de la pista y, cuando por fin se detuvo, Mitchell exclamó en voz muy alta:

—He de rogarles, señoras y caballeros, que no abandonen el aparato y que permanezcan sentados hasta que las autoridades se hagan cargo de la situación. Confío en que no se les retenga mucho tiempo.

Casi todos aceptaron esta orden, que parecía razonable. Sólo protestó airadamente una persona, *lady* Horbury:

—¡Tonterías! ¿Sabe usted quién soy? Insisto en que se me permita salir al momento.

—Lo siento mucho, señora. No puedo hacer excepciones.

—Pero esto es ridículo, completamente ridículo —protestó Cicely dando pataditas de enojo—. Me quejaré a la compañía. Es una infamia que nos tengan aquí encerrados con un cadáver.

—Realmente, querida —interrumpió Venetia Kerr con el tono de voz propio de una persona educada—, es muy desagradable, pero creo que tendremos que resignarnos. —Se sentó y sacó un cigarrillo, diciendo—: ¿Puedo fumar ahora, caballeros?

El acosado Mitchell respondió:

—No creo que eso importe ya, señorita.

Volvió la cabeza para observar a Davis, que dirigía el desembarco de los viajeros del compartimiento delantero por la puerta de emergencia, y luego fue en busca de instrucciones.

La espera no fue larga, pero a los viajeros les pareció que había durado más de media hora hasta el momento en que un caballero, tras cruzar la pista con paso marcial y acompañado de un policía uniformado, subió al avión por el acceso que Mitchell le franqueó.

—Vamos a ver —empezó el recién llegado en tono autoritario—, ¿qué ha sucedido aquí?

Escuchó a Mitchell y al doctor Bryant y, tras dedicar a la difunta una rápida mirada y de dar una orden al agente, se dirigió a los viajeros:

—¿Harán el favor de seguirme, señoras y caballeros?

Les precedió en la salida del avión y al cruzar la pista hasta las instalaciones centrales, aunque no les llevó a la usual sala de la aduana, sino a un salón privado.

—Confío en no retenerlos por más tiempo que el absolutamente necesario.

—Oiga, inspector —protestó el señor James Ryder—, tengo en Londres una cita de negocios muy urgente.

—Lo siento, señor.

—¡Yo soy *lady* Horbury y me parece una ofensa imperdonable que se me retenga de esta manera!

—Lo siento en el alma, *lady* Horbury, pero comprenderá usted que se trata de algo muy serio. Parece un caso de asesinato.

—Un dardo envenenado de los indios amazónicos —murmuró el señor Clancy, delirante de alegría.

El inspector le dirigió una mirada suspicaz.

El arqueólogo francés habló atropelladamente en su lengua, y el inspector le replicó serena y lentamente en el mismo idioma.

—Todo esto resulta realmente fastidioso —comentó Venetia Kerr —, pero supongo que usted ha de cumplir con su obligación, señor inspector.

—Muchas gracias, señora —replicó este agradecido, y prosiguió, dirigiéndose a todos en general—: Tengan ustedes la bondad de aguardar aquí. Quisiera charlar unos instantes con el doctor… ¿el

doctor…?

—Bryant, para servirle.

—Gracias. Venga conmigo, doctor.

—¿Puedo asistir a su entrevista? —preguntó el hombrecillo de los bigotes.

El inspector se volvió hacia él con gesto avinagrado, pero su actitud cambió al momento.

—Perdone, *monsieur* Poirot. Va usted tan abrigado, que no le había reconocido. Venga, no faltaría más.

Abrió la puerta para permitir el paso a los señores Bryant y Poirot, seguidos de las miradas suspicaces de los demás pasajeros.

—¿Por qué permite salir a este tipo y a nosotros nos retienen aquí? —exclamó Cicely Horbury.

Venetia Kerr se sentó resignadamente en un banco.

—Probablemente es de la policía francesa o un agente de aduanas secreto —comentó.

Encendió un cigarrillo.

Norman Gale abordó con cierta timidez a Jane:

—Creo que la vi a usted en Le Pinet.

—Estuve allí.

—Un lugar muy agradable —comentó Norman Gale—. A mí me entusiasman los pinos.

—Sí. ¡Huelen tan bien!

Guardaron silencio largo rato, sin saber qué más añadir. Por fin, Gale se arriesgó:

—Yo… yo la reconocí al momento.

Jane se mostró sorprendida.

—¿De veras?

—¿Cree usted que esa pobre mujer ha sido asesinada?

—Supongo que sí —admitió Jane—. Y aunque resulte emocionante, no deja de ser muy desagradable —añadió estremeciéndose.

Norman Gale se le acercó en actitud protectora.

Los Dupont charlaban en francés. El señor Ryder hacía números en una libreta de bolsillo y, de vez en cuando, consultaba la hora. Cicely Horbury daba pataditas de impaciencia en el suelo y encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

Contra la puerta se apoyaba un policía enorme, con un uniforme

azul impecable, que observaba a todos con mirada impasible.

Mientras, en el despacho contiguo, el inspector Japp hablaba con el doctor Bryant y Hércules Poirot.

—Tiene usted el don de aparecer en los lugares más inesperados, *monsieur* Poirot.

—¿No queda el aeropuerto de Croydon un tanto fuera de su competencia, amigo mío?

—¡Ah! Estaba esperando cazar un pájaro de cuidado en un asunto de contrabando. Ha sido una casualidad que me hallara en este lugar. Hace años que no me las veía con un caso tan sorprendente. Vamos a ver si ponemos algo en claro. Ante todo, doctor, le agradecería que me diese su nombre y sus señas.

—Roger James Bryant, especialista en enfermedades de oído y garganta. Mi dirección es el 329 de Harley Street.

Sentado junto a una mesita, un impasible agente anotaba las respuestas.

—Desde luego, el cadáver lo examinará nuestro forense —dijo Japp—, pero le necesitaremos a usted en la encuesta judicial, doctor.

—Perfectamente.

—¿Puede darnos una idea de la hora en que murió?

—La mujer debió morir por lo menos media hora antes de examinarla yo. Lo hice unos cinco minutos antes de llegar a Croydon. No puedo fijar su muerte con más exactitud, pero el camarero dice que había hablado con ella una hora antes.

—Bueno, eso ya estrecha el período a todos los efectos prácticos. ¿Me permite que le pregunte si observó algo sospechoso?

El doctor meneó la cabeza.

—¡Yo estaba durmiendo! —exclamó Poirot con amargura—. Me descompongo casi tanto en el aire como en el mar. Por eso me abrigo bien y procuro dormir.

—¿Tiene alguna idea sobre la causa que produjo la muerte, doctor?

—No me gustaría tener que opinar en este momento. Es un caso de autopsia.

Japp asintió, comprensivo.

—Bien, doctor, no creo que haga falta retenerlo por más tiempo. Temo que más tarde habrá que molestarlo para ciertas

formalidades, como a todos los viajeros. No podemos hacer excepciones.

El doctor Bryant sonrió.

—Preferiría que se cerciorase usted de que no llevo cerbatanas u otras armas mortales.

—Rogers se encargará de eso —contestó Japp, haciendo una indicación a su subordinado—. Y a propósito, doctor, ¿tiene alguna idea de lo que podría haber aquí?

E indicó el dardo descolorido, colocado en una cajita sobre la mesa.

El doctor meneó la cabeza.

—Es difícil saberlo sin un previo análisis. El curare es un veneno que suelen emplear los indígenas, según creo.

—¿Cree que puede haber sido utilizado en este caso?

—Es un veneno muy fuerte y de efectos rápidos.

—Pero no es fácil de obtener, ¿verdad?

—No es fácil para un profano.

—Entonces, tendremos que registrarle a usted con sumo cuidado —advirtió Japp, que se complacía siempre con sus salidas—. ¡Rogers!

Médico y agente salieron juntos.

Japp echó hacia atrás la silla para mirar inquisitivamente a Poirot.

—¡Extraño caso! Demasiado sensacional para ser real. Quiero decir que eso de las cerbatanas y las flechas envenenadas en un avión es un insulto a la inteligencia.

—Amigo mío, esa es una observación muy profunda —comentó Poirot.

—Un par de hombres están registrando ahora el avión. He conseguido un fotógrafo y un perito en huellas dactilares. Creo que ahora tendríamos que interrogar a los camareros.

Dirigiéndose a la puerta, dio una orden. Los dos camareros entraron. El más joven había recobrado la normalidad y sólo se mostraba algo excitado. El otro todavía se veía pálido y tembloroso.

—Hola, muchachos —los saludó Japp—. Siéntense. ¿Tienen los pasaportes? Bien.

Los examinó rápidamente.

—¡Ah! Aquí lo tenemos. Marie Morisot. Pasaporte francés.

¿Saben algo de ella?

—La había visto antes. Cruzaba el Canal con frecuencia —explicó Mitchell.

—¡Ah! Seguramente por negocios. ¿No sabe usted a qué se dedicaba?

Mitchell meneó la cabeza.

—Yo también la recuerdo —comentó el camarero más joven—. Solía verla en el vuelo que sale a las ocho de París.

—¿Quién de ustedes la vio por última vez viva?

—Él —apuntó el joven, indicando a su compañero.

—Es cierto —admitió Mitchell—. Cuando le serví el café.

—¿Qué aspecto tenía?

—No me fijé. Le tendí el azúcar y le ofrecí leche, pero la rehusó.

—¿Qué hora era?

—No lo sé exactamente. Volábamos entonces sobre el Canal. Sería poco más o menos sobre las dos.

—Más o menos —confirmó Albert Davis, el otro camarero.

—¿Cuándo la volvió a ver?

—Cuando recogí las cuentas.

—¿A qué hora?

—Un cuarto de hora más tarde. Imaginé que dormía. ¡Caramba! ¡Ya debía de estar muerta!

En la voz del camarero vibró el horror.

—¿No vio usted esto? —preguntó Japp, indicando el dardo que podía confundirse con una avispa.

—No, señor, no me fijé.

—¿Qué me dice usted, Davis?

—La última vez que la vi fue cuando serví las galletas para el queso. Estaba muy bien entonces.

—¿Qué sistema siguen para servir las comidas? —preguntó Poirot—. ¿Se cuida cada uno de ustedes de un compartimiento?

—No, señor, lo hacemos los dos juntos. La sopa, luego la carne, la verdura y las ensaladas, después los postres; por este orden. Generalmente servimos primero al compartimiento posterior y luego pasamos con nuevas fuentes al compartimiento delantero.

Poirot asintió.

—En el avión, ¿habló la señora Morisot con alguien, o dio muestras de reconocer a alguien? —preguntó Japp.

—No me fijé, señor.

—¿Y usted, Davis?

—Tampoco, señor.

—¿Dejó ella su asiento durante el viaje?

—No lo creo, señor.

—¿Ninguno de ustedes puede añadir algo que arroje alguna luz sobre este caso?

Los dos hombres, tras meditar unos instantes, lo negaron con sendos movimientos de la cabeza.

—Bien, ya basta por ahora. Luego volveremos a vernos.

Henry Mitchell comentó lacónico:

—Es un caso muy molesto, señor. No me gusta nada, teniendo en cuenta que yo era el responsable.

—Bien, no creo que pueda considerarse culpable en modo alguno —reconoció Japp—, pero admito que es un suceso enojoso.

E hizo un ademán de despedida. Poirot se adelantó.

—Permítame una pregunta.

—Hable usted, *monsieur* Poirot.

—¿Vieron ustedes volar una avispa por el avión?

Los dos menearon la cabeza.

—Que yo sepa, no había ninguna avispa —señaló Mitchell.

—Había una avispa —aseguró Poirot—. La vimos muerta en uno de los platos de los viajeros.

—Pues yo no la vi, señor —rechazó Mitchell.

—Yo tampoco —corroboró Davis.

—No importa.

Los camareros salieron de la habitación y Japp examinó los pasaportes.

—Veo que viajaba también una condesa. Debe de ser esa señora que se ha mostrado tan impaciente. Será mejor que la entrevistemos la primera, antes de que se salga de sus casillas y presente una interpelación a la Cámara de los Lores por los brutales métodos que usa la policía.

—Supongo que querrá usted registrar cuidadosamente las maletas y el equipaje de mano de los pasajeros del compartimiento posterior del avión.

Japp pestañeó alegremente.

—Pues claro, ¿qué imaginaba, *monsieur* Poirot? ¡Tenemos que

encontrar esa cerbatana, si realmente existe y no estamos soñando! A mí todo esto me parece una pesadilla. ¿No se habrá vuelto loco ese tipo escritor y se le ha ocurrido realizar uno de sus crímenes personalmente, en vez de ponerlo en el papel? Eso del dardo envenenado parece cosa suya.

Poirot meneó la cabeza dubitativamente.

—Sí —continuó Japp—, todo el mundo tendrá que ser registrado, aunque se enfaden. Hemos de revisar todos los maletines y bolsos de mano, desde luego.

—Habría que hacer una relación minuciosa —propuso Poirot—, una relación de los objetos que se hallen en poder de cada uno de los viajeros.

Japp le dirigió una mirada de curiosidad.

—Podemos hacer eso, ya que usted lo sugiere, *monsieur* Poirot, pero no acabo de ver adonde quiere ir a parar. Ya sabemos lo que buscamos.

—Usted tal vez lo sepa, *mon ami*, pero yo no estoy tan seguro. Busco algo, pero no sé exactamente el qué.

—¡Otra vez con las mismas, *monsieur* Poirot! Siempre le ha gustado complicar un poco las cosas, ¿no? Vamos a ver qué dice su señoría antes de que quiera sacarme los ojos.

Pero *lady* Horbury dio muestras de una calma inesperada. Aceptó una silla y contestó las preguntas de Japp sin la menor vacilación. Se presentó como la esposa del conde de Horbury y dio sus señas en Horbury Chase, Sussex, y en el 315 de Grosvenor Square, Londres. Volvía a Londres desde Le Pinet y París. La difunta le era totalmente desconocida. Durante el viaje no había visto nada notable. En todo caso, iba sentada mirando en dirección opuesta, hacia la parte delantera del aparato, de modo que no podía haber visto nada de lo que ocurría detrás. No había abandonado su asiento en todo el viaje. No recordaba haber visto entrar a nadie en el compartimiento más que a los camareros. No hubiese podido asegurarlo, pero creía recordar que dos caballeros habían utilizado los servicios, aunque no estaba segura. No observó que nadie llevase nada parecido a una cerbatana.

—No —respondiendo a la pregunta de Poirot—, no vi ninguna avispa en el avión.

La declaración de la señorita Kerr fue muy semejante a la de su

amiga. Se llamaba Venetia Anne Kerr y vivía en Little Paddocks, Horbury, Sussex. Regresaba del sur de Francia. No recordaba haber visto nunca a la víctima ni había notado nada durante el viaje. Sí, había visto que algunos pasajeros del compartimiento posterior ahuyentaban a una avispa. Creía recordar que uno de ellos la había matado. Esto fue poco después de que hubieran servido el almuerzo.

La señorita Kerr salió.

—Parece que le interesa a usted mucho esa avispa, *monsieur* Poirot.

—No es tan interesante como sugerente, ¿verdad?

—Si quiere usted saber mi opinión —Japp cambió de tema—, ¡esos dos franceses son los que están complicados en esto! Eran los más próximos a la señora Morisot, justo al otro lado del pasillo. Parecen unos descamisados. Y sus gastadas maletas llevan enganchadas muchísimas etiquetas extranjeras. No me sorprendería que hubiesen estado en Borneo o en América del Sur. No tenemos idea del motivo, claro está, pero nos lo averiguarán en París. Tendremos que pedir la colaboración de la Sûreté. Este asunto es más suyo que nuestro. Pero si quiere saber usted mi opinión, esos dos pájaros son nuestros nombres.

Los ojos de Poirot brillaron ligeramente.

—Eso que usted dice es posible, pero se equivoca en un punto, amigo mío. Esos dos señores no son rufianes ni asesinos, como usted quiere dar a entender. Son, por el contrario, dos arqueólogos muy distinguidos y doctos precisamente.

—¿Me está tomando el pelo?

—En absoluto. Conozco su reputación. Son los Dupont, padre e hijo, que han vuelto hace poco de dirigir unas importantes excavaciones en Irán, no lejos de Susa.

—¡Venga ya!

Japp le arrebató uno de los pasaportes.

—Tiene razón, *monsieur* Poirot. Pero convendrá usted conmigo en que no parecen gran cosa.

—Los personajes más célebres de este mundo rara vez lo parecen. ¡Si incluso a mí, *moi, qui vous parle*, me han tomado por un peluquero!

—No me diga —exclamó Japp con una sonrisa—. Bueno,

veamos a esos distinguidos arqueólogos.

Monsieur Dupont *pére* declaró que la difunta le era totalmente desconocida. No se había fijado en nada de lo que pasaba durante el viaje porque estuvo comentando con su hijo un tema apasionante. No se ausentó para nada de su asiento. Efectivamente, después del almuerzo los importunó una avispa. Su hijo la mató.

Jean Dupont confirmó esta declaración. No observó nada de lo que pasó en el avión. Le molestaba la avispa y la mató. ¿Que cuál era el tema que comentaban con su padre? La cerámica prehistórica de Oriente Próximo.

El señor Clancy, que entró a continuación, pasó un rato muy desagradable. Desde el punto de vista del inspector Japp, el novelista sabía demasiado sobre cerbatanas y flechas envenenadas.

—¿Ha tenido usted una cerbatana alguna vez?

—Bien… yo… bueno, pues sí.

El inspector Japp se concentró en aquel punto.

—¡Vaya!

El señor Clancy dio muestras de una leve agitación.

—No vaya a malinterpretarlo. Mis intenciones eran de lo más inocentes. Puedo explicárselo.

—Sí, señor. Tal vez será mejor que me lo explique.

—Pues, mire usted: me hallaba escribiendo una novela en que se cometía un crimen por ese procedimiento.

—¡Vaya!

De nuevo aquel tono amenazador. El señor Clancy añadió precipitadamente:

—Todo era cuestión de huellas dactilares. Supongo que me entiende. Hacía falta una ilustración que pusiera en claro este punto. Quiero decir las huellas y su posición sobre la cerbatana. Tiene que comprenderlo. Vi uno de esos objetos, fue en Charing Cross, hará un par de años. Así que compré la cerbatana y un amigo la dibujó con las huellas dactilares para ilustrar mi punto de vista. Puedo remitirle a mi libro *El caso del pétalo escarlata*; y también darle las señas de mi amigo.

—¿Guarda usted la cerbatana?

—Sí, sí, creo que la guardé.

—¿Dónde la tiene?

—Bueno, supongo que debo tenerla en alguna parte.

—¿Qué quiere decir usted con eso de «alguna parte»?

—Que no sé concretamente dónde estará. No soy muy ordenado.

—¿No la llevará usted encima por casualidad?

—Nada de eso. Hace más de seis meses que no he visto ese objeto.

El inspector Japp le dirigió una mirada suspicaz antes de seguir con el interrogatorio:

—¿Abandonó su asiento en el avión?

—No, ciertamente que no, al menos… bueno, sí, lo dejé.

—¿Ah, sí? ¿Y para ir adónde?

—A buscar la guía de ferrocarriles Bradshaw que llevaba en el bolsillo de mi gabardina, que se hallaba entre un montón de maletas y mantas, junto a la entrada posterior del avión.

—Así pues, pasaría usted cerca de la difunta.

—No… al menos… bueno, sí, debí de pasar. Pero fue mucho antes de que sucediese. Creo que sólo había tomado la sopa.

Al formularle nuevas preguntas, obtuvieron respuestas negativas. El señor Clancy no había notado nada sospechoso, ocupado como estaba en perfeccionar una coartada a través de Europa.

—Una coartada, ¿eh? —observó el inspector siniestramente.

Poirot intervino interesándose por lo de las avispas.

Sí, el señor Clancy había visto una avispa que le atacó. Tenía miedo de las avispas. ¿Cuándo? Poco después de haberle servido el camarero el café. La espantó y el insecto se alejó.

Tras tomarle los datos, se le permitió marchar, cosa que hizo con muestras de gran alivio.

—A mí me parece sospechoso —comentó Japp—. Posee uno de esos objetos, y fíjese en su actitud: parece hecho polvo.

—Eso se debe a la severidad oficial que ha usado usted en el interrogatorio, mi buen Japp.

—Nadie tiene nada que temer si dice la verdad —sentenció el hombre de Scotland Yard lacónico.

Poirot lo contempló con cierta lástima.

—En realidad, me parece que cree usted eso sinceramente.

—¿Por qué no he de creerlo, si es cierto? Pero veamos qué nos dice ese Norman Gale.

Norman Gale dio sus señas de la Shepherd Avenue, número 14,

Muswell Hill. Era odontólogo de profesión. Volvía de unas vacaciones pasadas en Le Pinet, en la Costa Azul francesa. Se había detenido un día en París para examinar nuevos modelos de instrumental profesional.

Nunca antes había visto a la difunta, ni notó nada sospechoso durante el viaje. En todo caso, estaba de espaldas a su asiento, de cara hacia la parte delantera del avión. Sólo abandonó un momento su asiento para ir al servicio. Volvió enseguida a su sitio y no se acercó para nada a la parte trasera del avión. No vio ninguna avispa.

Después de él declaró James Ryder, un tanto nervioso y brusco. Regresaba de una visita de negocios en París. No conocía a la difunta. Sí, ocupó el asiento inmediato delante de ella, pero no podía verla sin levantarse y asomar la cabeza por encima del respaldo. No había oído nada, ni grito ni exclamación alguna. Nadie se había acercado a aquella parte del aparato más que los camareros. Sí, los dos franceses ocupaban asientos vecinos al suyo, al otro lado del pasillo. Estuvieron charlando durante todo el viaje. El más joven mató una avispa poco después de terminar el almuerzo. No, no se había fijado antes en el insecto. No tenía la menor idea de lo que era una cerbatana. Nunca había visto ese artilugio, por lo que no podía asegurar haberlo visto durante el viaje.

En aquel punto de la declaración, llamaron a la puerta. Un agente entró con un gesto triunfal.

—El sargento acaba de encontrar esto, señor. Ha pensado que le gustaría verlo enseguida.

Depositó el objeto sobre la mesa y lo liberó con mucho cuidado del pañuelo con que estaba envuelto.

—No hay huellas dactilares, señor, según dice el sargento, pero me ha pedido que tuviera usted mucho cuidado.

El objeto destapado resultó ser indudablemente una cerbatana de manufactura indígena.

Japp contuvo el aliento.

—¡Dios mío! ¿Entonces será cierto? ¡A fe mía que no lo creía posible!

El señor Ryder estiró el cuello para ver el objeto.

—¿Esto es lo que usan los nativos de América del Sur? He leído

alguna cosa al respecto, pero nunca había visto ninguna. Bueno, ahora puedo contestar a su pregunta. Jamás vi a nadie manejar nada semejante.

—¿Dónde la encontró? —preguntó Japp con vivo interés.

—Oculto debajo de los cojines de un asiento, señor.

—¿Qué asiento?

—El número nueve.

—Muy divertido —comentó Poirot.

Japp se volvió hacia él.

—¿Qué es lo que le parece tan divertido?

—Pues que el número nueve era mi asiento precisamente.

—¡Hombre, qué casualidad que sea el suyo! —comentó el señor Ryder.

Japp frunció el ceño.

—Gracias, señor Ryder, esto es todo.

Cuando Ryder hubo desaparecido, se volvió a Poirot con una sonrisa.

—¿Así que fue usted, viejo buitre?

—*Mon ami* —contestó Poirot con toda dignidad—, cuando cometa un asesinato, no lo haré con una de esos dardos envenenados de los indios americanos.

—Es algo demasiado elemental —concedió Japp—, aunque parece haber funcionado.

—Eso es lo que me desconcierta.

—Cualquiera que haya sido, ha debido de correr el más increíble de los riesgos. ¡Dios! Sin duda se trata de un loco de atar. ¿A quién nos falta preguntar? Sólo queda una muchacha. Oigámosla y acabemos de una vez. Jane Grey. Parece el título de una novela rosa.

—Es una joven muy bonita —admitió Poirot resueltamente.

—¿De veras, viejo zorro? De modo que no ha pasado usted el vuelo durmiendo todo el tiempo, ¿verdad?

—Es muy bonita y estaba algo nerviosa —dijo Poirot.

—Nerviosa, ¿eh? —repitió Japp alerta.

—¡Por Dios, amigo mío! Cuando una muchacha está nerviosa suele significar que anda cerca un muchacho, no un crimen.

—Bueno, bueno, supongo que tiene usted razón. Aquí está.

Jane contestó a las preguntas que se le hicieron con bastante

claridad. Se llamaba Jane Grey y estaba empleada en el establecimiento de peluquería para señoras de *monsieur* Antoine, en Bruton Street. Su domicilio era el 10 de Harrogate Street, N.W.5. Volvía a Londres desde Le Pinet.

—¡Le Pinet, hum!

Nuevas preguntas le llevaron a contar la historia del billete de lotería.

—Esas loterías de Irlanda deberían declararse ilegales —gruñó Japp.

—Yo creo que son maravillosas —afirmó Jane—. ¿No ha apostado usted nunca media corona a un caballo?

Japp enrojeció muy confuso.

Siguió el interrogatorio. Jane negó haber visto durante el vuelo la cerbatana que le mostraban ahora. No conocía a la difunta, pero se había fijado en ella en Le Bourget.

—¿Por qué se fijó especialmente en ella?

—Porque era muy fea —contestó Jane con toda sinceridad.

Como no le sacaron nada que valiese la pena, dejaron que se fuera. Japp se ensimismó contemplando la cerbatana.

—Esto puede conmigo —profirió—. Este caso es una intrincada novela policíaca llevada a la realidad. Vamos a ver: ¿a quién debemos buscar ahora? ¿A un viajero que proceda del mismo lugar que este chisme? ¿Y de dónde procede esto exactamente? Habría que ser un experto. Lo mismo puede ser malayo que sudamericano o africano.

—Si tuviéramos que deducir su origen, tendría toda la razón —indicó Poirot—. Pero si se fija usted bien, amigo mío, verá un pedacito de papel casi microscópico adherido a la boquilla. A mí me parece que son los restos de una etiqueta. Me figuro que este chisme habrá llegado de las selvas a una tienda de objetos raros. Tal vez este detalle facilite la investigación. Permítame una sola pregunta.

—Adelante.

—¿Piensa usted mandar hacer esa relación detallada de las pertenencias de cada pasajero?

—Ya no lo considero tan necesario, pero puede hacerse de todos modos. ¿Tiene usted mucho interés en conseguirla?

—*Mais oui*. Estoy confundido, muy confundido. Si hallase algo que me ayudase…

Japp no escuchaba. Estaba examinando el papel adherido a la cerbatana.

—Clancy confesó que había comprado una cerbatana. Esos autores de novelas policíacas ridiculizan siempre a la policía y sus procedimientos. Si yo dijese a mis superiores lo que ellos ponen en boca de los inspectores, me vería expulsado inmediatamente del cuerpo sin contemplaciones. ¡Esos escritores son unos ignorantes! Y nuestro caso parece uno de esos asesinatos estúpidos que se inventan esos chupatintas creyendo que serán capaces de burlar a la policía.

Capítulo IV

La encuesta judicial

La encuesta judicial sobre la muerte de Marie Morisot se celebró cuatro días después. El método empleado para el asesinato, tan sensacionalista, despertó el interés del público y la sala del tribunal se hallaba atestada.

En primer lugar se llamó a declarar a un francés alto y maduro, de barba gris, *monsieur* Alexander Thibault. Habló en inglés, lento y preciso, con un ligero acento, aunque dominando los giros idiomáticos.

Después de pedirle su nombre y sus señas, el juez de primera instancia le preguntó:

—Vio el cadáver de la víctima. ¿La reconoció usted?

—Sí, señor. Era una buena clienta mía: Marie Angélique Morisot.

—Ése es el nombre que figura en el pasaporte de la difunta. ¿Se le conocía con algún otro nombre?

—Sí, señor, con el de *madame* Giselle.

Se produjo en el auditorio un rumor sordo. Los periodistas trabajaban frenéticamente con sus lápices. El juez prosiguió:

—¿Puede usted decirnos con mayor precisión quién era *madame* Morisot o *madame* Giselle?

—*Madame* Giselle, para llamarla con el nombre que usaba en el mundo de los negocios, era una de las más conocidas prestamistas de París.

—¿Desde dónde dirigía su negocio?

—Desde la rue Joliette, número 3, que era también su domicilio.

—Creo que hacía frecuentes viajes a Inglaterra. ¿Extendía hasta

este país sus relaciones comerciales?

—Sí, señor. Tenía muchos clientes ingleses. Era muy conocida entre cierto sector de la sociedad inglesa.

—¿Cómo definiría usted con exactitud ese sector de la sociedad inglesa?

—Su clientela estaba compuesta en su mayor parte de aristócratas y profesionales liberales, personas a quienes interesaba mucho que mantuviera sus asuntos en la mayor discreción.

—¿Tenía fama de ser discreta?

—Extremadamente discreta.

—¿Me permite preguntarle si tenía usted un íntimo conocimiento de las transacciones en que consistían sus negocios?

—No. Mi relación con ella era puramente profesional, pero *madame* Giselle era una mujer de negocios de primera clase, capaz de atender por sí sola a sus asuntos con la mayor competencia. Todo lo dirigía ella personalmente. Si me permite, añadiré que era una mujer con un carácter muy original y un personaje muy conocido por el público.

—¿Sabe usted si era rica cuando ocurrió su muerte?

—Extraordinariamente rica.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—Que yo sepa, no.

Monsieur Thibault fue a sentarse y llamaron a Henry Mitchell.

—¿Se llama usted Henry Charles Mitchell y reside en Wandsworth, en el 11 de Shoeblack Lane?

—Sí, señor.

—¿Está usted empleado en la compañía Universal Airlines Ltd.?

—Sí, señor.

—¿Es usted el más antiguo de los dos camareros del avión Prometheus?

—Sí, señor.

—El pasado martes, día dieciocho, estaba usted de servicio en el Prometheus durante el vuelo del mediodía de París a Croydon, el vuelo que tomó también la víctima. ¿Había visto usted antes a la difunta?

—Sí, señor. Seis meses antes yo hacía el vuelo de las ocho cuarenta y cinco, y la vi en él dos o tres veces.

—¿Sabía usted su nombre?

—Debía de figurar en la lista, señor, pero, a decir verdad, no me fijé de un modo especial.

—¿Ha oído usted alguna vez el nombre de *madame* Giselle?

—No, señor.

—Haga el favor de contarnos a su modo lo que ocurrió el pasado martes.

—Después de servir el almuerzo, repartí las cuentas. Creí que la difunta estaba durmiendo y decidí no despertarla hasta que faltaran cinco minutos para llegar. Pero entonces descubrí que había muerto o que estaba gravemente enferma. Averigüé que llevábamos a bordo un médico y él me dijo…

—El doctor Bryant declarará a continuación. Tenga la bondad de examinar esto.

Mitchell cogió cautelosamente la cerbatana que le alargaba.

—¿Había visto usted eso alguna vez?

—No, señor.

—¿Está seguro de no haberlo visto en manos de algún pasajero?

—Seguro.

—Albert Davis.

El más joven de los camareros se acercó al estrado.

—¿Es usted Albert Davis, con domicilio en Croydon, el 23 de Barcome Street y está empleado en la Universal Airlines, Ltd.?

—Sí, señor.

—¿Estaba usted de servicio en el Prometheus como segundo camarero el pasado martes?

—Sí, señor.

—¿Cómo se enteró usted de la tragedia?

—El señor Mitchell me explicó su temor de que le hubiese ocurrido algo grave a uno de los pasajeros.

—¿Había visto usted esto antes?

La cerbatana pasó a manos de Davis.

—No, señor.

—¿No la vio usted en manos de algún pasajero?

—No, señor.

—¿Observó usted algo que pueda arrojar alguna luz sobre este asunto?

—No, señor.

—Está bien, puede usted retirarse.

—Doctor Roger Bryant.

El doctor Bryant dio su nombre y dirección y se presentó a sí mismo como especialista en enfermedades de garganta y oído.

—¿Puede usted, a su modo, contarnos lo que sucedió exactamente el pasado martes día dieciocho?

—Poco antes de llegar a Croydon, se me acercó el camarero y me preguntó si era médico. Al contestarle afirmativamente, me dijo que una de las viajeras se hallaba indispuesta. Al ir a reconocerla, vi que la mujer en cuestión se hallaba caída en su asiento. Llevaba muerta algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo en su opinión, doctor Bryant?

—Diría que más de media hora. Yo pondría entre media hora y una hora.

—¿Hizo usted alguna conjetura sobre la causa de su muerte?

—No. Hubiera sido imposible sin un detenido examen.

—¿Pero vio usted un pequeño pinchazo en el cuello?

—Sí, señor.

—Gracias, puede retirarse. Doctor James Whistler.

El doctor Whistler era un hombre flacucho y menudo.

—¿Es usted el médico forense de este distrito?

—Sí, señor.

—¿Tiene la bondad de declarar lo que crea pertinente?

—El martes, día dieciocho, poco después de las tres, me llamaron del aeropuerto de Croydon, donde me mostraron el cadáver de una mujer de mediana edad postrado en uno de los asientos del avión Prometheus. Su muerte había ocurrido, según mis cálculos, una hora antes aproximadamente. Observé que tenía una punzada a un lado del cuello, precisamente en la yugular. Aquella señal podía haber sido causada por el aguijón de una avispa o por la incisión de un dardo igual al que me mostraron. Ordené el traslado del cadáver al depósito, donde le hice un detenido examen.

—¿A qué conclusión llegó usted?

—Llegué a la conclusión de que la muerte se debió a la introducción de una violenta toxina en la sangre. La muerte se produjo por una parálisis aguda del corazón y debió de ser prácticamente instantánea.

—¿Puede decirnos qué clase de toxina era?

—Una toxina que hasta entonces me era desconocida.

Los periodistas, que escuchaban atentamente, apuntaron: «Veneno desconocido».

—Gracias, puede retirarse. ¡El señor Winterspoon!

El señor Winterspoon era un hombre alto, de rostro bondadoso. Parecía un buen tipo, aunque algo bobo. Causó inesperada sorpresa conocer que era el director del Laboratorio Oficial de Análisis y una autoridad en venenos raros.

El juez le alargó el dardo fatal y le preguntó si lo reconocía.

—Sí —contestó el señor Winterspoon—. Me lo mandaron para su análisis.

—¿Quiere decirnos el resultado del análisis?

—Con mucho gusto. En mi opinión, la punta fue untada tiempo atrás con una preparación de curare. Y éste es el tipo de flecha envenenada que usan algunas tribus.

Los periodistas anotaban todo aquello embelesados.

—¿Cree usted, pues, que la muerte se produjo por el curare?

—¡Oh, no! No quedaban más que vestigios insignificantes del veneno original. Según mi análisis, la punta estaba impregnada con veneno de la *Dispholidus typus*, una serpiente conocida vulgarmente como *boomslang* o serpiente de árbol.

—*¿Boomslang?* ¿Qué es esto?

—Una serpiente del sur de África, una de las más venenosas que existen. Sus efectos en las personas no son conocidos, pero si queremos tener una idea de su intensa virulencia, bastará con decir que se inyectó el veneno a una hiena y ésta murió antes de que se pudiera retirar la aguja hipodérmica. Un chacal murió como alcanzado por un disparo. El veneno produce una hemorragia aguda bajo la piel y ataca el corazón, paralizando su funcionamiento.

Los periodistas escribieron: «Crimen sensacional. Veneno de serpiente administrado en pleno vuelo. De efectos más mortíferos que el de la cobra».

—¿Sabe usted si se ha usado ese veneno en otro caso de envenenamiento intencionado?

—Nunca. Eso es lo más interesante.

—Gracias, señor Winterspoon.

El sargento de policía Wilson declaró sobre el hallazgo de la cerbatana debajo de uno de los cojines de un asiento. No había huellas dactilares. Se habían realizado experimentos con la flecha y

el artilugio, comprobando que podía ser arrojada con eficacia hasta una distancia de unos diez metros.

—¡*Monsieur* Hércules Poirot!

Se produjo una ligera agitación, aunque la declaración de *monsieur* Poirot fue muy comedida. No había observado nada extraordinario. Él fue quien encontró la diminuta flecha en el piso del avión. El lugar en que se halló parecía indicar que pudo desprenderse del cuello de la mujer difunta.

—¡Condesa de Horbury!

Un reportero escribió: «La esposa de un noble de Inglaterra presta declaración en el misterioso crimen aéreo». Otro anotó: «… en el misterio del veneno viperino».

Entre los que escribían para la prensa del corazón, uno relató: «Lady Horbury llevaba uno de esos sombreritos de estudiante que se han puesto de moda». Y otro: «Lady Horbury, que es una de las más elegantes damas de nuestra ciudad, vestía de negro con uno de esos sombreritos de colegiala». Y otro más: «Lady Horbury, de soltera señorita Cicely Brand, vestía de negro, muy elegante, con uno de esos nuevos sombreritos…».

Todos destacaban la elegancia y hermosura de la joven dama, cuya declaración fue de las más breves. No había observado nada y nunca había visto a la difunta.

Venetia Kerr, que declaró después, aportó menos emoción aún. Los infatigables proveedores de las revistas del corazón afirmaron: «La hija de *lord* Cottesmore llevaba una chaqueta de magnífico corte y una falda a la última moda». Y como título, la frase: «Damas de la buena sociedad prestan declaración».

—¡James Ryder!

—¿Es usted James Bell Ryder y vive en el 17 de Blainberry Avenue, N.W.?

—Sí, señor.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy director gerente de Ellis Vale Cement Co.

—¿Tiene la bondad de examinar esta cerbatana? ¿La había visto antes?

—No.

—Durante el vuelo en el Prometheus, ¿no vio usted este objeto en manos de alguna persona?

—No.

—¿Ocupaba el número 4, delante de la víctima?

—¿Y qué pasa si así fuera?

—Haga el favor de no adoptar ese tono conmigo. Ocupaba usted el número 4. Desde su asiento podía usted ver casi todo lo que sucedía en el compartimiento.

—No, señor. No podía ver nada, porque los respaldos son muy altos.

—Pero si alguien se levantara y se colocara en el pasillo en condiciones de poder disparar una cerbatana contra la interfecta, ¿lo habría visto usted?

—Ciertamente.

—¿Y no vio usted tal cosa?

—No.

—¿Vio usted levantarse a alguno de los pasajeros que ocupaban asientos delante de usted?

—Sí, un pasajero que se sentaba dos filas ante mí, que fue a los servicios.

—¿Alejándose de usted y de la difunta?

—Sí.

—¿No se acercó para nada a la cola del avión?

—No, volvió a su asiento directamente.

—¿Llevaba algo en la mano?

—Nada.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿No abandonó su asiento nadie más?

—El individuo que estaba delante de mí. Pasó por mi lado y se dirigió a la cola.

—¡Protesto! —terció el señor Clancy, levantándose del asiento que ocupaba—. ¡Eso fue antes, mucho antes, a la una!

—Haga el favor de sentarse —ordenó el juez—. Luego podrá hablar. Siga usted, señor Ryder. ¿Notó usted si ese caballero llevaba algo en la mano?

—Creo que llevaba una estilográfica. Y cuando volvió, sujetaba un libro de color naranja.

—¿Y esa fue la única persona que cruzó el avión hacia la cola? ¿Usted no se levantó?

—Sí. Fui al servicio, pero no llevaba ninguna cerbatana en las manos.

—Adopta usted un tono poco apropiado. Siéntese.

El señor Norman Gale, dentista, prestó declaración en sentido negativo. Luego se acercó al estrado el indignado señor Clancy.

El señor Clancy era para los periodistas un personaje de menor interés, inferior en varios grados a una aristócrata.

«Autor de novelas policíacas presta declaración. Célebre escritor confiesa la compra del arma mortal. Causa sensación en el jurado».

Pero lo de la sensación quizá era un poco prematuro.

—Sí, señor —declaró el señor Clancy con voz estridente—, compré una cerbatana y, es más, la he traído hoy aquí. Protesto con toda mi alma contra la suposición de que la cerbatana con que se cometió el crimen fuera la mía. Aquí está la que yo compré.

Mostró la cerbatana con aire de triunfo.

Los periodistas anotaron: «Una segunda cerbatana en el tribunal».

El juez se portó severamente con el señor Clancy. Le dijo que estaba allí para ayudar a la justicia y no para rebatir cargos imaginarios contra él. Luego le preguntó sobre lo ocurrido en el Prometheus durante el vuelo, pero con escasos resultados. El señor Clancy, según explicó él, con toda clase de pormenores innecesarios, había estado demasiado enfrascado en un excéntrico horario de trenes extranjeros y las dificultades que le presentaban los horarios en formato de veinticuatro horas, para fijarse en nada de lo que sucedía a su alrededor. Aunque hubiesen atacado con dardos envenenados a todo el pasaje, maldito si se hubiera dado cuenta de lo que sucedía.

La señorita Jane Grey, oficiala de peluquería, no alteró el ritmo de las plumas de los periodistas.

Siguieron los franceses.

Monsieur Armand Dupont declaró que viajaba a Londres para dar una conferencia en la Royal Asiatic Society. Él y su hijo estaban absortos en una discusión técnica y se habían fijado muy poco en lo que sucedía a su alrededor. No había advertido la presencia de la víctima hasta que atrajo su atención el revuelo general que produjo el descubrimiento de su muerte.

—¿Conocía usted a *madame* Morisot o *madame* Giselle?

—No, *monsieur*, nunca la había visto.

—Pero es un personaje muy conocido en París, ¿verdad?

—No lo sé. En cualquier caso, no he estado apenas en París últimamente.

—¿Debo deducir que ha regresado usted de Asia recientemente?

—Exactamente, *monsieur*; de Irán.

—Han viajado mucho por esos mundos de Dios, usted y su hijo, ¿verdad?

—*Pardon*?

—¿Han estado en países exóticos?

—Así es, señor.

—¿Ha estado usted en alguna parte del mundo donde los nativos usen dardos envenenados con veneno de serpiente?

Hizo falta que se lo tradujeran y, cuando entendió la pregunta, *monsieur* Dupont meneó la cabeza enérgicamente.

—Nunca, nunca me he encontrado con nada parecido.

Luego le tocó el turno a su hijo, cuya declaración se ajustó en todo a la de *monsieur* Armand. No había notado nada. Creyó posible que la muerte de la señora se debiera a la picadura de una avispa, porque él mismo se vio molestado por una, a la que logró matar, por cierto.

Los Dupont eran los últimos testigos.

El juez se aclaró la garganta y se dirigió al jurado.

Dijo que era el caso más sorprendente e increíble que se le había presentado desde que presidía aquel tribunal. Una mujer había muerto (y podía descartarse la idea de suicidio o de accidente) en el aire, en un espacio muy reducido. Era inimaginable que el autor del crimen fuera alguien ajeno al avión. El asesino tenía que ser necesariamente uno de los testigos que acababan de escuchar. No debían perder de vista aquel hecho, por terrible y espantoso que fuese. Una de las personas allí presentes había mentido descaradamente.

Las circunstancias del crimen eran de una audacia incomparable. A la vista de los diez testigos, o doce contando a los camareros, el asesino se había llevado la cerbatana a los labios y lanzado el dardo sin que nadie hubiera observado el hecho. Parecía francamente increíble, pero existía la prueba de la cerbatana, del dardo hallado en el suelo, de la señal dejada en el cuello de la difunta y del

dictamen del médico, que demostraba que aquello, increíble o no, había sucedido.

A falta de pruebas para acusar a una persona determinada, sólo podía aconsejar al jurado que emitiese un veredicto de «asesinato cometido por una o varias personas desconocidas». Todos los presentes habían negado conocer a la víctima. A la policía le tocaba descubrir las ocultas relaciones entre los testigos y la víctima. Desconociéndose el motivo del crimen, sólo podía aconsejar el veredicto indicado.

Uno de los miembros del jurado, de rostro anguloso y ojos suspicaces, se adelantó, respirando fatigosamente.

—¿Se me permite una pregunta, señoría?

—Claro, diga.

—Nos han dicho ustedes que la cerbatana se encontró bajo uno de los cojines de un asiento. ¿Quién se sentaba en él?

El juez consultó sus notas. El sargento Wilson se acercó al miembro del jurado y explicó:

—¡Ah, sí! El asiento de que se trata era el número 9, ocupado por *monsieur* Hércules Poirot. *Monsieur* Poirot es un detective privado muy conocido y respetable que ha colaborado muchas veces con Scotland Yard.

El miembro del jurado dirigió su mirada a Hércules Poirot y su rostro mostró la escasa aceptación que los bigotes de éste le producían.

¡Extranjeros!, dijeron sus ojos. No hay que fiarse de los extranjeros, aunque sean colaboradores de la policía.

Añadió en voz alta:

—¿No fue ese *monsieur* Poirot quien encontró el dardo?

—Sí.

El jurado se retiró a deliberar. Al cabo de poco tiempo volvió, y el presidente entregó una papeleta al juez.

—¿Pero qué es esto? —murmuró ceñudo éste al leerlo—. ¡Tonterías! No puedo aceptar un veredicto en estos términos.

Al poco rato, el veredicto volvió debidamente enmendado:

«Dictaminamos que la víctima murió envenenada, aunque no haya pruebas que demuestren de forma irrebatible quién administró el veneno».

Capítulo V

Después de la encuesta

Al salir del tribunal, una vez emitido el veredicto, Jane encontró a Norman Gale a su lado.

—Me gustaría saber qué decía aquel papel que el juez no quiso aceptar bajo ningún concepto —comentó Gale.

—Creo que puedo satisfacer su deseo —dijo una voz detrás de ellos.

La pareja se volvió para encontrarse con la mirada vivaracha de *monsieur* Hércules Poirot.

—Era un veredicto de culpabilidad de asesinato contra mí.

—¡Oh! ¿Es posible? —exclamó Jane.

Poirot asintió satisfecho.

—*Mais oui*. Al salir he oído que un hombre le comentaba a otro: «Ese extranjero, fíjese bien en lo que le digo. ¡Es el autor del crimen!». Los del jurado piensan lo mismo.

Jane no sabía si condolerse o echarse a reír. Se decidió por lo último y Poirot rió también contagiado por su risa.

—Comprenderán que debo ponerme a trabajar sin pérdida de tiempo para probar mi inocencia.

Se despidió con una inclinación y una sonrisa.

Jane y Norman siguieron con la mirada al extraño personaje que se alejaba.

—¡Qué tipo tan estrafalario! —comentó Gale—. Se hace llamar detective. No sé qué puede descubrir un hombre así. Cualquier delincuente lo reconocería a kilómetros de distancia. No comprendo cómo puede disfrazarse.

—¿No tiene usted una idea muy anticuada de los detectives? —preguntó Jane—. Las pelucas y barbas postizas ya no están de moda. Hoy día, los detectives se sientan a una mesa y estudian los casos en su aspecto psicológico.

—Mucho menos cansado.

—Tal vez en su aspecto físico. Pero, de todos modos, necesitan un cerebro frío y calculador.

—Claro. Un atolondrado no daría pie con bola.

Los dos rieron.

—Oiga… —Gale tartamudeaba y se ruborizó ligeramente—… le importaría… quiero decir si sería usted tan amable… es un poco tarde, pero ¿me acompañaría a tomar el té? He pensado que, como compañeros de infortunio, podríamos también…

Conteniéndose, se dijo: ¿Qué te pasa, tontaina? ¿No puedes invitar a una muchacha sin tartamudear, enrojecer y hablar como un patán? ¿Qué pensará de ti la chica?

La confusión de Gale tuvo la virtud de acentuar la serenidad y el dominio de Jane.

—Muchas gracias —contestó—. Me encantará aceptar ese té.

Entraron en un establecimiento y una camarera de modales desdeñosos recibió sus peticiones con aire de duda, como si pensara: Perdonen si salen decepcionados. Dicen que aquí se sirve té, pero yo nunca he visto nada que se le parezca aquí.

El establecimiento estaba casi desierto, pero esta falta de clientela enfatizaba la intimidad de aquel té. Jane se quitó los guantes y dirigió una mirada a su compañero. Era muy atractivo, con aquellos ojos azules y aquella sonrisa. Muy agradable.

—¡Qué caso más raro el de ese asesinato! —comentó Gale, apresurándose a entrar en conversación. Todavía no se había librado por completo del ridículo sentimiento de embarazo.

—Lo sé —corroboró Jane—, y me tiene preocupada desde el punto de vista de mi empleo. No sé cómo se lo tomarán.

—Es cierto. No había pensado en eso.

—Quizá a Antoine no le guste conservar a una empleada complicada en un caso de asesinato y que tiene que prestar declaración y lo que eso supone.

—La gente es muy rara —afirmó Norman Gale pensativamente —. La vida es… es tan injusta. Una cosa como esta en que, además,

no tiene culpa alguna. —Y frunció el ceño airado—. ¡Es indignante!

—Bueno, aún no ha pasado nada —le recordó Jane—. ¿Por qué inquietarse por algo que no ha sucedido todavía? Después de todo, podría tener un buen fundamento. ¡Podría ser yo quien la hubiera asesinado! Y a un asesino se le supone capaz de matar a otros, y a nadie le gustaría confiar su cabellera a alguien así.

—Basta con mirarla para saber que es usted incapaz de matar a nadie —declaró Norman mirándola con devoción.

—Yo no estaría tan segura sobre eso —advirtió Jane—. A veces, de buena gana mataría a alguna de mis clientas si supiera que no me iban a descubrir. Especialmente, a una que tiene una agria voz de loro y que gruñe por todo. A veces pienso que matarla sería una buena acción y no un crimen. Ya ve pues que mentalmente soy una asesina.

—Quizá, pero no cometió usted ese asesinato. Lo juraría.

—Yo también juraría que no lo cometió usted —aseguró Jane—. Pero de nada le serviría que yo lo jurase, si sus pacientes se lo atribuyesen.

—Mis pacientes, sí… —Gale parecía pensativo—. Supongo que tiene usted razón. No había caído en eso. Un dentista con manías homicidas. Realmente, no es una propaganda muy atractiva. —Como obedeciendo a un súbito impulso, añadió—: ¿No le disgusta saber que soy un dentista?

Jane arqueó las cejas.

—¿Disgustarme? ¿A mí?

—Lo digo porque para la gente los dentistas son algo cómico. No es una profesión romántica, que digamos. A un médico todo el mundo le toma en serio.

—No se preocupe. Un dentista siempre estará a mayor nivel que una auxiliar de peluquería.

Rieron ambos y Gale observó:

—Me parece que vamos a ser buenos amigos, ¿verdad?

—Sí, eso creo.

—¿Querría usted cenar una noche conmigo? Luego podríamos ir al teatro.

—Sí, claro.

Tras una pausa, Gale preguntó:

—¿Lo pasó usted bien en Le Pinet?

—Mucho.

—¿Había estado ya allí?

—No, verá usted…

Sintiéndose de pronto comunicativa, Jane le contó la historia del billete de lotería. Ambos estuvieron de acuerdo en que los sorteos eran románticos y agradables, y deploraron que el gobierno británico fuera, en eso, tan poco comprensivo.

Su charla fue interrumpida por un joven de traje castaño que llevaba un buen rato remoloneando por aquel lugar sin que ellos lo notaran.

Por fin se decidió a acercarse y, descubriéndose, se dirigió a Jane con gran aplomo:

—¿Señorita Jane Grey?

—Sí.

—Represento al *Weekly Howl*, señorita Grey. ¿Aceptaría usted el encargo de escribirnos un artículo sobre ese asesinato aéreo que han vivido ustedes? Podría exponer el punto de vista de uno de los viajeros…

—Me temo que no, gracias.

—¡Oh! ¡Vamos, señorita Grey! Se lo pagaríamos estupendamente.

—¿Cuánto?

—Cincuenta libras. Oh, bueno, tal vez algo más. Pongamos sesenta.

—No. No creo que me fuera posible. No sabría qué contar.

—Está bien —se apresuró a decir el muchacho—. No es necesario realmente que usted escriba el artículo. Uno de nuestros redactores la visitará para hacerle algunas preguntas y escribirá el texto de acuerdo con sus respuestas. No tendrá usted ni la más mínima molestia.

—Da lo mismo —respondió Jane—. Prefiero no hacerlo.

—¿Qué le parecerían cien libras? Mire, estoy dispuesto a darle esas cien si nos facilita usted una fotografía suya.

—No, no me gusta la idea.

—¡Déjelo ya! —intervino Norman Gale—. La señorita Grey no quiere que se la moleste más.

—No, no me gusta la idea.

El joven se dirigió a él esperanzado.

—¿No es usted el señor Gale? Oiga, por favor: ya que a la señorita Grey no acaba de gustarle la idea, ¿qué le parece a usted? Quinientas palabras y le ofrezco los mismos honorarios que a la señorita Grey. Es un trato excelente, pues el asesinato de una mujer contado por otra mujer tiene más gancho para los lectores. Es una gran oportunidad lo que le ofrezco.

—No la acepto, ya ve usted. No escribiré una palabra para su periódico.

—Dinero aparte, sería una buena propaganda para su consulta. Mejoraría su situación profesional. Todos sus clientes lo leerían.

—Eso es precisamente lo que más temo —afirmó Norman Gale.

—Ya sabe usted que, en estos tiempos, no se puede hacer nada sin la publicidad.

—Es posible, pero todo depende de la clase de publicidad. Sólo me queda la esperanza de que algunos de mis pacientes no lean la prensa y, por lo tanto, ignoren que estoy mezclado en un caso de asesinato. Bueno, ya le hemos contestado a usted los dos. ¿Se va usted por las buenas o no?

—No he dicho nada para molestarles —replicó el reportero sin turbarse ante aquel tono violento—. Buenas tardes. Pueden llamarme a la redacción si cambian de parecer. Aquí tienen mi tarjeta.

Salió alegremente del establecimiento, pensando para sí: No me ha ido del todo mal. Será una entrevista bastante decente.

Efectivamente, la siguiente edición del *Weekly Howl* dedicaba una columna a relatar el punto de vista de dos testigos presenciales del misterioso crimen del aire. La señorita Jane Grey declaraba que se sentía demasiado apenada para hablar del asunto. Había sido un golpe muy duro para ella y detestaba recordarlo. El señor Norman Gale se había extendido en consideraciones sobre el efecto que produciría en la carrera de un profesional verse mezclado en un asunto criminal, a pesar de ser inocente. El señor Gale había expresado la esperanza de que algunos de sus clientes sólo leyesen la sección de modas y se sentaran en su silla de dentista sin la menor sospecha.

Cuando el muchacho se hubo ido, Jane preguntó:

—¿Por qué no hará esas proposiciones a personas más importantes?

—Seguramente deja eso para reporteros más cualificados —contestó Gale, ceñudo—. Tal vez lo ha intentado ya y le han mandado a paseo. Jane… ¿Me permites que te tutee? ¿Quién crees tú que mató a esa mujer, a Giselle?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Has pensado en eso? ¿En eso precisamente?

—No, a decir verdad, en eso no había pensado. Sólo me preocupaba la idea de estar mezclada. Pero no se me había ocurrido pensar seriamente que alguno de los demás tuvo que hacerlo. Hasta este momento no había caído en la cuenta de que uno de ellos tuvo que ser forzosamente el autor.

—Sí, el juez lo expuso con toda claridad. Sé que no fui yo y sé que no fuiste tú, porque… bueno, porque te estuve contemplando casi todo el tiempo que permanecimos en el aire.

—Sí —admitió Jane—. A mí me consta que no fuiste tú por la misma razón. ¡Y desde luego, sé que tampoco fui yo! De modo que debió ser alguno de los otros, pero no sé quién fue. No tengo la menor idea. ¿Y tú?

—Pues no.

Norman Gale parecía muy pensativo, como si quisiera llegar a una conclusión a toda costa. Jane prosiguió:

—No sé cómo vamos a adivinarlo. Por mi parte, al menos yo no vi nada. ¿Notaste tú alguna cosa?

Gale meneó la cabeza.

—Nada en absoluto.

—Eso es lo más raro del caso. Me atrevería a jurar que no pudiste ver nada porque no estabas de cara a los hechos. Pero yo sí estaba mirando precisamente allí y hubiera debido ver…

Jane se detuvo, ruborizándose. Recordaba que su mirada se había mantenido fija en su jersey y que su mente, lejos de recoger las sensaciones externas, se había cerrado a todo lo que no tuviese relación directa con la persona que llevaba aquel dichoso pullover.

Me gustaría saber por qué se ruboriza así, se decía Norman Gale. Es encantadora. Voy a casarme con ella. Sí, me casaré. Pero no hay que correr demasiado. Tengo que hallar algún pretexto para frecuentarla. Podría aprovechar este asunto del crimen. Funcionará tan bien como cualquier otra cosa. Además, creo realmente que sería bueno hacer algo. Ese maldito reportero con su publicidad…

—Concentrémonos en eso —expuso en voz alta—. ¿Quién la mató? Tengamos en cuenta a todos los que estaban allí. ¿Quizá uno de los camareros?

—No —rechazó Jane.

—Conforme. ¿Las señoras que estaban sentadas al otro lado del pasillo?

—No creo que una dama como *lady* Horbury haya matado a nadie. Y la otra, la señorita Kerr es demasiado «señora». Jamás mataría a una anciana francesa, estoy segura.

—Me parece que no te equivocas, Jane. Tenemos a ese hombrecillo de los bigotes. Aunque, según el jurado, sea el más sospechoso, tenemos que descartarlo. ¿Y el médico? Tampoco parece muy probable que tenga nada que ver.

—Si la hubiese querido matar, lo hubiese hecho sin dejar huellas y nadie le hubiera descubierto.

—Sí, claro —admitió Norman dubitativo—. Esos venenos inodoros e insípidos que no dejan huellas son más apropiados, aunque dudo de que existan. ¿Qué te parece ese escritor, el que confesó poseer una cerbatana?

—Es bastante sospechoso. Pero me parece buena persona y no necesitaba confesar que poseía uno de esos chismes, de modo que no creo que fuese él.

—Así pues, nos queda Jameson. No, ¿cómo se llama…? ¿Ryder?

—Sí. Pudo ser él.

—¿Y los franceses?

—Son los más probables. Han viajado a extraños lugares y pueden tener motivos que nosotros desconocemos por completo. El más joven me parece una persona desdichada y preocupada.

—También tú estarías inquieta si hubieras cometido un crimen —afirmó Norman lúgubre.

—Parecía muy agradable —insistió Jane—, y su padre un hombre encantador. Confío en que no sean ellos.

—No parece que progresemos mucho.

—No sé cómo vamos a llegar a una conclusión, desconociendo tantas cosas acerca de la mujer asesinada: qué enemigos tenía, quién la va a heredar y todo eso.

Norman Gale terció esperanzado:

—¿Tú crees que esto es especular en vano?

—¿No lo es? —preguntó ella sin sonreír.

—No del todo —contestó Gale, y añadió lentamente, después de vacilar—: Presiento que será provechoso.

Jane le dirigió una mirada interrogadora.

—Un asesinato —puntualizó Normal Gale— no concierne sólo a la víctima y al autor. También afecta al inocente. Tú y yo somos inocentes, pero nos envuelve la sombra del crimen y no sabemos cómo afectará esta sombra a nuestras vidas.

Jane era una muchacha muy juiciosa, pero no pudo evitar un estremecimiento.

—No digas eso. Me da miedo.

—Y a mí también —reconoció Gale.

Capítulo VI

Una consulta

Hércules Poirot visitó a su amigo, el inspector Japp. Éste le recibió con una sonrisa burlona.

—¡Hola, viejo amigo! Ha estado usted a punto de dar con sus huesos en la cárcel.

—Me temo que, si llega a ocurrir semejante cosa, hubiera salido perjudicado profesionalmente.

—También los detectives resultan, a veces, criminales en las novelas. —Japp le indicó un caballero con cara melancólica, pero inteligente—. Tengo el gusto de presentarle a *monsieur* Fournier, de la Sûreté, que ha venido a colaborar con nosotros en este asunto.

—Creo que tuve el placer de conocerle hace años, *monsieur* Poirot —saludó estrechándole la mano—. También me habló de usted *monsieur* Giraud.

A Poirot le pareció sorprender en los labios del agente francés una leve sonrisa y se permitió replicar con una sonrisa discreta, imaginándose en qué términos le habría hablado Giraud, de quien él, a su vez, acostumbraba a hablar en términos desdeñosos como el «sabueso humano».

—Propongo —ofreció Poirot— que vengan a cenar conmigo. Ya he invitado a *monsieur* Thibault. Es decir, si usted y el amigo Japp no tienen inconveniente en aceptar mi colaboración.

—Está bien, amigo mío —aceptó Japp, dándole una palmada en el hombro—. Ya veo que se ha metido usted a fondo en el caso.

—Nos consideraremos muy honrados —murmuró el francés por pura cortesía.

—Como acabo de decir a una señorita encantadora, ansío que resplandezca mi inocencia.

—Al jurado no le gustó su aspecto —observó Japp, sonriendo otra vez—. Fue lo más gracioso que he oído nunca.

De común acuerdo, no se habló del caso durante la excelente comida con que el belga obsequió a sus amigos.

—Después de todo, es posible comer bien en Inglaterra —comentó Fournier, mientras usaba con toda delicadeza el mondadientes.

—Una comida exquisita, *monsieur* Poirot —reconoció Thibault.

—Un poco a la francesa, pero condenadamente buena —convino Japp.

—La buena comida siempre ha de pesar poco en el estómago —señaló Poirot—. No debe ser tan fuerte que paralice el funcionamiento del cerebro.

—No puedo decir que me haya molestado nunca el estómago —advirtió Japp—, pero no se lo discutiré. Prefiero que pasemos a tratar el asunto que nos ha reunido. Y como *monsieur* Thibault ha de ausentarse pronto, yo propondría que empezásemos por oír todo lo que pueda decirnos.

—Estoy a sus órdenes, caballeros. Desde luego que aquí puedo hablar más libremente que ante el tribunal. Antes de empezar la encuesta judicial tuve una charla con el inspector Japp, quien me aconsejó mucha reserva, y por eso procuré contestar en términos generales.

—Perfectamente —aceptó Japp—. No hay que gastar las municiones en salvas. Ahora puede decirnos todo lo que sepa de esa Giselle.

—A decir verdad, sé muy poco de ella. La conocía, como todo el mundo, por su fama. De su vida privada sé muy poco. Es probable que *monsieur* Fournier sepa más que yo. Pero sí les puedo asegurar que *madame* Giselle era lo que aquí llamamos todo un personaje. De sus antecedentes nada se sabe. Creo que en su juventud fue de muy buen ver y que la viruela acabó con su belleza. Le gustaba mucho, me parece, el poder; y lo tenía. Era una astuta mujer de negocios, de ese tipo de mujer francesa que tiene la cabeza muy bien puesta sobre los hombros y no permite que los sentimientos afecten para nada sus intereses, aunque tenía fama de llevar sus negocios con

escrupulosa honestidad.

Se volvió hacia Fournier, como esperando su asentimiento, y éste asintió melancólicamente.

—Sí. Era honesta a su manera. Aunque la ley la hubiera llamado al orden si se hubieran presentado ciertas pruebas, pero eso… —se encogió de hombros con desaliento—… eso es mucho pedir, corrompida como está la humanidad.

—¿Qué quiere decir?

—Chantaje.

—¿Practicaba el chantaje? —preguntó Japp extrañado.

—Sí, un chantaje de un tipo muy especial. *Madame* Giselle tenía la costumbre de prestar dinero mediante un simple pagaré. Era muy discreta en cuanto a la suma prestada y a los métodos de pago, pero puedo asegurarles que tenía su propio y eficaz sistema para hacerse pagar.

Poirot se echó hacia delante con interés.

—Como *monsieur* Thibault ha dicho, *madame* Giselle reclutaba su clientela entre la clase elevada y las profesiones liberales. Esta gente es especialmente vulnerable al peso de la opinión pública. *Madame* Giselle tenía montado su propio servicio de información. Antes de prestar el dinero, si se trataba de una cantidad importante, solía recoger cuantos datos le era posible sobre su cliente, y sus medios de información eran extraordinarios. Estoy de acuerdo con lo que ha dicho nuestro amigo: a su manera, *madame* Giselle era de una escrupulosa honestidad. Se portaba bien con los que eran leales con ella. Creo sinceramente que no se sirvió de los secretos que sabía para obtener dinero de nadie, a no ser que le debieran dinero.

—Quiere usted decir —observó Poirot— que el conocimiento de esos secretos era una especie de garantía.

—Exacto. Y cuando tenía que servirse de ellos, lo hacía con toda rudeza y sorda a todo sentimiento. Y debo decirles, señores, que su sistema funcionaba. Rara vez se vio obligada a renunciar al cobro de una deuda. Un caballero o una dama de posición elevada removerían cielo y tierra para evitar un escándalo. Como ustedes ven, conocíamos sus actividades, pero de eso a perseguirla judicialmente… —Volvió a encogerse de hombros—. Es un asunto muy difícil. La naturaleza humana… es la naturaleza humana.

—Y en caso de tener que renunciar al cobro de alguna deuda, ya

que, como usted ha insinuado, eso sucedió alguna vez, ¿qué hacía entonces? —preguntó Poirot.

—En ese caso —contestó Fournier—, hacía públicos los informes que tenía o se los mandaba a la persona interesada.

Hubo un momento de silencio. Luego Poirot preguntó:

—¿Y eso no la beneficiaba económicamente?

—Económicamente, no —respondió Fournier—, al menos no directamente.

—¿E indirectamente?

—Sí, porque hacía que los demás pagasen, ¿no es eso? —intervino Japp.

—Eso mismo —confirmó Fournier—. Equivalía a lo que podríamos llamar un efecto moral.

—Un efecto inmoral lo llamaría yo —exclamó Japp. Y añadió, restregándose la nariz pensativamente—: Bien, esto nos abre un abanico muy amplio de posibles motivos para el crimen. Ahora convendría saber quién entrará en posesión del dinero. ¿Puede usted ayudarnos en este aspecto? —preguntó, dirigiéndose a Thibault.

—Tenía una hija —contestó el abogado—, pero ésta no vivía con su madre. Casi me atrevería a afirmar que la madre no la veía desde que era muy pequeña. Pero hace muchos años hizo testamento dejándoselo todo a su hija Anne Morisot, a excepción de un pequeño legado en favor de su doncella. Por lo que yo sé, nunca ha hecho otro testamento.

—¿Y es grande su fortuna? —preguntó Poirot.

El abogado se encogió de hombros.

—Aproximadamente unos ocho o nueve millones de francos.

Poirot frunció los labios, como en un silbido.

—¡Caramba! ¡No lo parecía! —exclamó Japp—. Veamos cuánto es al cambio, pues debe ascender a más de cien mil libras.

—¡Toma! Mademoiselle Anne Morisot será una señorita muy rica —comentó Poirot.

—Por fortuna para ella, no se hallaba en el avión —añadió Japp secamente—. En otro caso, hubiera sido sospechosa de haber dado el pasaporte a su madre para heredar el dinero. ¿Qué edad debe tener?

—No lo sé con seguridad. Imagino que unos veinticuatro o

veinticinco años.

—Bien, por ahora no parece que tenga la menor relación con el crimen. Tendremos que volver sobre eso de los chantajes. Todos los viajeros niegan haber conocido a *madame* Giselle. Por lo menos uno de ellos miente. Es cuestión de saber quién. El examen de sus documentos privados quizás arroje alguna luz. ¿No le parece, Fournier?

—Querido amigo —respondió el francés—, apenas nos llegó la noticia y, tras hablar por teléfono con Scotland Yard, fui de inmediato a su casa. Allí había una caja de caudales donde solía guardar sus papeles, pero los habían quemado todos.

—¿Quemados? Pero ¿por qué? ¿Quién?

—*Madame* Giselle tenía una doncella de confianza llamada Elise; si le sucedía algo a su señora, tenía instrucciones de abrir la caja, cuya combinación conocía, y quemar los papeles que contenía.

—¿Cómo? ¡Pero eso es asombroso! —exclamó Japp.

—¿Lo ve? —señaló Fournier—. *Madame* Giselle tenía su propio código. Era leal con quienes se portaban lealmente con ella. A sus clientes les prometía juego limpio. Era despiadada, pero mujer de palabra.

Japp asintió. Los cuatro permanecieron un rato en silencio, pensando en el carácter de aquella mujer poco común.

Thibault se levantó.

—Debo dejarles, señores, pues ahora tengo una cita. Si necesitan alguna otra información, ya saben dónde encontrarme.

Y tras estrecharles la mano ceremoniosamente, abandonó la estancia.

Capítulo VII

Probabilidades

Cuando se quedaron solos los tres, acercaron más las sillas a la mesa.

—Vamos a ver si ahora podemos examinar a fondo el caso —empezó el inspector Japp, sacando el tapón de su estilográfica—. En el avión había once pasajeros, mejor dicho, sólo en el compartimiento de la cola. La otra parte no cuenta. Once pasajeros y dos camareros, que suman trece personas. Una de las doce mató a la anciana. Unos eran ingleses y otros franceses. Estos últimos se los confiaré a *monsieur* Fournier. De los ingleses me encargaré yo. Hay que hacer investigaciones en París y eso queda también de su cuenta, Fournier.

—Y no sólo en París —advirtió Fournier—. Durante el verano, Giselle hacía grandes negocios por las playas de Francia: Deauville, Le Pinet, Wimereux… Y también frecuentaba el sur: Antibes, Niza y todos esos lugares.

—Bien observado. Recuerdo que alguno de los viajeros del Prometheus mencionó Le Pinet. Bien, ya es una pista. Veamos si nos es posible ahora localizar al asesino, si hay manera de demostrar, por su situación en el compartimiento, quién estaba en condiciones de utilizar esa cerbatana. —Desenrolló un croquis del interior del avión y lo extendió sobre la mesa—. Procedamos por el método de eliminación. Para empezar, examinemos uno a uno a los viajeros y decidamos qué probabilidades y, lo que es todavía más importante, qué posibilidades tenía cada uno de ellos.

—Para empezar, podemos eliminar a *monsieur* Poirot. Esto

reducirá el número a once.

Poirot meneó la cabeza tristemente.

—Es usted muy confiado, amigo mío. No hay que fiarse de nadie, de nadie.

—Bueno, le dejaremos también, si usted quiere —convino Japp de buen humor—. Además, tenemos a los camareros, que me parecen muy poco sospechosos desde el punto de vista de las probabilidades. No es de suponer que hayan tomado prestadas grandes cantidades de dinero; ambos tienen una muy buena hoja de servicios, ambos son personas decentes y sobrias. Me sorprendería mucho que tuvieran algo que ver con esto. Por otra parte, desde el punto de vista de las posibilidades, hemos de incluirlos. Cruzaban el avión de una punta a otra, y podían utilizar la cerbatana. Desde el ángulo adecuado, quiero decir. Pero me niego a creer que en un avión lleno de gente un camarero pudiera disparar flechas con una cerbatana sin que nadie lo viese. Por experiencia sé que las personas suelen ser ciegas como murciélagos, pero no llegarían a tanto. Claro que mi razonamiento se puede aplicar a todos los demás. Sería una locura, habría que estar loco de remate para cometer un crimen así. Apenas hay una probabilidad entre cien de no ser detenido en el acto. Quien hizo esto tuvo una suerte de mil diablos. De todos los procedimientos demenciales para cometer un asesinato…

Poirot, que escuchaba con los ojos entrecerrados y fumaba en silencio, le interrumpió para formular una pregunta:

—¿Cree usted de veras que fue un procedimiento demencial?

—Claro que sí. Fue una locura.

—Pues tuvo éxito. Aquí estamos los tres sentados hablando del crimen, sin saber aún quién lo cometió. ¡El éxito es innegable!

—Pura suerte. El asesino se expuso a que lo vieran muchos ojos.

Poirot meneó la cabeza disgustado.

Fournier se volvió a mirarlo con curiosidad.

—¿Qué piensa usted, *monsieur* Poirot?

—*Mon ami*, pienso que un asunto hay que juzgarlo por sus resultados, y este asunto ha sido llevado a cabo con pleno éxito.

—Y no obstante —observó el francés pensativamente—, parece un milagro.

—Milagro o no, aquí está —afirmó Japp—. Tenemos la declaración médica y tenemos el arma. Si semanas atrás alguien me

hubiera dicho que iba a investigar un asesinato causado por medio de un dardo envenenado con veneno de serpiente, me hubiera reído ante sus narices. ¡Es insultante! ¡Este asesinato es un verdadero insulto!

Inspiró profundamente. Poirot sonrió.

—Tal vez el autor del crimen sea una persona dotada de un perverso sentido del humor —exclamó Fournier pensativo—. En estos casos, es muy importante tener una idea de la psicología del criminal.

Japp bufó al oír la palabra psicología, que le disgustaba y en la que no creía.

—Eso es lo que le gusta oír a *monsieur* Poirot.

—Me interesa mucho todo lo que ustedes dicen.

—¿Duda usted de que la matasen de esa manera? —preguntó Japp, que tenía sus sospechas—. Ya conocemos lo tortuosas que son sus ideas.

—No, no, amigo mío. No tengo ninguna duda acerca de eso. El dardo envenenado que recogí fue la que causó la muerte. Eso es seguro. Con todo, hay algunos puntos en este dichoso caso…

Calló, meneando la cabeza perplejo.

—Volviendo a nuestro lío —prosiguió Japp—, no podemos descartar a los camareros en absoluto, pero me parece improbable que tengan nada que ver. ¿Está usted de acuerdo, Poirot?

—Recuerde lo que le he dicho antes. No hay que descartar a nadie, a nadie en absoluto. ¡Ni siquiera a mí!

—Como usted quiera. Ahora, veamos a los pasajeros. Empecemos por la zona más cercana a los lavabos. Asiento número 16 —Señaló el papel con la punta del lápiz—. Aquí se sentaba la chica de la peluquería, Jane Grey. Ganó la lotería irlandesa y se gastó el premio en Le Pinet. Sabemos pues que la joven es una jugadora. Pudo encontrarse en un apuro y pedirle dinero prestado a la vieja. No es probable que pidiera una cantidad importante, ni que Giselle obtuviese «alguna garantía» contra ella. Me parece un pez demasiado pequeño para lo que estamos considerando. Y no creo que una oficiala de peluquería tenga la más remota oportunidad de conseguir veneno de serpiente. Eso no se usa para teñir el pelo, ni como masaje facial. En cierto modo, usar veneno de serpiente fue un error, porque reduce el campo de la investigación. Sólo dos

personas de cada cien podrían poseer conocimientos sobre ese veneno y estar en condiciones de conseguirlo.

—Lo que nos aclara uno de los puntos de este asunto —observó Poirot.

Fournier le dirigió una mirada interrogadora, pero fue Japp quien prosiguió con la exposición de su idea.

—En mi opinión, el asesino pertenece a una de entre dos categorías: puede tratarse de un hombre que ha viajado por regiones salvajes y ha adquirido conocimientos sobre las especies de serpiente más venenosas y las costumbres de las tribus indígenas que utilizan el veneno para matar a sus enemigos. Ésta es la categoría número uno.

—¿Y la otra?

—La científica, la del investigador. El *boomslang* es una sustancia con la que experimentan los grandes laboratorios. He hablado con Winterspoon acerca de esto. Parece que el veneno de serpiente, el de cobra para ser más preciso, se usa a veces en medicina. Es eficaz en el tratamiento de la epilepsia. La investigación científica ha hecho grandes adelantos en la lucha contra las mordeduras de serpiente.

—Muy interesante y sugestivo —exclamó Fournier.

—Sí, pero continuemos. Esa muchacha, la Grey, no encaja en ninguna de esas dos categorías. Sus motivos son inverosímiles, y las oportunidades para adquirir el veneno son más que dudosas. Y ofrece más dudas aún la posibilidad de que utilizase la cerbatana. Es prácticamente imposible. Observen.

Los tres se inclinaron sobre el plano.

—Aquí tenemos el asiento 16 —señaló Japp—. Y aquí está el 2, en el que se sentaba Giselle. Entre las dos había mucha gente. Si la chica no se movió de su sitio, como declaran todos, no pudo lanzar el dardo de modo que alcanzase a Giselle en ese lado del cuello. Me parece que podemos eliminarla sin reparos. Vamos con el 12, que queda enfrente. Ahí tenemos al dentista, a Norman Gale. De él se puede decir casi lo mismo. Un pez pequeño, aunque con más oportunidades que otros para procurarse el veneno.

—No encaja con las inyecciones que ponen los dentistas —bromeó Poirot—. Con eso, en vez de curar, matarían.

—Los dentistas ya se divierten bastante con sus pacientes —

observó Japp con una sonrisa—. Pero es cierto que pueden moverse dentro de círculos que podrían proporcionarles narcóticos. Podría tener un amigo investigador. Pese a que, en cuanto a las posibilidades, está fuera de duda. Dejó su asiento, sí, pero sólo para ir al servicio, en la dirección opuesta. Al volver a su asiento, no pudo pasar de este punto del pasillo y, para herir desde aquí a la vieja en la garganta, el dardo tendría que haber hecho un recorrido imposible en ángulo recto. Parece que podemos eliminarlo.

—De acuerdo —aceptó Fournier—. Prosiga.

—Crucemos el pasillo. El número 17.

—Éste era mi asiento original —recordó Poirot—. Se lo cedí a una de las señoras que deseaba sentarse junto a su amiga.

—Lady Venetia. Bien, ¿qué podemos decir de ella? Es un pez gordo. Pudo obtener dinero prestado de Giselle. No parece que tenga secretos inconfesables, pero pudo ceder a la tentación de apostar. Tenemos que examinar su caso con un poco de atención. Por su situación, sería posible. Si Giselle hubiese vuelto la cabeza para mirar por la ventana, Venetia habría podido dispararle, aunque el dardo habría tenido que cruzar el pasillo en diagonal. Acertarle en el cuello hubiera sido una hazaña verdaderamente afortunada. Pero creo que no hubiera podido hacerlo sin levantarse. Está acostumbrada a las armas de caza y, aunque no es lo mismo que disparar flechas con cerbatana, todo es cuestión de puntería. Y probablemente tenga amigos que han ido de caza mayor por las selvas de Asia o de África. ¿No podría haber conseguido de ese modo esos raros artilugios de los indígenas? ¿Por qué no? ¡Pero qué disparatado parece todo! No tiene sentido.

—Realmente, no parece muy verosímil —admitió Fournier—. Hoy, en la encuesta, he observado a *mademoiselle* Kerr y… ¡vaya! me resulta muy difícil relacionarla con el crimen.

—Asiento 13 —enunció Japp—. Lady Horbury. Es una dama que se las trae. Sé de ella algo que les contaré enseguida. No me sorprendería que tuviese algunos pecadillos.

—Me consta —señaló Fournier— que esa señora ha perdido importantes sumas al bacarrá en Le Pinet.

—Hace usted bien en decirlo. Sí, es del tipo de las palomitas que caerían en las garras de Giselle.

—Absolutamente de acuerdo.

—Bien, hasta aquí la cosa marcharía. Pero ¿cómo podría haberlo hecho? Ni siquiera se levantó del asiento y, para poder disparar, hubiese tenido que arrodillarse sobre él y apoyarse en el respaldo, todo eso ante diez personas que la observarían. ¡Diablos! ¡Dejémonos de insensateces!

—Asientos 9 y 10 —marcó Fournier, moviendo el índice sobre el papel.

—*Monsieur* Hércules Poirot y el doctor Bryant —dijo Japp—. ¿Qué tiene que alegar, *monsieur* Poirot?

—*Mon estomac* —pronunció el otro patéticamente—. Es indigno que el cerebro haya de ser esclavo del estómago.

—En los vuelos yo también me siento mal —observó Fournier comprensivo, cerrando los ojos y meneando la cabeza de modo muy expresivo.

—Pasemos pues al doctor Bryant. ¿Qué hay del doctor Bryant? Es un pez gordo de Harley Street. No es muy probable que haya recurrido a una prestamista francesa, pero ¿quién sabe? Y si alguien se cruza en el camino de un médico se expone a pagar con la vida. Pero veamos mi teoría científica: un hombre como Bryant, en la cumbre, se relaciona con investigadores. Podría apoderarse fácilmente de un tubo de ensayo con veneno de víbora.

—Estas sustancias se controlan —observó Poirot—. No es fácil, no es como coser y cantar.

—Aunque así sea, un hombre inteligente siempre halla la manera de dar el cambiazo. Un tipo como el doctor Bryant estaría por encima de toda sospecha.

—Hay bastante fundamento en lo que usted dice —convino Fournier.

—Lo más sorprendente es que él mismo llamase la atención sobre esto, pues habría podido declarar que la mujer murió de una afección cardíaca, de muerte natural.

Poirot tosió. Los otros dos lo miraron con curiosidad.

—Me parece que esta fue la primera impresión que tuvo el doctor. Y después de todo, todo parecía indicar una muerte natural, posiblemente imputable a la picadura de una avispa. Recuerden que había una avispa.

—No es fácil olvidarla —apuntó Japp—. Siempre sale usted con la dichosa avispa.

—Sin embargo —continuó Poirot—, fui yo quien vio el dardo mortal en el suelo y quien lo recogió. Después de eso, todo indicaba un asesinato.

—Ese dardo se hubiera encontrado de todos modos.

Poirot meneó la cabeza.

—Lo más probable es que el asesino lo hubiese recogido sin que nadie lo observase.

—¿Quién, Bryant?

—Bryant o el que sea.

—¡Hum! Muy arriesgado.

Fournier no estuvo de acuerdo.

—Lo dice ahora porque sabe que se trata de un asesinato. Pero si una mujer muere de un colapso cardíaco, y un hombre deja caer su pañuelo y se agacha a recogerlo, ¿quién se fijará en este hecho o lo recordará después?

—Es cierto —convino Japp—. Bueno, pues pongamos a Bryant en la lista de los sospechosos. Pudo disparar la cerbatana desde su asiento, echando el cuello a un lado y enviando el dardo diagonalmente por el compartimiento. Pero ¿cómo es que no lo vio nadie? Yo no seguiría con esto, porque sabemos que nadie vio cómo se cometió el crimen.

—Para eso debe haber alguna razón —comentó Fournier—. Una razón que, por lo que me han dicho, gustará a *monsieur* Poirot. Me refiero a una razón psicológica.

—Siga usted, amigo mío —rogó Poirot—, es muy interesante eso que dice.

—Supongamos que, durante un viaje en tren, pasáramos ante una casa incendiada. Todos los ojos se volverían hacia la ventanilla para verla, todos los pasajeros centrarían su atención en un punto determinado. En un momento así, uno puede matar a cualquiera de una puñalada sin que nadie lo vea.

—Cierto —asintió Poirot—. Intervine en un caso de envenenamiento que ocurrió en circunstancias parecidas. Se trata del momento psicológico. Si descubriésemos que se dio ese momento en el Prometheus…

—Hay que averiguarlo interrogando a los camareros y a los viajeros —sugirió Japp.

—Cierto. Aunque si en realidad se dio ese momento psicológico,

habrá que sacar la conclusión de que lo provocó el propio asesino. Éste debió de arreglárselas para producir un efecto especial que motivase ese momento.

—Perfectamente, perfectamente —convino el francés.

—Bueno, tendremos eso en cuenta como punto de partida para nuestras indagaciones —concluyó Japp—. Pasemos al asiento número 8: Daniel Michael Clancy.

Japp pronunció este nombre con cierto retintín.

—En mi opinión, es el más sospechoso de todos. ¿Qué más fácil para un escritor de crímenes misteriosos que fingir un interés especial en materia de venenos de serpientes y convencer a un farmacéutico de buena fe para que le dé un poco de veneno? No olvidemos que fue el único que pasó por detrás de *madame* Giselle.

—Le aseguro, amigo mío —afirmó Poirot enfáticamente—, que no lo he olvidado.

—Pudo utilizar la cerbatana desde muy cerca —prosiguió Japp —, sin necesidad de esperar un momento psicológico, como usted lo llama. Además, ha tenido la mejor oportunidad de conseguirla. Recuerden que está muy bien enterado de lo concerniente a estos instrumentos, según confesó él mismo.

—Eso es lo que quizá debería hacernos reflexionar.

—Es una astucia —afirmó Japp—. ¿Quién nos asegura que la cerbatana que nos mostró hoy es la misma que adquirió hace dos años? Todo esto da que pensar. A un hombre que está siempre urdiendo tramas policíacas y que tiene acceso a los casos más raros, podría metérsele alguna idea rara en la cabeza.

—Realmente es necesario que un escritor tenga ideas en la cabeza —convino Poirot.

Japp continuó examinando el croquis del avión.

—El número 4 corresponde a Ryder. Su asiento se hallaba delante de la víctima. No creo que sea el autor, pero no podemos descartarlo. Fue al lavabo y, al volver, pudo disparar de muy cerca, con el inconveniente de que tendría que hacerlo ante las narices de los arqueólogos. Y estos hubieran tenido que verlo.

Poirot meneó la cabeza pensativo.

—¿Conoce usted a algún arqueólogo? Pues bien, amigo mío, si ambos se hallaban enfrascados en una discusión, nadie estaría más ciego que ellos. A lo mejor estaban viviendo en el siglo V antes de

Jesucristo. Y el año 1935 no existiría para ellos.

La expresión de Japp era escéptica.

—Bueno, examinemos su caso. ¿Qué puede decirnos usted de los Dupont, Fournier?

—*Monsieur* Armand Dupont es uno de los más famosos arqueólogos de Francia.

—Eso no nos lleva a ninguna parte. Su situación en el compartimiento es inmejorable desde mi punto de vista, al otro lado del pasillo y algo delante de Giselle. Supongo que habrán recorrido el mundo coleccionando los más raros objetos y pueden haberse procurado un poco de veneno de serpiente.

—Es posible, sí —aceptó Fournier.

—¿Pero no lo cree probable?

Fournier manifestó su duda con un gesto.

—*Monsieur* Dupont vive para su profesión. Es un entusiasta. En sus tiempos fue tratante de antigüedades. Y para poder dedicarse a las excavaciones abandonó un magnífico negocio. Tanto él como su hijo se consagran en cuerpo y alma a su profesión. Me parece muy poco probable, pero no digo imposible, porque después de ver las ramificaciones del asunto Stavisky ya no me sorprendería ni que ellos también estuviesen complicados en esto.

—Muy bien —asintió Japp.

Cogió la hoja de papel que había llenado de notas y se aclaró la garganta.

—Veamos dónde nos hallamos. Jane Grey: probabilidad, poca; posibilidad, prácticamente nula. Gale: probabilidad, poca; posibilidad, prácticamente nula. La señorita Kerr: muy improbable; posibilidad, dudosa. Lady Horbury: probabilidad, buena; posibilidad, prácticamente nula. *Monsieur* Poirot: casi con certeza el criminal; el único capaz de crear el momento psicológico adecuado.

Japp profirió una risotada ante su propia gracia, que Poirot acogió benévolo y Fournier sonriendo con timidez. Luego, el inspector prosiguió:

—Bryant: probabilidad y posibilidad, ambas buenas. Clancy: motivo dudoso; probabilidad y posibilidad, muy buenas sin duda. Ryder: probabilidad, incierta; posibilidad, muy buena. Los dos Dupont: probabilidad, poca en cuanto al motivo; buena, en cuanto a la obtención del veneno, posibilidad, buena. Me parece que es un

buen resumen esquemático de todo lo que hemos podido deducir. Habrá que efectuar mucha investigaciones rutinarias. Yo empezaría por Clancy y Bryant, indagando su pasado, si se han hallado en algún apuro de algún tiempo acá, si se les ha visto preocupados; dónde han estado durante el último año y todo eso. Haré lo mismo con Ryder, sin descuidar a los demás. Encargaré a Wilson que los vigile estrechamente. *Monsieur* Fournier se encargará de los Dupont.

El inspector de la Sûreté asintió.

—Dé por hecho que se atenderá su solicitud. Esta noche vuelvo a París. Quizá podamos sonsacar algo a Elise, la criada de Giselle, ahora que conocemos mejor el asunto. Me enteraré de todas las idas y venidas de Giselle, pues es muy conveniente que sepamos dónde ha estado este verano. Se la vio en Le Pinet, según creo, una o dos veces. Podemos averiguar si tuvo contactos con algún inglés. ¡Oh! Pues no hay poco que hacer.

Los dos miraron a Poirot, que hilaba sus reflexiones.

—¿Va usted a echarnos una mano en eso, *monsieur* Poirot? —le preguntó Japp.

—Sí, me gustaría acompañar a *monsieur* Fournier a París.

—*Enchanté* —contestó el francés.

—¿En qué piensa usted? —preguntó Japp, observando a Poirot con curiosidad—. Veo que está muy silencioso. ¿No tendrá usted alguna teoría?

—Una o dos, pero la cosa está muy difícil.

—¿Podemos conocerlas?

—Una de las cosas que más me preocupa es el lugar en que se encontró la cerbatana —respondió lentamente.

—Claro, como que por esa circunstancia estuvo a punto de ir usted a la cárcel.

—No, no es eso. No me preocupa que la escondiesen precisamente en el asiento que yo ocupaba, sino que la escondiesen en cualquier asiento.

—No veo nada extraordinario en eso —observó Japp—. En alguna parte debía esconderla el asesino para no arriesgarse a que se la encontrasen encima.

—*Evidemment*. Pero se habrá fijado usted, amigo mío, en que, pese al hecho de que las ventanillas del avión no pueden abrirse, hay en ellas un círculo de agujeros de ventilación y un disco de

cristal que permite abrirlos y cerrarlos a voluntad, y por esos agujeros pasaría fácilmente la cerbatana. ¿Hay algo más sencillo que desprenderse del arma arrojándola por allí? Sería poco probable que fuese encontrada luego.

—Le contestaré a eso: el asesino debió de temer que le descubriesen al hacerlo. Si hubiera arrojado la cerbatana por los huecos de la ventilación, podría haberle visto alguien.

—Ya veo —aceptó Poirot—. ¡No temió que le descubriesen al llevarse ese chisme a los labios y lanzar el dardo envenenado, pero sí que le vieran arrojando un tubo por la ventanilla!

—Admito que parece ridículo —convino Japp—, pero el caso es innegable. Escondió la cerbatana en un asiento. No podemos soslayar eso.

Poirot no replicó y Fournier preguntó curioso:

—¿Le sugiere eso alguna idea?

Poirot asintió.

—Me sugiere una especulación.

Sus dedos, ausentes, estrechaban el tintero no usado, que la impaciente mano de Japp había ladeado ligeramente. Luego, levantando la cabeza, preguntó:

—*A propos*, ¿tiene usted esa relación minuciosa de los objetos que llevaba cada pasajero y que le pedí con tanto interés?

Capítulo VIII

La lista

—Soy hombre de palabra —confirmó Japp.

Sonriendo, extrajo de su bolsillo un fajo de hojas de papel escritas a máquina.

—Aquí tiene usted. Lo tiene ahí todo apuntado minuciosamente. Y admito que hay algo muy curioso en todo esto. Ya hablaremos cuando haya usted leído esa lista.

Poirot esparció las hojas sobre la mesa y empezó a leerlas. Fournier se levantó para ojear por encima del hombro del belga.

James Ryder
: Bolsillos: pañuelo de hilo marcado con una «J». Billetera de piel de cerdo, siete billetes de una libra esterlina, tres tarjetas de visita. Carta de su socio, George Ebermann, en que confía en que «el préstamo se haya negociado con éxito. De otro modo estamos en la ruina». Carta firmada por Maudie citándole en el Trocadero para la noche siguiente (papel barato y mala letra). Pitillera de plata. Librillo de cerillas. Estilográfica. Manojo de llaves. Moneda fraccionaria francesa e inglesa.
: Maletín: un fajo de papeles referentes a negocios de cementos. Un ejemplar de *Bootless Cup* (prohibido aquí). Un botiquín de urgencia.

Doctor Bryant
: Bolsillos: dos pañuelos de hilo. Billetera con 20 libras y 500 francos. Moneda fraccionaria francesa y inglesa. Agenda. Pitillera. Encendedor. Estilográfica. Manojo de llaves.
: Flauta en estuche.
: En mano: *Memorias de Benvenuto Cellini* y *Las enfermedades del oído*.

Norman Gale
: Bolsillos: pañuelo de seda. Monedero con una libra y 600

francos. Moneda fraccionaria. Tarjetas de visita de dos industriales franceses fabricantes de instrumentos para dentistas. Caja de cerillas Bryan & May vacía. Encendedor de plata. Pipa de escaramujo. Tabaquera de plástico. Llave.
Maletín: chaqueta de hilo blanco. Dos espejitos de dentista. Rollos de algodón. *La Vie Parisienne. The Strand Magazine. The Autocar*.

Armand Dupont

Bolsillos: billetera con 1.000 francos y 10 libras esterlinas. Gafas con estuche. Moneda fraccionaria francesa. Pañuelo de algodón. Paquete de cigarrillos. Librillo de cerillas. Tarjetas de visita en una cajita. Mondadientes.
Maletín: manuscrito del informe dirigido a la Royal Asiatic Society. Dos publicaciones alemanas de arqueología. Dos hojas de papel con toscos dibujos de cerámica. Tubos largos ornamentales (calificados de pipas kurdas). Cestita de paja. Nueve fotografías, todas de piezas de cerámica.

Jean Dupont

Bolsillos: billetera con 5 libras esterlinas y 300 francos. Pitillera. Boquilla (marfil). Encendedor. Estilográfica. Dos lápices. Libreta llena de notas. Carta en inglés de L. Marriner invitándole a comer en un restaurante, junto a Tottenham Court Road. Moneda fraccionaria francesa.

Daniel Clancy

Bolsillos: pañuelo (manchado de tinta). Estilográfica (rota). Billetera con 4 libras y 100 francos. Tres recortes de periódico con relatos de delitos recientes (un envenenamiento con arsénico y dos desfalcos). Dos cartas de corredores de fincas con pormenores sobre casas de campo. Agenda. Cuatro lápices. Cortaplumas. Tres recibos y cuatro facturas no pagadas. Carta de Gordon con membrete del barco *S.S. Minotaur*. Crucigrama a medio descifrar recortado del *Times*.
Cuaderno con notas de intrigas. Moneda fraccionaria italiana, francesa, suiza e inglesa. Cuenta del hotel de Nápoles, pagada. Manojo de llaves.
Bolsillo del abrigo: notas manuscritas de *Asesinato en el Vesubio*. Guía de ferrocarriles continentales. Pelota de golf. Un par de calcetines. Cepillo de dientes. Cuenta de hotel de París, pagada.

Señorita Kerr

Bolso de mano: lápiz de labios. Dos boquillas, una de marfil y otra de jade. Polvera. Pitillera. Librillo de cerillas. Pañuelo. Dos libras esterlinas. Moneda fraccionaria. Una carta de crédito. Llaves.
Maletín: botellitas, cepillos, peines, etc. Bártulos de manicura. Neceser con cepillo para los dientes, esponja, polvos dentífricos, jabón. Dos tijeras. Cinco cartas de la familia y de amigos de Inglaterra. Dos novelas. Fotografías de dos perros de aguas.
En mano: Revistas *Vogue y Good Housekeeping*.

Señorita Grey

Bolso de mano: lápiz de labios, polvera. Llave y llavero. Lápiz. Pitillera. Boquilla. Librillo de cerillas. Dos pañuelos. Cuenta del hotel de Le Pinet, pagada. Calderilla francesa e inglesa caducada. Libro de frases francesas. Billetera: 100 francos y 10 céntimos. Una ficha del casino por valor de 5 francos.
En el bolsillo de la gabardina: seis postales de París, dos pañuelos y una bufanda de seda. Una carta firmada «Gladys». Un tubo de aspirinas.

Lady Horbury

Bolso de mano: dos lápices de labios, polvera. Pañuelo. Tres billetes de 1.000 francos. Seis libras esterlinas. Moneda fraccionaria francesa. Un anillo con un solitario. Cinco postales francesas. Dos boquillas. Un encendedor con su estuche.
Maletín: equipo completo de cosméticos y de manicura (en oro). Botellita etiquetada en tinta, con ácido bórico en polvo.

Cuando Poirot dio por terminada la lectura, Japp señaló con el dedo el último párrafo.

—El agente que dictó la relación demostró ser muy listo. Le pareció que aquello no armonizaba con los demás objetos. ¡Ácido bórico, válgame Dios! ¡El polvo blanco de la botellita era cocaína!

Poirot entreabrió los ojos y asintió lentamente.

—Quizá eso no tenga mucha importancia para este caso —señaló Japp—. Pero no me negarán ustedes que una cocainómana no es precisamente un modelo de virtud. Me parece a mí que esa dama no repararía en nada para satisfacer sus deseos. Con todo, dudo de que tuviera el valor necesario para llevar a cabo un acto como el que comentamos y, francamente, no veo cómo hubiera podido realizarlo. Eso parece un rompecabezas.

Poirot reunió las hojas dispersas y las leyó de nuevo. Luego las dejó con un suspiro.

—A la vista de esta relación, se señala claramente el autor del crimen. Y no obstante, no veo el por qué ni el cómo.

Japp se le quedó mirando.

—¿Pretende decirnos que con sólo leer esta lista se ha formado ya una idea de quién cometió el crimen?

—Eso creo.

Japp le arrebató las cuartillas para leerlas de cabo a rabo, pasándoselas a Fournier en cuanto las hubo leído. Luego las dejó sobre la mesa para observar a Poirot.

—¿Pretende usted burlarse de mí, *monsieur* Poirot?

—No, no. *Quelle idée*!

—¿Qué le parece eso a usted, Fournier?

El francés se encogió de hombros.

—Tal vez parezca tonto, pero no veo que esa lista nos permita adelantar.

—Por sí sola, no —reconoció Poirot—. Pero ¿y si la relacionamos con ciertas circunstancias del caso? En fin, tal vez me halle en un error, un gran error.

—Bueno, exponga su idea —pidió Japp—. Tengo mucho interés en oírla.

Poirot meneó la cabeza.

—No. Como usted dice, no es más que una idea, una simple idea. Esperaba encontrar una cosa determinada en esa lista. *Eh bien*, la he encontrado. Ahí está, pero parece señalar en la dirección errónea. La pista correcta, pero en la persona equivocada. Esto quiere decir que tenemos mucho trabajo por delante, y la verdad es que lo veo todo muy oscuro. No veo bien mi camino. Sólo ciertos hechos permanecen en pie y armonizan entre sí. ¿No les parece a ustedes? No, ya veo que no son de mi opinión. Vamos, pues, y sigamos cada cual con nuestras respectivas ideas. No es que yo esté seguro de la mía, pero tengo mis sospechas.

—Creo que está usted hablando para sí mismo —comentó Japp levantándose—. En fin, otro día será. Yo trabajaré en Londres. Usted, Fournier, vuelva a París. Y usted, *monsieur* Poirot, ¿qué piensa hacer?

—Yo aún deseo acompañar a *monsieur* Fournier a París, ahora más que nunca, precisamente.

—¿Más que nunca? Me gustaría saber qué antojo se le ha metido en la cabeza.

—¿Antojo? *Ce n'est pas joli, ça!*

Fournier le estrechó la mano ceremoniosamente.

—Buenas noches y muy agradecido por su deliciosa hospitalidad. ¿Nos veremos mañana por la mañana en Croydon pues?

—Eso es. *A demain*.

—Y espero que no nos maten *en route*.

Los dos inspectores salieron juntos.

Poirot permaneció un rato inmóvil como si soñara. Luego se

levantó, arregló todo lo que estaba en desorden, vació los ceniceros, colocó las sillas en su lugar y, acercándose a una mesa arrinconada, cogió un ejemplar de la revista *Sketch*, cuyas hojas pasó hasta encontrar lo que buscaba.

«Dos adoradores del sol». Éste era el título. «La condesa de Horbury y el señor Raymond Barraclough en Le Pinet». Contempló aquellas dos sonrientes figuras en traje de baño, cogidas del brazo, y pensó:

«Me pregunto si podría conseguir algo con esas líneas. Quizá sí».

Capítulo IX

Elise Grandier

Al día siguiente el tiempo fue tan bueno, que Poirot se vio obligado a confesarse que su estómago gozaba de una excelente tranquilidad. Volaban a París en el vuelo de las ocho cuarenta y cinco.

En el compartimiento iban siete u ocho personas, además de Poirot y Fournier, y el francés aprovechó el viaje para hacer algunos experimentos. Sacó de su bolsillo un pedazo de bambú y tres veces se lo llevó a los labios apuntando en determinada dirección. Una de las veces lo hizo revolviéndose en su asiento; otra, volviendo el rostro ligeramente a un lado y, otra, al salir del lavabo. Y en todas las ocasiones se topó con la mirada de asombro de algún que otro viajero. La última vez, todos los ojos parecían estar fijos en él.

Fournier se dejó caer en su asiento, desalentado, y la burlona mueca de Poirot no contribuyó a animarlo.

—Puede usted reírse, amigo mío, pero convendrá que teníamos que realizar el experimento.

—*Evidemment*! Admiro su impasibilidad. No hay nada como una demostración ocular. Ha representado usted el papel del asesino con la cerbatana y el resultado está bien claro. ¡Todos le han visto!

—No todos.

—En cierto modo, no. Cada vez ha dejado de verle alguien, pero eso no basta para que un asesinato sea un éxito. Uno tiene que estar muy seguro de que nadie le vea.

—Y eso es imposible en circunstancias normales —convino Fournier—. Me aferro a la idea de que debió producirse el momento psicológico cuando la atención de todos estaba fija en alguna otra

parte.

—Nuestro amigo, el inspector Japp, va a practicar minuciosas indagaciones respecto a ese particular.

—¿No es usted de mi opinión, *monsieur* Poirot?

Poirot vaciló antes de contestar con calma:

—Convengo en que hubo… en que debió haber una razón psicológica para que nadie viera al asesino. Pero mis conjeturas corren por cauces distintos de los suyos. En este caso, los hechos meramente oculares pueden engañarnos. Cierre los ojos, amigo mío, en vez de abrirlos tanto. Utilice los ojos de la mente y no los del cuerpo. Son las pequeñas células grises las que han de funcionar. Déjeles hacer su trabajo para que puedan mostrarle lo que pasó de verdad.

Fournier lo miró con curiosidad.

—No le sigo, *monsieur* Poirot.

—Porque deduce usted de lo que ha visto. Nada desorienta tanto como la observación directa.

Fournier meneó la cabeza y agitó las manos.

—Dejémoslo. No acabo de comprenderlo.

—Nuestro amigo Giraud le aconsejaría que no hiciese caso de mis fantasías. «Usted, muévase», le diría. «Sentarse en una butaca a pensar es cosa de hombres anticuados y escépticos». Pero yo le digo que un joven sabueso se arroja con tal ímpetu sobre lo que huele, que a veces pasa de largo. Deje para él que siga las pistas falsas. Vamos, es un buen consejo el que le estoy dando.

Recostándose en su asiento, Poirot cerró los ojos, y cualquiera hubiese dicho que estaba pensando, pero lo cierto es que cinco minutos más tarde dormía como un tronco.

Al llegar a París, se dirigieron sin pérdida de tiempo al número 3 de la rue Joliette.

La rue Joliette está en el lado sur del Sena. En nada se diferenciaba el número 3 de las demás casas. Un portero viejo salió a recibirles y saludó a Fournier de mal talante.

—¡Ya volvemos a tener aquí a la policía! No hacen más que molestar. Acabarán por dar mala fama a la casa.

Se metió en la portería refunfuñando.

—Subamos al despacho de Giselle —propuso Fournier—. Está en el primer piso.

Sacó una llave de su bolsillo mientras contaba que la policía tuvo la precaución de sellar la puerta en tanto no se conociesen los resultados de la encuesta judicial de Londres.

—Aunque no creo que encontremos nada que pueda ayudarnos.

Arrancó los sellos, abrió la puerta y entraron en la estancia. El despacho de *madame* Giselle era una habitación reducida y mal ventilada. En un rincón había una caja de caudales vieja. El mobiliario se reducía a una mesa de escritorio y algunas sillas de raída tapicería. La única ventana estaba tan llena de polvo que probablemente nunca había sido abierta.

Fournier paseó su mirada en derredor, encogiéndose de hombros.

—¿Ve usted? Nada. Absolutamente nada.

Poirot fue a situarse detrás de la mesa, se sentó en la silla y observó a Fournier. Pasó la mano suavemente por la superficie de la mesa y luego por debajo.

—Aquí hay un timbre.

—Sí, para llamar al portero.

—¡Ah! Una sabia precaución. Los clientes de *madame* debían ser conflictivos en ciertas ocasiones.

Abrió varios cajones. Contenían únicamente material de oficina: un calendario, plumas, lápices, pero ni un papel ni nada que fuese muy personal.

Poirot se limitó a examinar su interior con curiosidad.

—No quiero ofenderlo, amigo mío, haciendo un registro minucioso. Si hubiera algo de importancia, estoy seguro de que lo hubiese encontrado usted. —Miró la caja de caudales y añadió—: No parece un modelo muy eficaz.

—Es muy antigua —convino Fournier.

—¿Estaba vacía?

—Sí. Esa maldita criada lo destruyó todo.

—¡Ah, sí, la criada! La criada de confianza. Habrá que verla. Esta habitación, como me ha advertido usted, no nos dice mucho. Eso es muy significativo, ¿no le parece?

—¿Qué quiere decir con eso, *monsieur* Poirot?

—Que no se ve en este despacho ningún toque personal. Me parece interesante.

—Era una señora muy poco sentimental —contestó Fournier

secamente.

Poirot se levantó.

—Vamos a ver a esa criada, a esa criada tan digna de confianza.

Elise Grandier era una mujer bajita y fornida, de mediana edad, rostro sonrosado y ojos pequeños que saltaban del rostro de Fournier al de su acompañante.

—Siéntese, *mademoiselle* Grandier —ofreció Fournier.

—Gracias, *monsieur*.

Se sentó muy recatada.

—*Monsieur* Poirot y yo acabamos de llegar de Londres. Ayer se celebró la encuesta judicial, es decir, se inició el sumario relativo a la muerte de su señora. Ya no existe la menor duda. La señora murió envenenada.

La francesa se mostró boquiabierta.

—Es horrible lo que me dice, *monsieur*. ¿Mi señora envenenada? ¡Quién hubiera podido imaginar tal cosa!

—Usted puede ayudarnos a poner las cosas en claro, *mademoiselle*.

—Desde luego, *monsieur*, que haré cuanto esté en mi mano para ayudar a la policía. Pero no sé nada, absolutamente nada.

—¿Sabía que *madame* tenía enemigos? —preguntó Fournier secamente.

—Eso no es cierto. ¿Por qué debería tener enemigos *madame*?

—¡Vamos, vamos, *mademoiselle* Grandier! El negocio de prestamista conlleva ciertos aspectos desagradables.

—Cierto que a veces los clientes de *madame* no eran muy razonables —convino Elise.

—Escandalizaban, ¿verdad? ¿La amenazaban?

La criada meneó la cabeza.

—No, no, está usted en un error. No eran ellos los que amenazaban. Lloraban, se quejaban, protestaban que no podían pagar, eso sí que lo hacían —admitió con desprecio.

—Y algunas veces, *mademoiselle* —advirtió Poirot—, tal vez no pudieran pagar de verdad.

Elise Grandier se encogió de hombros.

—Tal vez. ¡Allá ellos! Pero al final pagaban.

En sus palabras había un tono de satisfacción.

—*Madame* Giselle era una mujer muy dura —señaló Fournier.

—*Madame* tenía sus razones.

—¿No siente usted lástima de las víctimas?

—Víctimas, víctimas —respondió Elise con impaciencia—. Ustedes no comprenden. ¿Qué necesidad hay de contraer deudas, de vivir por encima de los ingresos de cada uno, de pedir dinero prestado y luego quedarse con él como si se tratara de un obsequio? Eso no está bien. Mi señora era siempre buena y justa. Prestaba y esperaba que le pagasen. Eso no está mal. Ella nunca contraía deudas. Pagaba religiosamente lo que debía. Nunca dejó de pagar una factura. Cuando dice usted que era dura, se equivoca. Mi señora era buena. Nunca se fueron las hermanitas de los pobres sin una limosna. Daba dinero a las instituciones de caridad. Cuando la mujer de Georges, el portero, se puso enferma, mi señora le pagó la estancia en una clínica del campo.

Se detuvo, encendida de cólera. Y repitió:

—Ustedes no comprenden. No comprenden a *madame*.

Fournier esperó un momento a que se fuera calmando.

—Ha comentado usted que los clientes de *madame* acababan pagando. ¿Sabe de qué medios se valía su señora para obligarlos a hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

—Yo no sé nada, *monsieur*, absolutamente nada.

—Algo tenía que saber para quemar todos los papeles de *madame*.

—No hice más que obedecer las órdenes que me había dado. Siempre me decía que, si le ocurriese algún accidente o se ponía enferma y moría lejos de casa, yo debía destruir todos los papeles de sus negocios.

—¿Los papeles que guardaba en la caja de caudales? —preguntó Poirot.

—Eso mismo, los papeles de negocios.

—¿Y los guardaba en la caja?

Aquella insistencia hizo que se agolpase la sangre en las mejillas de Elise.

—Yo obedecí las instrucciones de *madame*.

—Ya lo sé —admitió Poirot sonriendo—. Pero los papeles no estaban en la caja. ¿No es cierto lo que digo? La caja es demasiado vieja y cualquiera hubiese podido abrirla. Los papeles estaban

guardados en otra parte. ¿Tal vez en el dormitorio de *madame*?

Ella reflexionó un momento antes de contestar.

—Sí, es cierto. *Madame* siempre intentaba hacer creer a sus clientes que guardaba los papeles en la caja de caudales, pero en realidad el arca estaba vacía. Todo lo guardaba en su dormitorio.

—¿Quiere enseñarnos dónde está?

Elise se levantó y los dos hombres la siguieron. El dormitorio era una sala espaciosa, aunque tan llena de muebles que apenas podía uno moverse libremente. En un rincón había un cofre muy antiguo, cuya tapa levantó Elise para sacar un vestido de alpaca pasado de moda y unas enaguas de seda. En el interior del vestido había un bolsillo.

—Aquí estaban los papeles, *monsieur*. Los guardaba en un sobre cerrado.

—No me habló usted de eso cuando le pregunté hace tres días —observó Fournier con acritud.

—Perdone usted, *monsieur*. Usted me preguntó dónde estaban los papeles que se guardaban en la caja. Le contesté que los había quemado. Y es cierto. Parecía que no tenía importancia el lugar donde se guardaban los papeles.

—Cierto —admitió Fournier—. Comprenderá usted, *mademoiselle*, que esos papeles no debían haberse quemado.

—Obedecí las órdenes de *madame* —replicó Elise obstinadamente.

—Ya sé que obró usted con buena intención —reconoció Fournier, suavizando el tono—. Ahora ponga atención a lo que le digo, *mademoiselle*: su señora fue asesinada. Es posible que fuese asesinada por personas de quienes poseyera algún secreto que pudiera perjudicarlas. Ese secreto estaba en los papeles que usted quemó. Voy a preguntarle una cosa, pero no quiero que conteste sin reflexionar. Es posible, a mi modo de ver es probable y comprensible, que usted examinase esos papeles antes de arrojarlos a las llamas. En este caso, nadie la culpará por ello. Y en cambio, su información puede ser de gran provecho para la policía y para descubrir al autor del crimen. Por tanto, *mademoiselle*, no tema contestar con toda sinceridad. ¿Leyó usted los papeles antes de quemarlos?

—No, *monsieur*. No leí nada en absoluto. Quemé el sobre sin

abrirlo.

Capítulo X

La libreta negra

Fournier fijó la mirada por unos instantes en ella y, convencido de que había dicho la verdad, se volvió con una expresión de desaliento.

—Es una lástima. Obró usted honradamente, *mademoiselle*, pero es una lástima.

—No pude evitarlo, *monsieur*. Lo siento.

Fournier se sentó y sacó una libreta de su bolsillo.

—Cuando la interrogué la última vez, *mademoiselle*, me dijo usted que no sabía los nombres de los clientes de su señora. Y ahora habla de ellos diciendo que se quejaban y pedían misericordia. Así pues, algo sabía usted de los clientes de *madame* Giselle.

—Déjeme explicar, *monsieur*. Mi señora jamás nombraba a nadie. Nunca hablaba de sus asuntos. Pero, de todos modos, era humana. Siempre se le escapaba algún comentario. Me hablaba a veces como si pensara en voz alta.

Poirot se inclinó hacia delante.

—¿No podría usted darnos algún ejemplo, *mademoiselle*?

—Déjeme pensar. ¡Ah, sí! Llegaba, por ejemplo, una carta. La abría. Se echaba a reír con una risa breve, seca. Y decía: «Puedes llorar y lamentarte, señora mía. Pero de cualquier modo me pagarás». O bien: «¡Qué estúpidos! ¡Mira que creer que les iba a dejar sumas importantes sin asegurarme antes! Saber es la garantía, Elise. El conocimiento es el poder». Decía cosas por el estilo.

—¿Veía usted a los clientes que venían a visitarla?

—No, *monsieur*. Al menos, raras veces. Subían al primer piso y

casi siempre venían por la noche.

—¿Había estado su señora en París antes de salir de viaje para Inglaterra?

—Regresó a París la tarde anterior.

—¿Dónde había estado?

—Había pasado quince días en Deauville, Le Pinet, París-Plage y Wimereux; era su acostumbrada ruta de septiembre.

—Y ahora piénselo bien, *mademoiselle*: ¿no dijo nada ella, absolutamente nada que pueda arrojar alguna luz sobre el caso?

—No, *monsieur*. No recuerdo nada. *Madame* estaba alegre. Dijo que los negocios marchaban bien. Su viaje había sido provechoso. Luego me hizo telefonear a Universal Airlines y encargar un pasaje para Inglaterra, para el día siguiente. El primer vuelo de la mañana estaba completo, pero encontró un asiento para el vuelo de las doce.

—¿Dijo a qué iba a Inglaterra? ¿Tenía allí algún asunto urgente?

—¡Oh, no, *monsieur*! La señora iba a Inglaterra con frecuencia. Solía avisarme la víspera.

—¿Vino a visitar a *madame* algún cliente aquella noche?

—Creo que vino alguien, *monsieur*, pero no estoy segura. Tal vez Georges lo sepa. *Madame* no me dijo nada.

Fournier sacó del bolsillo varias fotografías de algunos testigos al salir de la encuesta.

—¿Reconocería usted a alguno de ellos, *mademoiselle*?

—No, *monsieur*.

—Probaremos con Georges.

—Sí, *monsieur*. Por desgracia, Georges está muy mal de la vista. Es una lástima.

Fournier se levantó.

—Bien, *mademoiselle*, nos despedimos ya, si usted está segura de no haber omitido nada, nada en absoluto…

—¿Yo? ¿Qué… qué podría haber omitido yo?

Elise se mostró apenada.

—Comprendido. Vamos, *monsieur* Poirot. Perdone, ¿está usted buscando algo?

Poirot se movía por la sala curioseándolo todo.

—Sí, es cierto. Buscaba una cosa que no veo aquí, por cierto.

—¿Qué busca?

—Fotografías. Retratos de amistades o parientes de *madame*

Giselle.

Elise meneó la cabeza.

—*Madame* no tenía familia. Estaba sola en el mundo.

—Tenía una hija —observó Poirot con presteza.

—Sí, es cierto. Sí, tenía una hija.

Elise suspiró.

—¿Y no hay un retrato de su hija? —insistió Poirot.

—¡Oh, *monsieur* no lo comprende! Es cierto que *madame* tuvo una hija, pero de eso hace mucho tiempo, ¿comprende usted? Creo que *madame* no había vuelto a verla desde que era una niña.

—¿Cómo es eso? —preguntó Fournier.

Ella dejó caer los brazos en actitud muy expresiva.

—No lo sé. Fue cuando *madame* era joven. Me han dicho que entonces era muy guapa. No sé si estaba casada o era soltera. Yo creo que no se casó. Sin duda se organizó algo respecto a la niña. En cuanto a *madame*, sé que tuvo la viruela, que estuvo muy enferma, en peligro de muerte. Cuando se restableció, su belleza había desaparecido. Ya no hizo más locuras, se acabaron los romances. *Madame* se convirtió en una mujer de negocios.

—Pero le ha dejado el dinero a su hija.

—Pues claro —contestó Elise—. ¿A quién iba a dejar su dinero sino a la carne de su carne? La sangre tiene más fuerza que el agua, y *madame* no tenía amigos. Siempre estaba sola. Su pasión era el dinero, ganar dinero, mucho dinero. Gastaba muy poco. No le gustaban los lujos.

—Le dejó a usted un legado, ¿lo sabía?

—Sí, ya me lo han comunicado. *Madame* siempre fue generosa. Todos los años me daba una importante suma, además de mi sueldo. Le estoy muy agradecida.

—Bien —intervino Fournier—, nos vamos. Al salir hablaré un momento con Georges.

—¿No le importa que baje dentro de un minuto, amigo mío? —pidió Hércules Poirot.

—Como guste.

Fournier salió.

Poirot dio una vuelta por la estancia. Luego tomó asiento y se quedó mirando a Elise.

Ante la mirada de aquel hombre, la francesa mostró síntomas de

impaciencia.

—¿Hay algo más que desee usted saber, *monsieur*?

—Mademoiselle Grandier, ¿sabe usted quién mató a su señora? —preguntó Poirot.

—No, *monsieur*. Lo juro por Dios.

Hablaba con la mayor seriedad. Poirot la miró como si quisiera atravesarla con la mirada. Luego ladeó la cabeza.

—Bien. La creo. Pero una cosa es saberlo con certeza y otra tener sospechas. ¿No tiene una idea, por ligera que sea, de quién pudo hacerlo?

—No tengo la menor idea, *monsieur*. Ya se lo dije al agente de policía.

—¿No podría decirle a él una cosa y a mí otra?

—¿Por qué dice usted eso, *monsieur*? ¿Cómo quiere que haga tal cosa?

—Porque una cosa es informar a la policía y otra informar en privado a un particular.

—Sí. Tiene usted razón.

En su rostro se dibujó una mueca de indecisión. Parecía meditar alguna cosa, y Poirot, sin dejar de observarla, se inclinó hacia ella para decirle:

—¿Me permite una observación, *mademoiselle* Grandier? En mi profesión tengo por norma no creer nada de lo que me cuentan mientras no me lo demuestren. No sospecho de tal o cual persona: sospecho de todo el mundo. A cuantos se relacionan de cerca o de lejos con un crimen los considero culpables mientras no me demuestren su inocencia.

Elise Grandier le replicó indignada:

—¿Quiere usted decir que sospecha de mí… de mí, que me cree capaz de haber matado a *madame*? ¡Eso es el colmo! El solo hecho de pensarlo es de una maldad increíble.

Su pecho se agitaba violentamente.

—No, Elise. Yo no Sospecho que haya matado a su señora —reconoció Poirot—. La mató un pasajero del avión. Usted no intervino para nada en el crimen propiamente dicho. Pero pudiera ser cómplice con anterioridad al hecho. Pudo haber informado a alguien sobre las circunstancias del viaje de *madame*.

—A nadie. Le juro que no.

Poirot la miró en silencio. Luego asintió.

—La creo. Y no obstante, usted oculta algo. ¡Ah, sí, eso sí! Escuche lo que le digo. En todos los casos de índole criminal se presenta el mismo fenómeno cuando se interroga a los testigos. Todos se reservan algo. A veces, con bastante frecuencia, es algo completamente inofensivo, algo que acaso no tenga la menor relación con el crimen, pero siempre hay algo. Eso mismo le pasa a usted. No me lo niegue. Soy Hércules Poirot y lo sé. Cuando mi amigo, *monsieur* Fournier, le preguntó si estaba segura de no haber omitido nada, usted se turbó y contestó con evasivas. Y ahora, cuando le he dicho que podía informarme de algo que no le gustase comunicar a la policía, se ha puesto usted a reflexionar. Señal de que hay algo. Deseo saber qué es ese algo.

—Nada de importancia.

—Es posible que no la tenga. Pero, de todos modos, ¿no querrá decirme qué es? Recuerde que yo no pertenezco a la policía.

—Es cierto —admitió Elise Grandier vacilante—. *Monsieur*, estoy en un apuro. No sé qué desearía mi señora que hiciese en este caso.

—Por algo se dice que cuatro ojos ven más que dos. ¿Quiere usted mi consejo? Examinemos juntos el asunto.

La mujer lo miró, expresando sus dudas. Poirot le dijo sonriendo:

—Es usted un buen perro guardián, Elise. Ya veo que es una cuestión de lealtad para con su señora.

—Es la pura verdad, *monsieur*. *Madame* confiaba en mí. Desde que entré a su servicio, siempre cumplí sus instrucciones fielmente.

—¿Estaba usted agradecida por algún favor especial que le había prestado?

—*Monsieur* es muy listo. Sí, es cierto. No me importa confesarlo. Me dejé engañar, monsieur, me robaron mis ahorros, y había una hija de por medio. *Madame* se portó muy bien conmigo. Ella logró que una buena familia criase a la niña en una granja. Muy buena gente, *monsieur*, y una granja magnífica. Entonces me contó que ella era madre también.

—¿Le dijo la edad que tenía su hija o dónde se hallaba?

—No, *monsieur*. Habló de ella como de una época de su vida que estaba ya olvidada. Su hija estaba bien atendida y recibiría una educación que la haría apta para una profesión o para los negocios.

Además, a su muerte, heredaría su dinero.

—¿Le dijo algo más acerca de su hija o acerca del padre de ésta?

—No, *monsieur*, pero tengo una idea.

—Hable, *mademoiselle* Elise.

—No es más que una idea, no se vaya a figurar.

—Perfectamente, perfectamente.

—Tengo la idea de que el padre de la niña era un inglés.

—¿Cómo sacó usted esa conclusión?

—Por nada concreto. Únicamente se le notaba una amargura especial cuando hablaba de los británicos. Creo además que se alegraba más de lo corriente cuando caía en sus garras algún inglés. No es más que una impresión.

—Sí, pero puede sernos de gran valor. Abre la puerta a otras posibilidades. ¿Y usted, *mademoiselle* Elise, dice que tuvo un niño o una niña?

—Una niña. Pero murió, murió hace cinco años.

—Ah. Mis condolencias.

Hubo una pausa.

—Y ahora, *mademoiselle* Elise —insistió Poirot—, ¿qué es lo que hasta ahora se ha abstenido usted de decirme?

Elise se levantó y desapareció en la habitación contigua.

Al cabo de unos minutos, regresó con un librito negro muy usado.

—Este librito era de *madame*. Siempre lo llevaba encima. Al partir para Inglaterra no pudo encontrarlo. Lo había perdido. Tras su partida, lo encontré yo. Se le había caído detrás de la cabecera de la cama. Lo guardé para cuando regresara. Quemé los papeles en cuanto me enteré de la muerte de *madame*, pero no quemé el librito porque no tenía la orden de hacerlo.

—¿Cuándo se enteró de la muerte de *madame*?

Elise vaciló un momento.

—Se enteró usted por la policía, ¿verdad? —preguntó Poirot—. Vinieron aquí a examinar sus papeles. Se encontraron con la caja vacía y les dijo usted que había quemado los papeles, pero no los quemó usted hasta que la policía se fue.

—Es cierto, *monsieur* —concedió Elise—. Mientras ellos miraban en la caja, saqué los papeles del cofre. Les dije que los había quemado, sí. En cualquier caso, se acercaba bastante a la verdad.

Los quemé a la primera oportunidad. Tenía que cumplir las órdenes de *madame*. ¿Se hace usted cargo de mi situación, *monsieur*? ¿No informará usted a la policía? Podría costarme caro.

—Creo, *mademoiselle* Elise, que obró usted con la mejor intención. De todos modos, ya comprenderá usted que es una lástima, una gran lástima. Pero ¿para qué lamentar lo que ya no tiene remedio? No creo necesario informar a la policía sobre la hora exacta en que quemó usted los papeles. Permítame ver si hay algo en la libreta que pueda ayudarnos.

—No creo que haya nada, *monsieur* —señaló Elise meneando la cabeza—. Son anotaciones privadas de la señora, sí, pero no hay más que números. Sin los documentos y las cuentas, estas anotaciones no tienen ningún significado.

A regañadientes, entregó el librito a Poirot. Éste lo cogió y empezó a pasar las hojas. Eran apuntes a lápiz en una escritura inclinada y extranjera. Todos eran de la misma mano y seguían un mismo orden: un número seguido de algunas palabras significativas. Por ejemplo: CX 256 Mujer del coronel. De servicio en Siria. Fondos del regimiento.

GF 342 Diputado francés. Relacionado con Stavisky.

Todos los apuntes parecían de la misma índole. Había unos veinte. Al final de la libreta figuraba una relación a lápiz de fechas y señas, como por ejemplo:

Le Pinet, lunes. Casino, 10.30, hotel Savoy, a las 5. ABC. Fleet Street, a las 11.

Ninguna de estas anotaciones estaba completa y, más que anotaciones, parecían datos para refrescar la memoria de Giselle.

Elise contemplaba a Poirot con ansiedad.

—Eso no significa nada, *monsieur*, o así me lo parece a mí. Eran comprensibles para *madame*, pero no para otro lector.

Poirot cerró la libreta y se la guardó en el bolsillo.

—Esto puede ser de gran valor, *mademoiselle*. Ha obrado usted muy bien al dármelo. Y puede estar tranquila. ¿Nunca le mandó quemar esta libreta la señora?

—Así es —contestó Elise con el semblante ya más animado.

—Por lo tanto, no habiéndoselo ordenado, tiene usted el deber de entregarlo a la policía. Yo arreglaré las cosas con *monsieur* Fournier para que no la culpen por no haberlo hecho en su

momento.

—*Monsieur* es muy bondadoso.

Poirot se levantó.

—Voy a reunirme con mi colega, pero permítame una última pregunta. Cuando reservó usted un billete para *madame* Giselle, ¿telefoneó al aeropuerto de Le Bourget o a la oficina de la compañía?

—Telefoneé a la oficina de Universal Airlines, *monsieur*.

—¿La que está, si no me equivoco, en el boulevard des Capucines?

—Eso mismo, *monsieur*, en el 254 del boulevard des Capucines.

Poirot se apuntó el número en su libreta y, saludando con una amistosa inclinación, abandonó el lugar.

Capítulo XI

El norteamericano

Fournier estaba enfrascado en una animada conversación con el viejo Georges. El inspector estaba acalorado y colérico.

—Como los otros policías —gruñía el viejo con su voz áspera—. ¡La misma pregunta una y otra vez! ¿Qué se proponen? ¿Que antes o después nos cansemos de repetir la verdad y empecemos a soltar mentiras? Mentiras agradables, claro, mentiras que sigan el guión de *les messieurs*.

—No quiero mentiras, sino la verdad.

—Pues la verdad es lo que le he dicho. Sí, una señora vino a ver a *madame* la noche anterior al viaje. Me enseña usted esas fotografías preguntándome si reconozco a la señora entre ellas. Le repito lo mismo que siempre le he dicho: que mi vista no es buena, que oscurecía cuando llegó, que no la vi de cerca, que no reconocí a la dama. Si me presentase usted a esa señora, no la reconocería. Ya es la cuarta o quinta vez que le digo lo mismo.

—¿Y no puede recordar si era alta o baja, morena o rubia, vieja o joven? ¡Parece increíble!

Fournier hablaba con punzante ironía.

—Pues no se lo crea. ¿Qué me importa? ¡Vaya placer, verse complicado con la policía! Estoy avergonzado. Si *madame* no hubiera muerto en el avión, probablemente sospecharía usted que yo, Georges, la había envenenado. Así es la policía.

Poirot impidió una réplica enfurecida de Fournier, cogiendo del brazo a su amigo.

—Vamos, *mon vieux*. Que el estómago empieza a protestarle. Le

prescribo un ágape sencillo, pero bueno. Bastará con *omelette aux champignons, sole a la Normande* y un queso de Port Salut con un vino tinto. ¿Qué vino, por cierto?

Fournier miró el reloj.

—¡Caramba! La una. Hablando con ese tipo… —comentó mirando a Georges.

Poirot dirigió al portero una mirada de ánimo.

—Tenemos, pues, que la señora no era alta ni baja, ni morena ni rubia, ni vieja ni joven, ni delgada ni gorda. Pero usted puede decirnos una cosa: ¿era elegante?

—¿Elegante? —contestó el portero como si le sorprendiera la pregunta.

—Ya me ha contestado —señaló Poirot—. Era elegante. Y creo, amigo mío, que estaría muy atractiva en traje de baño.

Georges lo miró estupefacto.

—¿En traje de baño? ¿Qué es eso del traje de baño?

—Una idea que se me ha ocurrido. ¿Está usted de acuerdo? Mire esto.

Le alargó al viejo una hoja arrancada de la revista *Sketch*.

Hubo una pausa. El portero miró la página por encima.

—Está usted de acuerdo, ¿verdad? —insistió Poirot.

—No está mal esa pareja —comentó, devolviendo el papel—. Si no llevasen nada sería casi lo mismo.

—¡Ah! —comentó Poirot—. Eso es porque ahora hemos descubierto la acción benéfica del sol en la piel. Es muy conveniente.

Georges condescendió a dedicarle una risita ronca y se alejó, mientras Poirot y Fournier salían a plena luz del día.

Durante la comida, el belga sacó la libreta negra con las anotaciones. Fournier se impresionó al ver aquello en posesión de su amigo y manifestó su disgusto con Elise. Poirot procuró amansarlo.

—Es natural, muy natural. Solamente nombrar la policía asusta a esta pobre gente. Les mete en embrollos que no comprenden. En todos los países sucede lo mismo.

—Esa es la ventaja de ustedes —comentó Fournier—. El investigador privado obtiene de los testigos más de lo que se les puede arrancar por los procedimientos oficiales. No obstante,

tenemos sobre ustedes otras ventajas, como los registros oficiales y una perfecta organización a nuestro mando.

—Trabajemos, pues, de mutuo acuerdo, como buenos amigos —propuso Poirot—. Esta tortilla es deliciosa.

Entre plato y plato, Fournier pasó las hojas del librito. Luego tomó unas notas en su libreta.

—¿Ha leído usted esto, verdad? —preguntó mirando a Poirot.

—No, sólo lo he hojeado. ¿Me permite?

Tomó la libreta de manos de Fournier.

Cuando le sirvieron el queso, el belga dejó la libreta sobre la mesa y las miradas de los amigos se encontraron.

—Hay algunas anotaciones —comentó Fournier.

—Cinco —puntualizó Poirot.

—De acuerdo, cinco.

Leyó lo que acababa de apuntar en su cuaderno:

CI 52. Noble inglesa. Marido. RT 362. Doctor. Harley Street. MR 24. Antigüedades falsificadas. XVB 724. Inglés. Estafa. GF 45. Asesinato frustrado. Inglés.

—Magnífico, amigo mío —comentó Poirot—. Nuestros pensamientos marchan admirablemente de acuerdo. De todas las anotaciones de esa libreta, esas cinco me parecen las únicas que se relacionan con personas que viajaban en el avión. Vamos a examinarlos uno por uno.

—«Noble inglesa. Marido» —señaló Fournier—. Esto puede muy bien aplicarse a *lady* Horbury. Tengo entendido que es una jugadora empedernida. Nada más probable que haya tenido que pedir un préstamo a Giselle. Los clientes de Giselle pertenecen generalmente a esta clase de gente. La palabra «marido» indica una de estas dos cosas: o esperaba Giselle que el marido pagase las deudas de su mujer o poseía algún secreto de ésta que amenazaba con revelar al marido.

—Exacto —convino Poirot—. Una de las dos alternativas puede aplicarse. Por mi parte, me inclino por la segunda, con tanta más razón por cuanto apostaría a que la mujer que visitó a Giselle la víspera del viaje era *lady* Horbury.

—¡Ah! ¿Piensa usted eso?

—Sí, y creo que usted piensa lo mismo. Me parece que, en la actitud del portero, hay algo muy caballeroso. Su persistencia en no

recordar detalles de la visita es significativa. *Lady* Horbury es una dama muy atractiva. Además, observé que se sobresaltaba ligeramente cuando le enseñé la foto de la dama en traje de baño de la revista *Sketch*. Sí, fue *lady* Horbury la dama que visitó a Giselle aquella noche.

—La siguió a París desde Le Pinet —añadió Fournier lentamente —. Según esto, debía hallarse en una situación desesperada.

—Sí, eso me figuro yo.

Fournier le dirigió una mirada curiosa.

—Pero esto no concuerda con sus sospechas, ¿verdad?

—Amigo mío, ya le dije que la pista de cuya seguridad estoy convencido no lleva a la persona deseada. Estoy en la oscuridad. Mi pista no puede ser errónea, pero…

—¿No quiere decirme en qué consiste?

—No, porque puedo equivocarme, equivocarme de todas todas y, en ese caso, podría inducirle a error. Trabajemos cada uno según nuestra inspiración. Continuemos examinando esos apuntes.

—«RT 362. Doctor. Harley Street» —leyó Fournier.

—Una posible pista que nos llevaría al doctor Bryant. No nos revela gran cosa, pero tampoco hemos de abandonar esta línea de investigación.

—Esta tarea corresponde, desde luego, al inspector Japp.

—Y a mí —intervino Poirot—. Yo también tengo una vela en ese entierro.

—«MR 24. Antigüedades falsificadas» —leyó Fournier—. Aunque remotamente, esto bien podría relacionarse con los Dupont, aunque no acabo de creerlo. *Monsieur* Dupont es un arqueólogo de prestigio mundial. Goza de inmejorable fama.

—Eso no haría más que allanarles el camino —observó Poirot—. Piense, mi querido Fournier, la gran fama de que han gozado, los buenos sentimientos que han puesto de manifiesto durante toda su vida casi todos los estafadores famosos, antes de ser descubiertos.

—Cierto, muy cierto —asintió Fournier con un suspiro.

—Una buena reputación —señaló Poirot— es lo primero que necesita un estafador que se precie. El tema es interesante, pero volvamos a nuestra lista.

—XVB 724. Es muy ambiguo. «Inglés. Estafa».

—De poco nos servirá —convino Poirot—. ¿Qué estafa? ¿Un

administrador? ¿Un empleado de banco? Cualquier hombre de confianza en una empresa comercial, pero raramente un escritor, un dentista o un médico. El señor James Ryder es nuestro único representante comercial. Él puede haber malversado fondos, él puede haber recibido dinero prestado de Giselle para que no se descubriese el robo. En cuanto al último apunte: «GF 45. Asesinato frustrado. Inglés», nos ofrece un amplio campo de acción. El escritor, el dentista, el médico, el comerciante, el camarero, la peluquera, la dama de linaje o la joven provinciana, todos pueden ser GF 45. Sólo quedan excluidos los Dupont a causa de su nacionalidad.

Con un ademán, llamó al mozo y le pidió la cuenta.

—¿Y ahora, amigo mío? —preguntó Poirot.

—A la Sûreté. Tal vez tengan alguna noticia para mí.

—Bueno, le acompañaré. Después tengo que hacer una pequeña investigación en la que tal vez pueda usted ayudarme.

En la Sûreté, Poirot renovó sus relaciones con el jefe de detectives, a quien había conocido muchos años antes a causa de uno de sus casos. *Monsieur* Gilles era afable y cortés.

—Encantado de saber que se interesa usted por este asunto, *monsieur* Poirot.

—¿Cómo no he de interesarme, *monsieur* Gilles, si sucedió todo delante de mis narices? ¡Es una vergüenza, ¿no le parece?, que Hércules Poirot duerma a pierna suelta mientras a su lado se comete un crimen!

Monsieur Gilles meneó la cabeza en tono conciliador.

—¡Esos aviones! Si el tiempo es malo, el aparato no hace más que tambalearse. Yo también me he sentido indispuesto alguna vez.

—Parece que todo un ejército le patee a uno el estómago —se lamentó Poirot—. ¿Por qué tendrá que haber esa relación tan estrecha entre las sacudidas del aparato volador y el aparato digestivo? Cuando me acomete el *mal de mer*, Hércules Poirot es un hombre sin células grises, sin orden ni método. ¡No es más que un individuo vulgar de la raza humana, y por debajo del nivel medio! Y hablando de esto último, ¿cómo está mi excelente amigo Giraud?

Fingiendo no haber oídos las palabras «hablando de esto último», *monsieur* Gilles replicó que Giraud seguía progresando en su carrera.

—Es muy entusiasta. Infatigable.

—Siempre ha sido así —señaló Poirot—. Siempre está corriendo de un lado para otro. Está al lado de uno y de pronto se halla Dios sabe dónde. No hay modo de que se detenga a reflexionar.

—¡Ah, *monsieur* Poirot! Ese es su punto flaco. Los hombres con el carácter de Fournier se avienen mejor con usted. Él pertenece a la nueva escuela que todo lo basa en la psicología. Ése debería gustarle.

—Me gusta, me gusta.

—Habla muy bien el inglés. Por eso lo mandamos a Croydon, a colaborar en ese asunto. Es un caso interesantísimo, *monsieur* Poirot. Madame Giselle era muy conocida en París. ¡Y las circunstancias de su muerte son extraordinarias! Un dardo de cerbatana envenenado y en pleno vuelo. ¡Figúrese! ¿Cómo es posible que sucedan tales cosas?

—Eso, eso. Ha puesto usted el dedo en la llaga. ¡Ah! Aquí está nuestro buen amigo Fournier. Ya veo que trae usted noticias.

El normalmente melancólico Fournier daba muestras de agitación.

—Sí, las traigo. Un comerciante de antigüedades griego, Zeropoulos, ha informado de la venta de una cerbatana con sus dardos tres días antes del asesinato. Propongo *monsieur* —se inclinó respetuosamente ante su jefe—, interrogar a ese hombre.

—¡No faltaba más! —exclamó Gilles—. ¿Quiere acompañarle, *monsieur* Poirot?

—Si no tiene inconveniente —aceptó Poirot—. Es interesante, muy interesante.

La tienda del señor Zeropoulos estaba en la rue Saint Honoré. Se le consideraba un anticuario de categoría. Había en ella muchas piezas antiguas de cerámica persa, dos o tres bronces de Louristan, abundancia de joyas indias, anaqueles llenos de seda y bordados de muy diversos países, y un surtido abundante de abalorios y objetos baratos de Egipto. Era uno de esos establecimientos en que se puede comprar por un millón un objeto que no vale más que medio, o por diez francos lo que apenas vale cincuenta céntimos. Era muy frecuentada por los turistas norteamericanos y por los entendidos en la materia.

El señor Zeropoulos era un hombre bajito y robusto, de ojos

negros. Hablaba mucho y con soltura.

¿Los caballeros pertenecían a la policía? Estaba encantado de conocerlos. ¿Tendrían la bondad de pasar a su despacho? Sí, había vendido una cerbatana con sus dardos, una curiosidad de América del Sur…

—… porque, como ustedes comprenderán, caballeros, yo vendo un poco de todo. Tengo mis especialidades. Me especializo en cosas persas. *Monsieur* Dupont, el querido *monsieur* Dupont, se lo confirmará. Siempre viene a ver mi colección, por si he adquirido algo nuevo, para juzgar la autenticidad de ciertas piezas dudosas. ¡Qué hombre! ¡Qué cerebro! ¡Qué ojo! ¡Qué buen juicio! Pero me desvío del asunto. Tengo mi colección, que todos los entendidos conocen, y también tengo… bueno, señores, francamente, llamémosles chismes, chismes exóticos, claro, un poco de todo: de Oceanía, de la India, del Japón, de Borneo… ¡De todas partes! Generalmente no pongo precio fijo a estas cosas. Si veo que le interesan a alguien, hago mis cálculos y pido un precio. Claro que no me dan lo que pido y al fin la cedo por la mitad. Y aun así, he de convenir que la ganancia es buena. Esos objetos los compro casi siempre a los marineros a precios muy bajos.

El señor Zeropoulos tomó aliento y prosiguió, satisfecho de sí mismo y de la importancia y fluidez de su relato.

—Hacía mucho tiempo que tenía esa cerbatana y los dardos, tal vez un par de años. Los tenía en esa bandeja, con un collar de conchas y un penacho de pielroja, unas figuras de madera tallada y algunos abalorios de cuentas de jade. Nadie lo vio, a nadie le llamó la atención hasta que entró un norteamericano y me preguntó qué era.

—¿Un norteamericano? —interrumpió Fournier vivamente.

—Sí, sí, un norteamericano sin la menor duda. No era uno de esos tipos norteamericanos entendidos, sino uno de esos que no saben nada y sólo pretenden llevarse algún objeto curioso para la familia. Uno de esos que se dejan engañar en los bazares de Egipto y adquieren los más ridículos escarabajos sagrados que se fabrican en Checoslovaquia. Bien, lo cogí como quien dice al vuelo, le conté las costumbres de ciertas tribus, le hablé de los venenos que usan. Le expliqué que era muy raro que objetos como aquellos aparecieran en el mercado. Me preguntó el precio, y se lo dije, mi

precio norteamericano, uno no tan alto como antes (han pasado por la Depresión). Esperaba que regatease, pero me pagó sin chistar. Quedé estupefacto. ¡Lástima! Hubiera podido pedirle más. Le entregué la cerbatana y los dardos en un paquete, y se fue. Pero luego, cuando leí en la prensa lo de ese espantoso asesinato, empecé a pensar. Sí, me dio mucho que pensar, y decidí contárselo a la policía.

—Le estamos muy agradecidos, señor Zeropoulos —reconoció Fournier cortésmente—. ¿Usted cree que podría identificar la cerbatana y los dardos? Ahora están en Londres, pero ya buscaríamos el modo de que los viese.

—La cerbatana era así de larga —mostró el griego, señalando un espacio en el borde de la mesa— y así de gruesa. Miren, como el mango de esta pluma. Era de un color claro. Había cuatro dardos, todos ellos con puntas muy agudas y descoloridas, y con una pelusilla de seda roja cada uno.

—¿Seda roja? —preguntó Poirot.

—Sí, *monsieur*. De un rojo un tanto descolorido.

—Es curioso —admitió Fournier—. ¿Está seguro de que uno de ellos no tenía un copo de seda con manchas amarillas y negras?

—¿Amarillas y negras? No, *monsieur*.

Fournier miró a Poirot y en el rostro de éste había una sonrisa de satisfacción.

¿Por qué se alegraba el belga? ¿Porque el griego estaba mintiendo o por otra razón? Y dijo en tono de duda:

—Es posible que la cerbatana y los dardos de este señor no hayan tenido nada que ver en el asunto. Es sólo una probabilidad entre cincuenta. De todos modos, me gustaría tener una descripción completa de ese norteamericano.

—Era un norteamericano como otro cualquiera. Voz nasal. No sabía hablar francés. Mascaba chicle. Llevaba gafas de concha de carey. Era alto y flaco y creo que no muy viejo.

—¿Moreno o rubio?

—No sabría decirlo. Llevaba sombrero.

—¿Lo reconocería usted si volviera a verlo?

Zeropoulos parecía dudar.

—No estoy seguro. Entran y salen tantos norteamericanos. No tenía nada de particular.

Fournier le mostró la colección de fotografías, pero sin resultado. El griego no creía que ninguno de aquellos fuese el norteamericano en cuestión.

—Me parece una cacería muy difícil —comentó Fournier al salir de la tienda.

—Es posible —le contestó Poirot—, pero no lo creo. Las etiquetas de los precios eran del mismo tipo y hay coincidencias entre el hecho y las observaciones de Zeropoulos. Y si esa cacería va a ser difícil, amigo mío, vamos a iniciar otra.

—¿Dónde?

—En el boulevard des Capucines.

—Deje que piense. Allí está…

—La oficina de Universal Airlines.

—¡Ah, sí! Pero ya hemos estado allí y no nos han dicho nada de interés.

Poirot le dio unos golpecitos en la espalda.

—Sí, bueno, pero las respuestas dependen de las preguntas. Usted no sabía lo que tenía que preguntar.

—¿Y usted lo sabe?

—Pues tengo una ligera idea, sí.

No quiso decir más, y llegaron al boulevard des Capucines.

La oficina era muy pequeña. Un chico moreno y muy elegante se hallaba detrás de un reluciente mostrador de madera, y un muchacho de unos quince años se peleaba con una máquina de escribir.

Fournier mostró su credencial y el empleado, llamado Jules Perrot, declaró que estaba enteramente a su disposición. A instancias de Poirot, el mozalbete recibió la orden de alejarse.

—Lo que hemos de tratar es muy confidencial —explicó.

Jules Perrot se mostró agradablemente emocionado.

—Ustedes dirán, messieurs.

—Se trata del asesinato de *madame* Giselle.

—¡Ah, sí! Me parece que ya nos hicieron algunas preguntas sobre el asunto.

—Cierto, cierto. Pero hay que establecer los hechos con toda exactitud. Madame Giselle reservó su billete… ¿cuándo?

—Creo que esto se puso ya en claro. Reservó su billete por teléfono el día diecisiete.

—¿Para el vuelo de las doce del día siguiente?

—Sí, señor.

—Pero me parece haber oído de labios de la doncella de *madame* que el encargo lo hizo para el vuelo de las ocho cuarenta y cinco.

—No, no… bueno, lo que pasó fue lo siguiente: la doncella de *madame* lo pidió para las ocho cuarenta y cinco, pero como ya estaba todo ocupado, le dimos billete para el vuelo del mediodía.

—¡Ah! Ya comprendo.

—Sí, señor.

—Comprendo, pero no deja de ser curioso, ciertamente muy curioso.

El empleado le miró con atención.

—Porque un amigo mío, que decidió viajar a Inglaterra de una manera urgente, tomó el avión de las ocho cuarenta y cinco ese día e iba medio vacío.

El señor Perrot se volvió a mirar unos papeles y se sonó la nariz.

—Su amigo se habrá confundido de día, quizá fuese un día antes o un día después.

—No. Fue el día del asesinato, puesto que me contó que, si hubiese perdido aquel avión, como estuvo a punto de suceder, hubiera sido uno de los pasajeros del Prometheus.

—¡Ah! Sin duda. Muy curioso. Claro que siempre puede haber anulaciones en el último minuto y, entonces, claro está, hay plazas disponibles. Y puede haber errores, claro. Tendré que hablar con Le Bourget, pues no siempre son muy cuidadosos.

La inocente mirada de Poirot pareció que turbaba a Jules Perrot, porque de pronto enmudeció. Sus ojos se desviaron y en su frente aparecieron unas gotitas de sudor.

—Dos explicaciones verosímiles —observó Poirot—, aunque me temo que ninguna es la verdadera. ¿No le parece que sería mucho mejor aclararlo bien todo?

—¿Qué hay que aclarar? No le comprendo bien.

—Vamos, vamos. Me comprende usted perfectamente. Es un caso de asesinato. De asesinato, *monsieur* Perrot. Haga el favor de recordarlo. Si usted se reserva información, la cosa puede ser muy seria para usted, muy seria. La policía puede tomar graves medidas. Pone usted obstáculos a la justicia.

Jules Perrot se le quedó mirando boquiabierto y con manos

temblorosas.

—Vamos —insistió Poirot con voz autoritaria y dura—. Queremos una información exacta. Haga el favor. ¿Cuánto le pagaron y quién le pagó?

—Yo no quise perjudicar a nadie… no tenía la menor idea… ¿Cómo iba a sospechar…?

—¿Cuánto y quién?

—Cinco mil francos. Nunca había visto a aquel individuo. Esto será mi perdición.

—Lo que le perderá será no hablar. Vamos, ya sabemos lo más importante. Haga el favor de decirnos cómo sucedió exactamente.

Sudando a mares, Jules Perrot habló precipitadamente y a borbotones:

—No quise hacerle daño a nadie. Juro por mi honor que no quise hacerle daño a nadie. Vino a verme un tipo. Dijo que iba a ir a Inglaterra al día siguiente. Quería negociar un préstamo con *madame* Giselle, pero deseaba que su entrevista fuese casual. Se figuraba que así tendría más posibilidades. Dijo que sabía que ella iba a volar a Inglaterra al día siguiente. Yo sólo tenía que decirle que no había billetes para el primer vuelo y reservarle el asiento número 2 en el Prometheus. Les juro, señores, que no sospeché nada malo. Pensé que sería igual una hora que otra. Los norteamericanos son así, hacen negocios de la manera más extraña.

—¿Los norteamericanos? —preguntó Fournier.

—Sí, aquel tipo era norteamericano.

—Descríbanoslo.

—Era alto, encorvado, de cabello gris, gafas con montura de concha y perilla.

—¿Reservó también él un asiento?

—Sí, señor, el número uno, al lado del que había de reservar para *madame* Giselle.

—¿Con qué nombre?

—El de Silas… Silas Harper.

—No había ningún viajero con ese nombre y nadie ocupó el asiento número uno.

Poirot meneó la cabeza lentamente.

—Ya vi en los periódicos que faltaba ese nombre. Por eso pensé que ya no hacía falta explicar el hecho, puesto que aquel hombre no

tomó ese avión.

Fournier le lanzó una mirada fría.

—Retuvo usted una información de gran valor para la policía. Eso es muy serio.

Él y Poirot salieron de la oficina, dejando a Jules Perrot mirándoles con cara de espanto.

Ya fuera, Fournier se quitó el sombrero y se inclinó ante su amigo.

—Le felicito, *monsieur* Poirot. ¿Cómo se le ha ocurrido esa idea?

—Dos frases sueltas. Esta mañana he oído decir a uno de los pasajeros que el primer vuelo de aquel día iba casi vacío. La otra frase fue la de Elise, al decir que encargó una reserva para el primer vuelo y le contestaron que no había plazas. Estos dos puntos no concordaban. Recordé haberle oído decir al camarero del Prometheus que había visto algunas veces a *madame* Giselle en el primer vuelo, de lo que deduje que la prestamista solía viajar en el avión de las ocho cuarenta y cinco. Pero alguien tenía interés en que hiciera el viaje a mediodía, alguien que también viajaba en el Prometheus. ¿Por qué dijo el empleado que el primer vuelo estaba completo? ¿Fue una equivocación o una mentira deliberada? Sospeché lo segundo y no me equivoqué.

—Este caso se va haciendo por momentos más interesante —comentó Fournier—. Al principio, parecía que seguíamos la pista de una mujer. Ahora resulta que es un hombre. Un norteamericano.

Calló para mirar a Poirot. Éste asintió lentamente.

—Sí, amigo mío, ¡es fácil hacerse pasar por norteamericano aquí, en París! Basta tener un acento nasal y mascar chicle. Y si uno lleva gafas con montura de concha y una perilla, ya es el prototipo del turista norteamericano.

Sacó del bolsillo la página arrancada del *Sketch*.

—¿Qué mira usted? —preguntó Fournier.

—Una condesa en traje de baño.

—¿Usted cree que…? Pero no, es pequeña, encantadora, frágil, no puede presentarse como un norteamericano alto y encorvado. Ha sido actriz, sí, pero no podría representar semejante papel. No, amigo mío. La idea no encaja.

—Nunca he dicho que encajase —replicó Hércules Poirot.

Siguió examinando muy serio la fotografía.

Capítulo XII

En Horbury Chase

Junto al bufet, *lord* Horbury se servía distraído un plato de riñones. Stephen Horbury era un joven de veintisiete años, cabeza estrecha y barbilla prominente. Parecía exactamente lo que era: un joven deportista con nada que destacar en cuanto a cerebro, pero de buen corazón, algo mojigato, muy leal y obstinado como el que más.

Cuando hubo llenado el plato, volvió a la mesa y empezó a comer. Abrió un periódico, pero enseguida frunció el entrecejo y lo apartó a un lado. También apartó el plato inacabado, tomó unos sorbos de café y se levantó. Permaneció un momento indeciso y luego, asintiendo ligeramente, salió del comedor, cruzó el espacioso vestíbulo y subió al piso superior. Llamó a una puerta y esperó. Del interior le llegó una voz atiplada invitándole a entrar:

—Adelante.

Lord Horbury entró. Era un bello dormitorio espacioso que daba al sur. Cicely Horbury estaba en la cama, un mueble isabelino de roble tallado. Envuelta en gasas rosadas y con los dorados rizos de su rubio cabello, producía un efecto encantador. En una mesita había una bandeja con los restos del desayuno. En aquel momento, abría su correspondencia, mientras su doncella se movía de un lado a otro.

A cualquier hombre se le hubiera acelerado la respiración ante tanta hermosura, pero la imagen de su encantadora mujer no afectó para nada a *lord* Horbury.

Hubo un tiempo, tres años atrás, en que la impresionante belleza de su Cicely le hacía perder la cabeza. La amaba apasionadamente,

con verdadera locura. Todo aquello había acabado. Había perdido el juicio, pero lo había recobrado.

Fingiéndose sorprendida, *lady* Horbury preguntó:

—¿Qué hay, Stephen?

—Quiero hablarte a solas —señaló él con aspereza.

—Madeleine —pidió *lady* Horbury, dirigiéndose a su doncella—. Deja todo eso y retírate.

—*Tres bien, milady* —respondió la muchacha. Y tras una mirada de reojo a *lord* Horbury, salió del dormitorio.

Lord Horbury aguardó a que hubiese cerrado la puerta.

—Me gustaría saber, Cicely, qué significa la idea de presentarte aquí.

Lady Horbury encogió sus hermosos hombros.

—¿Y por qué no?

—¿Por qué no? Me parece a mí que hay muy buenas razones.

—¡Oh! Razones… —murmuró su mujer.

—Sí, razones. Recordarás que, tal como se habían puesto las cosas entre nosotros, convinimos en no seguir con la farsa de vivir juntos. Tú debías quedarte en la casa de la ciudad y tendrías una espléndida pensión, exageradamente espléndida. Y podrías llevar tu propia vida, dentro de ciertos límites. ¿Por qué este repentino regreso?

De nuevo Cicely se encogió de hombros.

—Me pareció conveniente.

—Supongo que será por una cuestión de dinero, ¿no es así?

—¡Dios mío! —exclamó su mujer—. ¡Qué odioso eres! ¡No hay hombre más mezquino que tú!

—¿Mezquino? ¿Mezquino dices, cuando por tus insensatas extravagancias pesa una hipoteca sobre Horbury?

—¡Horbury, Horbury! ¡Esto es cuanto te interesa! Los caballos, la caza, las cosechas y esos fastidiosos granjeros. ¡Vaya vida para una mujer!

—Algunas estarían muy satisfechas con ella.

—Sí, mujeres como Venetia Kerr, que parece una yegua. Tenías que haberte casado con una mujer así.

Lord Horbury se acercó a la ventana.

—Es demasiado tarde para eso. Me casé contigo.

—Y no puedes divorciarte —señaló Cicely. Y su risa sonó

maliciosa y triunfante—. Te gustaría librarte de mí, pero no puedes.

—¿Para qué hablar de eso?

—Te lo prohíbe Dios y estás chapado a la antigua. ¡Lo que se ríen mis amigos cuando les cuento las cosas que dices!

—Que se rían cuanto quieran. ¿Podemos volver al origen de nuestra conversación? Discutíamos la razón por la que has venido.

Pero su mujer no se dejó llevar hacia donde él quería.

—Anunciaste en la prensa que no te harías responsable de mis deudas. ¿Te parece eso propio de un caballero?

—Siento haber tenido que dar ese paso. Recordarás que te lo advertí hace tiempo. Pagué por ti dos veces. Pero todo tiene un límite. Tu insensata pasión por el juego… bueno, ¿para qué discutir? Pero quiero saber por qué, de pronto, vienes a Horbury. Siempre odiaste esta casa, te aburría a morir.

—Pues ahora me siento mejor aquí —afirmó ella con expresión hosca.

—¿Mejor justo ahora? —repitió él pensativamente. Y le espetó esta pregunta—: ¿Habías pedido dinero a esa vieja prestamista francesa, Cicely?

—¿Quién? No sé qué quieres decir.

—Sabes perfectamente a quién me refiero. Hablo de la mujer asesinada en el avión procedente de París en el que volviste.

—No, claro que no. ¡Qué ocurrencia!

—No bromees con eso, Cicely. Si esa mujer te prestó dinero, mejor será que lo digas. Ten presente que ese asunto aún no ha terminado. El jurado emitió veredicto de asesinato cometido por personas desconocidas, y la policía de los dos países está trabajando en ello. Que descubran la verdad sólo es cuestión de tiempo. Esa mujer debió de dejar anotados los préstamos que concedía. Si se descubre que tuviste alguna relación con ella, sería mejor que estuviésemos preparados, que nos aconsejásemos con Foulkes que nos ha asesorado desde hace generaciones.

—¿Es que no declaré ya ante aquel maldito tribunal? ¿No juré que no sabía nada de aquella mujer?

—No creo que eso pruebe nada —replicó su marido secamente —. Si tuviste tratos con Giselle, puedes estar segura de que la policía lo descubrirá.

Cicely se sentó apesadumbrada en el lecho.

—¿Serías capaz de creer que la maté yo? ¿Que me levanté del asiento del avión y le arrojé un dardo con una cerbatana? ¡Qué locura!

—Sí, parece cosa de locos —convino él pensativamente—. Pero hazte cargo de tu situación.

—¿Qué situación? No hay situación que valga. No crees una palabra de cuanto te digo. ¿Por qué de pronto tienes que mostrarte tan intranquilo con respecto a mí? Como si te importase mucho lo que pueda sucederme. Me odias y te alegrarías de mi muerte. ¿A qué viene esa comedia?

—¿No exageras un poco? Aunque me creas muy anticuado, aún me preocupa el buen nombre de mi familia, un sentimiento que tú seguramente desprecias. Pero ahí está.

Girando sobre sus talones, salió del dormitorio.

Las sienes le latían con violencia. Los pensamientos se atropellaban en su mente.

¿Antipatía? ¿Odio? Sí, es cierto. ¿Me alegraría su muerte? ¡Dios mío! Sí. Me sentiría como un recién salido de la cárcel. ¡Qué fastidiosa es la vida! ¡Cuando la conocí en el *Do It Now*, qué muchacha tan adorable me pareció! ¡Tan guapa, tan encantadora! ¡Locuras de juventud! Me volví loco, me sorbió el seso. Me parecía ver en ella reunidas todas las prendas que adornan a una mujer y, no obstante, ya era lo que es ahora: rencorosa, vulgar, viciosa, tonta… ni guapa me parece ya.

Silbó a un spaniel, el cual levantó la cabeza para mirarle con adoración.

—Mi buena Betsy —exclamó Horbury, frotándole las orejas. Y pensó: No es justo llamar perra a una mujer. Una perrita como tú, Betsy, vale más que todas las mujeres que he conocido.

Embutiéndose en la cabeza un viejo sombrero de pescador, salió de la casa en compañía de su perra Betsy.

Un paseo por su vasta propiedad le calmó poco a poco los nervios. Cariñosamente, palmeó a su caballo preferido en el cuello, cruzó unas palabras con un mozo de cuadra, llegó a la granja y estuvo un rato charlando con la mujer del granjero. Caminaba por un sendero estrecho con Betsy tras sus talones, cuando se topó con Venetia Kerr a caballo de su yegua baya.

Montando, Venetia parecía aún más atractiva. *Lord* Horbury la

contempló con admiración y afecto y con un vivo sentimiento de familiaridad.

—¡Hola, Venetia!

—¡Hola, Stephen!

—¿De dónde sales? ¿Paseando a la yegua?

—Sí, ¿no te parece que se está poniendo muy hermosa?

—De primera. ¿Has visto la potranca que compré en la feria de Chattisley? —Estuvieron hablando un buen rato de caballos y luego, él comentó—: Cicely está aquí.

—¿Aquí, en Horbury?

Aunque Venetia se esforzó en no mostrarse sorprendida, no logró esconder cierta turbación que se reveló en su tono.

—Sí. Llegó anoche.

Se produjo un silencio embarazoso. Luego Stephen comentó:

—Oye, tú estuviste también en la encuesta judicial, ¿no? ¿Cómo… cómo fue?

Tras un momento de reflexión, Venetia contestó:

—Bueno, nadie dijo gran cosa.

—¿No sacó nada en limpio la policía?

—No.

—Debió de ser un asunto bastante desagradable para ti.

—No puedo decir que me gustase, pero tampoco tengo motivos para quejarme. El juez se portó con mucha amabilidad.

Stephen pasó distraídamente la mano por el seto, al añadir:

—Oye, Venetia: tú no sabrás… ¿no tendrás alguna idea de quién fue el autor?

Venetia Kerr meneó la cabeza dulcemente.

—No. —Enmudeció, buscando la mejor manera de exponer sus pensamientos. Acabó soltando una risita—. De todos modos, sé que no fuimos ni Cicely ni yo. Ella me hubiera visto o yo a ella.

Stephen también se echó a reír.

—Eso me tranquiliza —exclamó alegremente.

Lo dijo bromeando, pero ella notó el alivio en su voz. De modo que él estaba preocupado.

Se abstuvo de expresar su pensamiento.

—Venetia —observó Stephen—, hace mucho tiempo que nos conocemos, ¿verdad?

—Sí, mucho. ¿Recuerdas cuando íbamos a aquellas clases de

baile cuando éramos niños?

—¿Cómo no iba a acordarme? Por eso creo que puedo hablarte sinceramente.

—Claro que puedes. —Reconoció ella. Y después de una ligera vacilación, añadió fingiendo indiferencia—: ¿Quieres hablarme de Cicely?

—Sí. Mira, Venetia: ¿estaba Cicely complicada con esa Giselle de algún modo?

Venetia contestó lentamente:

—No lo sé. Recuerda que he estado en el sur de Francia. No sé lo que se rumoreaba en Le Pinet.

—¿Pero tú qué crees?

—Bueno, sinceramente, no me sorprendería.

Stephen meneó la cabeza pensativo. Venetia comentó, conciliadora:

—¿Por qué tendría que inquietarte? ¿No vivís prácticamente separados? Ese asunto sería exclusivamente cosa suya, no tuya.

—Mientras sea mi mujer, también a mí me concierne.

—¿Y no podrías pedir el divorcio?

—¿Dar un escándalo? No sé si ella aceptaría.

—¿Te divorciarías si se te presentase una oportunidad?

—Si tuviera motivo, sin duda alguna —aseguró él ceñudo.

—Supongo —planteó Venetia pensativa— que ella lo sabe.

—Sí.

Guardaron silencio.

¡Esa mujer tiene menos moral que un gato!, pensó Venetia. La conozco muy bien. Pero se anda con mucho cuidado. Ella las mata callando.

—¿De modo que no hay nada que hacer? —añadió en voz alta.

Él meneó la cabeza.

—Si estuviera libre, Venetia, ¿te casarías conmigo?

Mirando fijamente ante sí por entre las orejas de la yegua, Venetia contestó con acento de fingida indiferencia:

—Supongo que sí.

¡Stephen! Siempre había amado a Stephen, desde que iban juntos a las clases de danza infantiles y a buscar nidos. Y Stephen siempre la había querido, pero no lo bastante como para impedirle enamorarse perdidamente, locamente, salvajemente de aquella gata

calculadora, de aquella corista.

—¡Qué maravilloso sería vivir juntos tú y yo! —insinuó Stephen.

Por su imaginación pasó un cuadro maravilloso: té con pastas, cacerías, olor a heno y a tierra mojada, hijos. Todo lo que Cicely no le daría jamás, que evitaría siempre compartir con él. Se le humedecieron los ojos de ternura. Luego oyó que Venetia le decía con aquella voz exenta de emoción:

—Si tú quieres, Stephen, ¿qué importa lo demás? Si nos fugáramos tú y yo, Cicely tendría que divorciarse.

La interrumpió enojado.

—¡Dios mío! ¿Crees que sería capaz de semejante cosa?

—A mí no me importaría.

—A mí, sí.

Él habló con tal resolución, que Venetia pensó:

«Es así. Es una lástima, realmente. Está lleno de prejuicios, pero es un sol. No me gustaría tanto si fuera distinto».

—Bueno, Stephen. Hasta la vista —se despidió en voz alta.

Espoleó ligeramente a su cabalgadura y, al volverse a saludar a Stephen para despedirse, se cruzaron sus miradas, y en la de ella podía leerse el sentimiento que había disimulado.

Al volver un recodo del camino, a Venetia se le cayó la fusta de la mano. Un caballero que pasaba por allí se la recogió, devolviéndosela con una reverencia exagerada.

Un forastero, se dijo ella al darle las gracias. Me parece que conozco esa cara.

Repasó sus recuerdos de aquel verano pasado en Jean les Pins, aunque parte de su mente seguía pensando en Stephen.

Sólo al llegar a su casa le asaltó de pronto el recuerdo, una escena algo ridícula que le arrancó una exclamación ahogada:

—El hombrecillo que me cedió su asiento en el avión. Y en el tribunal dijeron que era un detective. ¿Qué se le habrá perdido por aquí?

Capítulo XIII

En la peluqueria de Antoine

A la mañana siguiente de la encuesta, Jane se presentó en la peluquería con los nervios un poco alterados.

El dueño del establecimiento, que se daba el nombre de Antoine, aunque en realidad se llamaba Andrew Leech y cuyas pretensiones de ser extranjero se basaban en tener una madre judía, la recibió de mal talante.

En un lenguaje que se diferenciaba poco del usado en los barrios bajos de Londres, trató a Jane de estúpida. ¿Por qué había tenido que volver en avión? ¡Qué ocurrencia! Aquella salida al extranjero haría mucho daño a su establecimiento.

Cuando hubo desahogado su malhumor, permitió que Jane se retirara, y ésta vio que su amiga Gladys le dirigía un guiño muy significativo.

Gladys era una rubia exuberante de porte altivo, que atendía con una voz desmayada y lejana. En privado, su voz era ronca y alegre.

—No te preocupes, querida —le advirtió a Jane—. Ese viejo bruto está al acecho, esperando ver de qué lado caerá la balanza. Y me parece que no caerá del lado que él espera. Vaya, mira, querida: ya está aquí otra vez esa maldita arpía. ¡Qué pesada! ¡Supongo que se molestará por todo, como siempre! Espero que no haya traído a su condenado perro faldero.

Poco después, se oía la voz desmayada de Gladys:

—Buenos días, señora. ¿No trae a su lindo pequinés? Vamos a lavarle la cabeza y enseguida podremos solicitar la intervención de *monsieur* Henri.

Jane acababa de entrar en el compartimiento contiguo, donde esperaba una señora de cabello castaño que se miraba al espejo y le decía a una amiga:

—Querida, tengo una cara verdaderamente espantosa esta mañana. Esto es…

La amiga, hojeando aburridamente un ejemplar del *Sketch* de tres semanas antes, replicó sin ningún interés:

—¿Eso crees? Yo no te noto el menor cambio.

Al entrar Jane, la amiga aburrida dejó de leer la revista para fijarse con curiosidad en la empleada.

Luego exclamó:

—Es ella. Estoy segura.

—Buenos días, madam —saludó Jane con aquel aire desenvuelto que le era propio y que no le costaba ya el menor esfuerzo—. Hace tiempo que no la veíamos por aquí. Supongo que ha estado en el extranjero.

—En Antibes —señaló la del cabello castaño, mirando a su vez con el más franco interés.

—¡Qué suerte! —exclamó Jane con fingido entusiasmo—. Dígame, ¿quiere lavar y secar, o desea teñirse antes?

La aludida se distrajo un momento de la contemplación de la chica para examinar su pelo.

—Creo que podría pasar otra semana. ¡Dios mío! ¡Parezco un esperpento!

—Y bien, querida —comentó la amiga—, ¿qué quieres parecer a estas horas de la mañana?

—¡Ah! Espere a que *monsieur* Georges acabe con usted —la animó Jane.

—Dígame —preguntó la señora, volviendo a observarla con interés—: ¿no es usted la muchacha que prestó declaración ayer en la encuesta judicial, la que iba de pasajera en ese avión?

—Sí, madam.

—¡Qué emocionante!, ¿verdad? Cuéntemelo todo.

Jane hizo cuanto pudo por complacerla.

—¡Ah! Señora, aquello fue realmente espantoso.

Interrumpía su relato para contestar las preguntas que se le hacían. ¿Cómo era la víctima? ¿Era cierto que viajaban en el avión dos policías franceses y aquel caso era una ramificación del

escándalo del gobierno francés? ¿Iba también *lady* Horbury? ¿Era tan bella como todo el mundo decía? ¿Quién creía Jane que había cometido el asesinato? ¿Era verdad que el gobierno echaba tierra sobre el asunto?

Este interrogatorio no fue más que el prólogo de muchos otros del mismo estilo. Todas las señoras querían los servicios de la muchacha que estuvo en el avión, todas querían decirle a sus amigas: «Querida, es extraordinario. La empleada de mi peluquero es la muchacha… Sí, yo que tú iría, pues te peinan admirablemente… Jane, como se llama esa chica, es lindísima, con unos ojos muy grandes… Te lo contará encantada, si se lo pides».

Pero al cabo de una semana, Jane no podía ya con sus nervios. Llegó a pensar que, si tuviera que volver a contar lo que pasó, no podría contenerse y se echaría a gritar o a golpear a la impertinente de turno con el secador.

No obstante, prefirió calmarse de otro modo. Y finalmente se presentó a *monsieur* Antoine a quien, con todo descaro, le pidió un aumento de sueldo.

—¿Esas tenemos? ¿Cómo se atreve a pedirme un aumento cuando sólo por mi buen corazón tolero que siga en mi casa pese a haberse visto complicada en un asesinato? Muchos, menos bondadosos, la hubieran echado inmediatamente.

—No me venga con esas —replicó Jane—. Bien sabe usted que atraigo nueva clientela. Si quiere que me vaya, dígamelo. Será muy fácil que me den en Richet, o en cualquier otra casa, lo que le pido a usted.

—¿Y quién sabrá que está usted allí? ¿Qué importancia tiene usted?

—En la encuesta judicial conocí a unos periodistas. Cualquiera de ellos publicará mi cambio de establecimiento y me proporcionará toda la publicidad necesaria.

Sabiendo que esto era muy posible, *monsieur* Antoine accedió, aunque a regañadientes, a la petición de Jane. Gladys elogió la decisión de su amiga.

—Bien hecho, querida. Ese judío no ha podido contigo en esta ocasión. Si las muchachas no enseñásemos los dientes de vez en cuando, no sé adonde iríamos a parar. Has demostrado tener valor, querida, y por eso te admiro.

—Sé defenderme —aseguró Jane, levantando la barbilla en actitud de reto—. Durante toda mi vida he tenido que luchar.

—Muy valiente —reconoció Gladys—, pero cumple con ese judío de Andrew, que él te respetará más adelante. Las delicadezas no sirven para nada en la vida.

Desde aquel día, Jane repetía la misma historia con ligeras variantes, como una actriz repite cada día su papel en el escenario.

La cena y teatro concertados con Norman Gale tuvieron efecto a su debido tiempo. Fue una de esas noches encantadoras en que cada palabra y cada confidencia eran la revelación de una mutua simpatía y de gustos comunes.

Los dos amaban a los perros y detestaban a los gatos, odiaban las ostras y se entusiasmaban con el salmón ahumado; admiraban a Greta Garbo y criticaban a Katharine Hepburn; odiaban a las mujeres gordas y preferían las morenas; sentían desprecio por las uñas demasiado rojas, les molestaban los que alzaban la voz al hablar, los restaurantes ruidosos y la música de jazz. Y preferían los autobuses al metro.

Parecía un milagro que dos personas tuviesen tantos gustos comunes.

Un día, al abrir Jane el bolso en la peluquería de Antoine, dejó caer una carta de Norman. Al recogerla un poco ruborizada, oyó que Gladys decía a su lado:

—¿Quién es tu novio, querida?

—No sé qué quieres decir —replicó Jane, poniéndose aún más colorada.

—¡No me digas! Bien se ve que esa carta no es del tío de tu madre. No nací ayer, Jane. ¿Quién es él?

—Un… un chico que conocí en Le Pinet. Es dentista.

—¡Un dentista! —exclamó Gladys con un ligero tono de disgusto —. Supongo que lucirá unos dientes blanquísimos y que sabrá sonreír.

Jane se vio obligada a admitir que así era.

—Es un chico bronceado, de ojos azules.

—Cualquiera puede adquirir un buen bronceado —comentó Gladys—. Basta una temporada en la playa o un frasco de tinte adquirido en la farmacia. Los ojos están bien si son azules. ¡Pero dentista! Cuando vaya a besarte, creerás que te pide: «Haga el favor

de abrir un poco más la boca».

—No seas idiota, Gladys.

—No te lo tomes tan a pecho, querida. Ya veo que te has molestado. Sí, señor Henri, voy al instante. ¡Qué hombre tan antipático! Nos manda a todas como si fuese su señoría el almirante.

La carta era una invitación a cenar la noche del sábado. Cuando, aquel mediodía, Jane recibió su aumento de sueldo, sintió que la embargaba la alegría.

¡Y pensar lo muy preocupada que estaba yo cuando volvía aquel día en el avión! Todo me ha salido estupendamente. Digan lo que digan, la vida es una maravilla.

Tan alegre estaba que, para celebrarlo, decidió comer en el Corner House para gozar de un poco de música durante el almuerzo.

Se sentó a una mesa para cuatro, ocupada ya por una señora de mediana edad y un muchacho. La señora estaba acabando su almuerzo y, al sentarse Jane, pidió la cuenta, recogió un sinnúmero de paquetes y se fue.

Jane, siguiendo su costumbre, leía una novela mientras comía. Al levantar la mirada mientras pasaba una página, vio que el chico que se sentaba frente a ella la observaba fijamente y, al momento, notó que aquel rostro no le era desconocido.

En aquel mismo instante, el joven saludó con una inclinación de cabeza.

—Perdone, *mademoiselle*, ¿no me reconoce usted?

Jane observó su rostro con más atención. Parecía un buen chico, más atractivo por la viveza de sus rasgos que por la armonía de sus facciones.

—Es cierto que no nos han presentado —prosiguió el muchacho —, a no ser que equivalga a una presentación el hecho de coincidir en el lugar en que se comete un crimen, o después, al declarar ambos ante el mismo tribunal.

—Claro que sí —reconoció Jane—. ¡Qué torpe soy! Ya me parecía a mí que le conocía. Es usted…

—Jean Dupont —aclaró él haciendo una pequeña reverencia algo cómica.

Recordó una frase que Gladys solía repetir acaso con indebida

delicadeza:

«Si te pretende un hombre, seguro que aparece otro más. Es una ley natural. A veces hasta tres o cuatro».

Jane había llevado siempre una austera vida de trabajo (igual a la descripción que se hace siempre de las chicas desaparecidas). Jane había sido una muchacha lista y divertida, pero sin amigos conocidos. Ahora parecía que los hombres acudían a ella como las moscas a la miel. No había duda de que la cara de Jean Dupont mostraba algo más que un interés meramente cortés. Se le veía encantado de hallarse sentado delante de Jane. Más que encantado, entusiasmado.

Pero es francés, pensó Jane con cierto recelo. Hay que estar muy alerta con los franceses. Todos van a lo mismo.

—¿De modo que está usted todavía en Inglaterra? —preguntó luego, maldiciendo en silencio la estupidez de su pregunta.

—Sí. Mi padre ha ido a Edimburgo a dar allí una conferencia y hemos visitado a algunos amigos. Pero mañana volvemos a Francia.

—Ya comprendo.

—¿Aún no ha detenido a nadie la policía?

—No, ni siquiera lo mencionan los periódicos estos días. Tal vez han abandonado el asunto.

Jean Dupont meneó la cabeza.

—No lo crea. No lo han abandonado. Trabajan en silencio, en secreto.

—No me diga eso —rogó Jane intranquila—, que se me hiela la sangre en las venas.

—Es cierto, no es muy agradable recordar que se ha estado muy cerca de donde se ha cometido un crimen. Yo aún estaba más cerca que usted. A veces, me estremezco al pensarlo.

—¿Quién cree usted que cometió el crimen? —preguntó Jane—. Yo he pensado mucho en eso.

Dupont se encogió de hombros.

—Yo no fui. ¡Era demasiado fea!

—Bueno, me parece que antes mataría usted a una fea que a una guapa.

—De ningún modo. De una mujer hermosa, puede enamorarse uno y, si ve que no le corresponde o le asaltan los celos, quizá pierda la cabeza y piense: La mataré. Será una satisfacción.

—¿Y es una satisfacción?

—Eso, *mademoiselle*, no lo sé, porque no lo he probado aún. —Se echó a reír y luego meneó la cabeza—. Pero ¿quién se iba a molestar en matar a una mujer como Giselle?

—Es un modo de verlo —admitió Jane frunciendo el entrecejo —. Es terrible pensar que, a lo mejor, fue joven y hermosa en su juventud.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó él ya más serio—. La gran tragedia de la vida es que las mujeres envejezcan.

—Parece usted muy preocupado por las mujeres bien parecidas.

—Claro. Eso es lo más interesante que depara la vida. A usted le sorprende porque es inglesa. Un inglés piensa ante todo en su trabajo o en sus negocios, luego en sus deportes y, después, mucho después, en su esposa. Sí, sí, es tal como le digo. Figúrese que en un humilde hotel de Siria había un inglés cuya mujer enfermó de pronto. Él tenía que hallarse en un determinado día en no sé qué parte de Irak. *Eh bien*, ¿querrá usted creer que dejó sola a su mujer para acudir a su cita a tiempo? Y tanto a él como a su mujer aquello les pareció lo más natural, que era lo más noble, lo más abnegado. Pero una mujer, un ser humano, debe ser lo primero. Cumplir con el trabajo es menos importante.

—No lo sé —admitió Jane—. Supongo que el trabajo es lo primero para cualquiera.

—Pero ¿por qué? ¡Vaya, usted tiene el mismo punto de vista! Trabajando gana uno dinero. Descansando y atendiendo a una mujer, lo gasta. De modo que el último es un ideal más noble que el primero.

Jane se echó a reír.

—Bien, en cuanto a mí, preferiría que me considerasen como un objeto de lujo y de recreo a que me tuvieran por un deber prioritario. Prefiero que un hombre lo pase bien a mi lado a que me vea como un deber que hay que cumplir.

—Nadie, *mademoiselle*, sería capaz de sentir eso con usted.

Jane se ruborizó ante la seriedad del tono del joven, que se apresuró a añadir:

—Sólo había estado una vez en Inglaterra. El otro día, durante la encuesta, fue muy interesante para mí poder examinar detenidamente a tres mujeres tan jóvenes como encantadoras, pero

tan distintas entre sí.

—¿Qué pensó usted de nosotras? —preguntó Jane con interés.

—¿De *lady* Horbury? ¡Bah! Conozco muy bien a ese tipo de mujer. Es muy exótica, una mujer cara. Es de esas señoras que se ven en la mesa de bacarrá, de cara flácida y expresión dura, que da una idea de lo que será al cabo de diez o quince años. No viven más que para darse la gran vida o tal vez para tomar drogas. *Au fond*, ¡no tiene el menor interés!

—¿Y la señorita Kerr?

—¡Ah! Es muy inglesa. Es de esas a quien los tenderos de la Riviera concederían un crédito ilimitado. Son muy perspicaces nuestros tenderos. Sus ropas son de un corte irreprochable, pero parecen de hombre. Camina como si el mundo le perteneciera. No es consciente de esto: sencillamente es inglesa. Sabe de qué parte del país es todo el mundo. Es cierto. A una mujer así le oí decir en Egipto: «¡Cómo! ¿Aquí están también los Fulánez? ¿Los Fulánez de Yorkshire? ¡Oh, los Fulánez de Shropshire!».

Imitaba bien el acento. Jane se echó a reír.

—Y luego yo —señaló Jane.

—Y luego usted. Y yo me dije: ¡Pero qué bien, qué requetebién si volviese a toparme con ella algún día! Y heme aquí, delante de usted. A veces los dioses disponen muy bien las cosas.

—Es usted arqueólogo, ¿verdad? ¿Hace excavaciones?

Jane escuchó con gran atención el relato que Jean Dupont le hizo de su trabajo y, finalmente, le interrumpió lanzando un suspiro:

—Ha estado usted en tantos países. ¡Cuántas cosas habrá visto! ¡Me parece tan fascinante! ¡Yo nunca he estado en ningún sitio, ni he visto nada!

—¿Le gustaría ir a países remotos y exóticos? No podría ondularse el pelo: recuérdelo.

—Se me ondula solo —aclaró Jane riendo satisfecha.

Tras echar una ojeada al reloj de pared se apresuró a pedir la cuenta.

Jean Dupont, un tanto embarazado, se decidió:

—Mademoiselle, no sé si hago bien en atreverme… Como ya le he dicho, vuelvo a Francia mañana. Si quisiera usted cenar conmigo esta noche…

—¡Qué lástima! No puedo. Esta noche tengo un compromiso.

—¡Ah! Lo siento mucho, muchísimo. ¿Volverá usted pronto a París?

—No, no lo creo.

—¡Tampoco sé yo cuándo regresaré a Londres! ¡Qué pena!

Retuvo un buen rato la mano de Jane en la suya.

—Deseo con toda mi alma volver a verla —le aseguró en un tono de absoluta sinceridad.

Capítulo XIV

En Muswell Hill

Aproximadamente cuando Jane salía de la peluquería de Antoine, Norman Gale estaba diciendo en un tono amable y profesional:

—Temo que esté demasiado sensible. Avíseme si le hago daño.

Sus manos expertas manejaban la fresa eléctrica con suma pericia.

—Bueno. Ya lo tenemos. ¿Señorita Ross?

La señorita Ross se le acercó inmediatamente batiendo una mezcla blancuzca en un bol.

Norman Gale acabó el empaste.

—Déjeme ver: ¿puede venir el martes?

La paciente se enjuagó la boca apresuradamente para meterse en una prolija explicación. Lo sentía mucho, tenía que salir de Londres y tenía que cancelar su próxima cita. Ya le avisaría a su regreso.

Salió disparada del consultorio.

—Bueno —exclamó Gale—, hemos terminado por hoy.

—*Lady* Higginson ha telefoneado diciendo que no le será posible venir el día que le asigné para la semana próxima —le informó la señorita Ross—. ¡Ah! Y el coronel Blunt tampoco puede venir el jueves.

Norman Gale asintió. Sus facciones se endurecieron.

Cada día se repetía la misma historia. La gente llamaba para anular la cita que tenía señalada, aduciendo toda clase de excusas: que si iban a ausentarse, que si se habían resfriado, que si no estarían en Londres…

Poco importaban los pretextos. La única razón que todos

ocultaban Norman acababa de verla reflejada claramente en la expresión de espanto de su última cliente cuando él empuñó la fresa.

Hubiera podido describir los pensamientos de aquella mujer, tan claramente se leía en su rostro el pánico.

«¡Oh, querida! Pues claro que estaba él en el avión cuando mataron a aquella mujer. Me pregunto si… Dicen que hay tipos que pierden la cabeza y les da por cometer los crímenes más horrendos. Realmente no me sentía segura. ¿Quién me asegura que ese hombre no sea un maníaco homicida? He oído decir que apenas se distinguen de los demás. Siempre me pareció que había algo raro en su mirada».

—Bien, me parece que vamos a tener una semana muy tranquila, señorita Ross.

—Sí, muchos pacientes han anulado sus citas. ¡Oh! Bueno, quizá debería tomarse un descanso, pues bastante ha trabajado este verano.

—No creo que se me presenten muchas ocasiones de cansarme este otoño. Las cosas se presentan mal.

La señorita Ross no supo qué replicar. Le salvó una llamada de teléfono, que salió a contestar a la estancia contigua.

Norman dejó el instrumental en el esterilizador, con la cabeza absorta en su situación.

Vamos a ver qué sucede. No nos andemos por las ramas. Parece que el negocio, el de mi profesión, ha terminado para mí. Lo chocante es que, mientras a Jane le va tan bien y las señoras la escuchan con la boca abierta, aquí no les gusta abrirla. ¡Qué rara coincidencia! No sé qué tontos sentimientos se apoderan de la gente al verse en el sillón del dentista. Como si el dentista fuera a volverse loco.

¡Qué asunto tan raro es un asesinato! Creí que sería una fuente de ingresos, y no. Afecta a las cosas más raras, algunas que uno nunca hubiera imaginado. No hay más que examinar los hechos. Como profesional, por lo visto, estoy acabado.

¿Qué sucedería si detuviesen a la mujer de Horbury? ¿Volverían mis clientes en tropel? Es difícil decirlo. Cuando las cosas empiezan a ir mal… bueno, no me importa y, si me importase, sería por Jane. Jane es adorable. La quiero. Y no podré tenerla hasta… Es una

verdadera lata.

Sonrió.

Pero creo que todo saldrá bien. Ella se interesa por mí. Esperará. ¡Diablos! Me largaré al Canadá. Sí, eso es. Y el dinero lo ganaré allí.

Volvió a reír.

Entró la señorita Ross.

—Era la señora Lorrie. Lo siente mucho…

—… pero tendrá que ir a Tombuctú —acabó Norman por ella—. *Vive les rats*! Ya puede usted buscarse otro empleo, señorita Ross. Esto parece un barco que se hunde.

—¡Oh! ¡Señor Gale! No pienso abandonarle.

—Buena muchacha. Después de todo, no es usted una rata. Pero hablo en serio. Si no sucede un milagro que venga a remediar esta catástrofe, estoy perdido, no hay duda.

—Tendríamos que hacer algo para salvar la situación —propuso la señorita Ross con energía—. La policía es una vergüenza. No descubren nada, ni lo intentan siquiera.

—Confío en que lo intenten, y con acierto.

—Alguien tiene que hacer algo.

—Perfectamente. Casi estoy por ponerme a trabajar yo como detective, aunque no sabría por dónde empezar, la verdad.

—¡Oh, señor Gale! Usted es muy inteligente.

Heme aquí convertido en héroe para esta muchacha, pensó Norman Gale. De buena gana me ayudaría en las pesquisas que tuviera que realizar, pero tengo otra ayudante en perspectiva.

Aquella misma noche cenó con Jane. No le costó mucho mostrarse más alegre y animado de lo que realmente estaba, pero Jane era demasiado astuta para dejarse engañar. Sorprendió todos sus momentos de distracción, el fruncimiento del entrecejo y la tensión de sus labios. Y por fin, no pudo por menos que preguntarle:

—¿No marchan bien las cosas, Norman?

Él le lanzó una extraña mirada, que desvió al instante.

—Francamente, no van muy bien, pero se debe a que esta es una de las peores épocas del año.

—No digas tonterías —le reprendió Jane vivamente.

—¡Pero Jane!

—¿Crees tú que no veo lo preocupado que estás?

—No estoy preocupado, sino enfadado.

—¿Al ver que la gente evita…?

—Abrir la boca ante un posible asesino. Por eso.

—¡Qué asunto más cruel!

—Eso es cierto, Jane. Porque yo soy un buen profesional, no un asesino.

—¡Es terrible! Habría que hacer algo.

—Eso es lo que decía esta mañana mi secretaria, la señorita Ross.

—¿Cómo es ella?

—¿La señorita Ross?

—Sí.

—¡Ah! No sé. Alta, huesuda, con una nariz que parece el morro de un caballo. Muy competente.

—Parece simpática —concluyó Jane con generosidad.

Norman aceptó aquello como un tributo a su diplomacia. La señorita Ross no era tan huesuda como indicaban sus palabras. Era una rubia muy agraciada, pero le pareció, con razón, que no estaría bien resaltar ante Jane los atractivos físicos de su empleada.

—Me gustaría hacer algo —expuso Norman—. Si fuese un detective de novela, buscaría alguna pista o me pondría a seguir a alguien.

Jane le tiró de la manga.

—Mira, ahí está el señor Clancy, el novelista, sentado allí, junto a la pared. Podríamos seguirle.

—Pero ¿no íbamos al cine?

—Olvida el cine. ¿No dices que te gustaría seguir a algún sospechoso? Pues ahí lo tienes. ¿Quién sabe? Tal vez descubramos alguna pista.

El entusiasmo de Jane era contagioso. Norman se mostró conforme con seguir este plan.

—Como bien dices, ¿quién sabe? ¿Por que plato va? No puedo saberlo sin volver la cabeza y no quiero mirarle.

—Poco más o menos como nosotros —respondió Jane—. No perdamos tiempo y tomémosle la delantera. Paguemos la cuenta y, de este modo, estaremos dispuestos a salir en cuanto él lo haga.

Así lo hicieron. Poco después, cuando el señor Clancy salió y se alejó por Dean Street, Norman y Jane le pisaban los talones.

—Si toma un taxi… —advirtió Jane.

Pero el señor Clancy no tomó un taxi. Con un abrigo al brazo que a veces arrastraba distraído, anduvo largo rato por las calles de Londres de un modo algo errático. Tan pronto apretaba el paso, como lo reducía hasta el punto que parecía que iba a detenerse. En una ocasión, como si dudara si cruzar la calzada, se detuvo un momento con una pierna en el aire sobre el borde de la acera, como en una película a cámara lenta.

Iba sin rumbo. Torcía por tantas esquinas que acabó cruzando una misma calle varias veces.

Jane se sentía alborozada.

—¿Lo ves? —comentó animada—. Teme que le sigan y trata de despistarnos.

—¿Tú crees?

—¿Qué duda cabe? Nadie daría tantas vueltas sin algún motivo.

—¡Oh!

Doblaron una esquina con tanta rapidez que poco faltó para que tropezaran con su presa. Se había detenido a contemplar una carnicería. La tienda estaba cerrada, pero a la altura del primer piso algo había llamado la atención del novelista.

—Magnífico. Lo que yo buscaba. ¡Qué suerte! —le oyeron decir.

Sacó una libreta y apuntó cuidadosamente alguna observación. Luego reanudó la marcha a buen paso, canturreando una tonadilla.

Se dirigió finalmente hacia Bloomsbury y, al volver la cabeza, sus seguidores le vieron mover los labios.

—Algo debe de pasarle —advirtió Jane—. Está como preocupado y habla sin darse cuenta.

Mientras esperaba para cruzar un semáforo con la luz roja, Norman y Jane pudieron comprobarlo.

Era cierto, el señor Clancy hablaba a solas con el rostro demudado. Y Norman y Jane pillaron algunas de sus palabras:

—¿Por qué no habla ella? ¿Qué le ocurre? Tiene que haber alguna razón.

Luz verde. Cuando llegaron casi juntos a la acera de enfrente, el señor Clancy decía:

—Ahora ya lo veo. ¡Claro! ¡Por eso tiene que ser silenciada!

Jane asió el brazo de Norman con todas sus fuerzas. El señor Clancy avanzaba ahora a grandes zancadas, arrastrando lastimosamente su abrigo, totalmente ajeno a que alguien pudiera

seguirle.

Por fin, con desconcertante brusquedad, se detuvo ante un portal, lo abrió con su llave y desapareció en su interior.

Norman y Jane se miraron sorprendidos.

—Es su casa —explicó Norman—. El 47 de Cardington Square. Son las señas que declaró en la encuesta.

—¡Oh, bueno! —exclamó Jane—. Tal vez vuelva a salir. Y en cualquier caso, le hemos oído decir algo interesante. Ahora sabemos que habría que silenciar a una mujer, y que otra no hablará. ¡Oh, querido! Esto parece una terrible novela policíaca.

De la sombra salió una voz:

—Buenas noches.

Quien así hablaba se les acercó. Y un magnífico bigote se iluminó a la luz de una farola.

—*Eh bien*. Magnífica noche para salir de caza, ¿verdad? —exclamó Hércules Poirot.

Capítulo XV

En Bloomsbury

Los dos jóvenes se llevaron un susto tremendo, pero Norman Gale fue el primero en sobreponerse.

—Pero vaya, si es *monsieur*… *monsieur* Poirot. ¿Todavía trata usted de justificar su inocencia, *monsieur* Poirot?

—¡Ah! ¿Recuerda usted nuestra conversación? ¿Y sospecha usted del pobre señor Clancy?

—Usted también —dijo Jane—. Si no, no estaría aquí.

El belga se volvió a mirarla pensativo.

—¿Se ha detenido usted a pensar alguna vez en el asesinato, *mademoiselle*? Quiero decir si ha pensado en él de una manera abstracta, a sangre fría, sin apasionamiento.

—No creo que me haya puesto a pensar en eso hasta hace poco —contestó Jane.

—Claro —asintió Poirot—, lo ha hecho ahora porque le ha afectado personalmente. Pero yo hace ya muchos años que estudio el crimen. Tengo mi propia forma de ver las cosas. ¿Qué diría usted que es lo más importante a tener en cuenta cuando se trata de resolver un asesinato?

—Descubrir al asesino —apuntó Jane.

—La justicia —opinó Norman.

Poirot meneó la cabeza.

—Hay cosas más importantes que encontrar al asesino. Justicia es una palabra muy bonita, pero a veces es difícil adivinar qué se quiere expresar con ella. En mi opinión, lo más importante es absolver al inocente.

—¡Oh, naturalmente! —concedió Jane—. Eso no hay ni que decirlo. Si alguien es acusado falsamente…

—Ni siquiera eso. Aunque no medie acusación. Mientras no se pruebe sin ningún género de duda la culpabilidad de una persona, todos cuantos se relacionan con ese crimen están expuestos a sufrir de un modo u otro.

—¡Qué cierto es esto! —exclamó Norman Gale con énfasis.

—¡Si lo sabremos nosotros! —remachó Jane.

Poirot les observó en silencio.

—Comprendo. Ya lo han descubierto por ustedes mismos.

De pronto, mostró cierta impaciencia.

—Vamos, que tengo mucho que hacer. Ya que los tres nos proponemos lo mismo, podríamos combinar nuestras fuerzas. Ahora iba a visitar a nuestro ilustre amigo, el señor Clancy, y quisiera proponer a *mademoiselle* que me acompañe en calidad de secretaria. Aquí tiene, *mademoiselle*, un cuaderno y un lápiz para la taquigrafía.

—Yo no sé taquigrafía —contestó Jane.

—Me lo figuro. Pero tiene usted lo más importante: es lista y puede fingir que sabe, garabateando cualquier cosa en su cuaderno, ¿no? Bueno. En cuanto al señor Gale, propongo que se reúna con nosotros dentro de una hora. ¿Dónde quedamos? ¿En el Monseigneur, arriba? *Bon*! Allí compararemos nuestras notas.

Adelantándose sin más, tocó el timbre.

Un tanto perpleja, Jane le siguió, sujetando el cuaderno bajo el brazo.

Gale abrió la boca para protestar, pero enseguida cambió de idea.

—De acuerdo. Dentro de una hora en el Monseigneur.

Y se marchó.

Vestida de riguroso luto, una señora de mediana edad, de aspecto vulgar, les abrió la puerta.

—¿El señor Clancy? —preguntó Poirot.

La mujer dio un paso atrás y Poirot y Jane entraron.

—¿A quién anuncio, señor?

—El señor Hércules Poirot.

La severa mujer los condujo escaleras arriba hasta una salita del primer piso.

—El señor Erkule Prott —anunció.

Poirot comprendió enseguida que estaba justificada la declaración prestada por el señor Clancy en Croydon, de que no era un hombre muy organizado. La sala, muy espaciosa, con tres ventanas en una de las paredes y anaqueles y librerías en las demás, era un caos. Había papeles esparcidos por todas partes, carpetas, plátanos, botellas de cerveza, libros abiertos, cojines, un trombón, varias porcelanas, litografías y un verdadero arsenal de estilográficas.

En medio de esta confusión, el señor Clancy se afanaba en manipular una cámara y un carrete de película.

—¡Caramba! —exclamó, levantando la cabeza cuando le anunciaron la visita. Al dejar la cámara a un lado, la película rodó por los suelos desenrollándose por completo, mientras el dueño se adelantaba con la mano extendida—. Encantado de verles. Entren ustedes.

—Supongo que me recuerda —comenzó Poirot—. Le presento a mi secretaria, señorita Grey.

—¿Cómo está usted, señorita Grey? —estrechó la mano de la muchacha y luego se volvió a mirar a Poirot—. Vaya, pues claro que le recuerdo. ¿Dónde nos vimos la ultima vez? ¿En el Club de la Calavera?

—Fuimos compañeros de viaje en un vuelo de París a Londres, en cierta ocasión fatal.

—¡Pues claro! ¡Y la señorita Grey también! Pero no sabía yo que fuese su secretaria. Es decir, que me parecía haber oído que estaba empleada en un salón de belleza o algo por el estilo.

Jane miró con aprensión a Poirot.

Este último se mostró a la altura de las circunstancias.

—Y está en lo cierto. Como eficiente secretaria que es, la señorita Grey ha de dedicarse de vez en cuando a trabajos de otra índole, ¿comprende usted?

—Claro —respondió el señor Clancy—. Se me olvidaba. Es usted un detective, y de los buenos. No como los de Scotland Yard. Investigador privado. Siéntese, señorita Grey. No, ahí, no. Creo haber visto rastros de zumo de naranja en esa silla. Si quito esta carpeta… ¡Vaya! Todo se cae en esta casa. No importa. Siéntese usted aquí, *monsieur* Poirot. ¿No me equivoco? ¿Poirot? El respaldo no está roto. Sólo cruje un poco cuando uno se apoya en él. Bien,

acaso sea prudente no forzarlo mucho. Sí, un investigador privado como mi Wilbraham Rice. El público está entusiasmado con Wilbraham Rice, un tipo que se muerde las uñas y come un montón de plátanos. No sé por qué hice que se mordiera las uñas al principio, es de bastante mal gusto, pero ya está. Empezó por morderse las uñas y ahora ha de continuar así en todos mis libros. Siempre lo mismo. Los plátanos no están mal, se prestan a escribir algunas bromas divertidas: criminales que resbalan con las pieles. Yo también como plátanos, por eso los tengo en la cabeza. Pero no me muerdo las uñas. ¿Un poco de cerveza?

—No, gracias.

El señor Clancy suspiró, tomó asiento a su vez y se quedó mirando con seriedad a Poirot.

—Supongo que debo su visita al asesinato de Giselle. Ese caso me ha hecho reflexionar mucho. Diga usted lo que quiera, pero para mí es asombroso. Dardos envenenados lanzados con cerbatana en un avión. Una idea que yo había explotado, como le dije, para un libro y para un cuento. Fue una coincidencia muy chocante, pero he de confesarle, *monsieur* Poirot, que me dejó impresionado, hondamente impresionado.

—No es extraño que el crimen le intrigase a usted desde el punto de vista profesional, señor Clancy.

Los ojos del señor Clancy fulguraron.

—Exacto. Cualquiera diría que hasta la policía tendría que comprenderlo. Pues nada de eso. No he cosechado más que sospechas, tanto del inspector como en la encuesta. Hago cuanto puedo para ayudar a la justicia y, por todo agradecimiento por las molestias, se obstinan en sospechar de mí.

—De todos modos —observó Poirot sonriendo—, no parece que eso le afecte mucho.

—¡Ah! —exclamó el señor Clancy—. Pero ha de saber usted que tengo mis métodos, Watson. Perdóneme si le llamo Watson. No lo hago con ánimo de ofenderlo. Es muy interesante ver cómo ha resistido la técnica del amigo bobo. Personalmente, pienso que las novelas de Sherlock Holmes han sido enormemente sobrevaloradas. Hay que ver las falacias… las asombrosas falacias que hay en esas historias. Pero ¿qué estaba diciendo?

—Decía que tiene usted sus métodos.

—¡Ah, sí! Voy a poner a ese inspector… ¿cómo se llama…? ¿Japp? Sí, voy a ponerlo en mi próximo libro. Ya verá cómo lo trata Wilbraham Rice.

—Entre plátano y plátano, como quien dice.

—Entre plátano y plátano. Eso está muy bien —confirmó el señor Clancy riendo entre dientes.

—Tiene usted una gran ventaja como escritor, *monsieur* —observó Poirot—. Puede desahogar sus sentimientos con la palabra escrita. Tiene usted la fuerza de su pluma contra sus adversarios.

El señor Clancy se acomodó suavemente en su silla.

—¿Sabe usted que empiezo a creer que este asesinato va a ser una suerte para mí? Estoy escribiendo todo exactamente como pasó, aunque en forma de novela, claro está, y lo titularé *El caso del avión de pasajeros*. Con retratos perfectos de todos ellos. Se venderá como churros, si consigo sacarlo a tiempo.

—¿No será perseguido por calumnias o algo así? —preguntó Jane.

El señor Clancy le dirigió una mirada sonriente.

—No, no, mi querida señorita. Claro que si atribuyese el asesinato a uno de los pasajeros, podría verme perseguido por daños y perjuicios. Pero eso será precisamente la parte más interesante: la más inesperada solución se dará en el último capítulo.

Poirot se inclinó hacia delante, muy interesado.

—¿Y qué solución piensa usted dar?

El señor Clancy volvió a reír entre dientes.

—Ingeniosa. Ingeniosa y sensacional. Disfrazada de piloto, entra en el avión una muchacha en Le Bourget y logra ocultarse, sin que nadie la vea, bajo el asiento de *madame* Giselle. Lleva consigo una botella de un nuevo gas. Lo deja escapar y todo el mundo pierde el conocimiento durante tres minutos. Ella sale del escondite, arroja la flecha envenenada y se lanza al espacio con paracaídas por la puerta trasera del avión.

Jane y Poirot pestañearon.

—¿Cómo es que a ella no le hace perder también el conocimiento ese gas? —preguntó Jane.

—Usa careta antigás —explicó el señor Clancy.

—¿Y se tira sobre el canal de la Mancha?

—No es preciso que sea el Canal. La haré descender sobre la costa de Francia.

—Pero, de todos modos, es imposible que nadie se esconda bajo un asiento. No hay bastante espacio.

—En mi avión, lo habrá —aseguró el señor Clancy con firmeza.

—*Epatant*! —exclamó Poirot—. ¿Y el motivo que movió a esa dama?

—Aún no lo tengo bien decidido —explicó Clancy reflexivamente—. Probablemente, la muchacha quiso vengarse de Giselle por haber causado la ruina de su amante, que se suicidó.

—¿Y de dónde sacó el veneno?

—Este punto es el más ingenioso —explicó Clancy—. La muchacha es una encantadora de serpientes y extrae el veneno de su pitón favorita.

—*Mon Dieu*! —exclamó Hércules Poirot—. ¿No cree usted que eso resulta un poco demasiado sensacionalista?

—No puedo escribir nada que sea demasiado sensacionalista —contestó con firmeza el señor Clancy—, y menos después de haberme tropezado con dardos envenenados de los indios sudamericanos. Ya sé que en realidad se utilizó veneno de serpiente, pero en el fondo es lo mismo. Además, no pretenderá usted que en una novela policíaca pasen las cosas exactamente igual que en la vida real. No hay más que leer los periódicos, insípidos hasta que se te caen de las manos.

—Vamos, *monsieur*, ¿le parece a usted que nuestro asunto se cae de las manos?

—No —convino el señor Clancy—. A veces, hasta pienso que no ha sucedido realmente.

Poirot acercó su crujiente asiento a su anfitrión y le dijo en tono confidencial:

—*Monsieur* Clancy, es usted un hombre de talento y de imaginación. La policía, como usted dice, le mira con recelo, no ha solicitado su opinión y su consejo. Pero yo, Hércules Poirot, deseo consultarle.

El señor Clancy se ruborizó de satisfacción.

—Es usted muy amable.

—Ha estudiado usted criminología y su opinión será valiosa. Tengo sumo interés en saber quién, en opinión de usted, cometió el

crimen.

—Bien. —El señor Clancy vaciló, cogió maquinalmente un plátano y empezó a comérselo. Cuando hubo acabado, meneó la cabeza pensativamente y respondió—: Usted comprenderá, *monsieur* Poirot, que eso es una cosa completamente distinta. El que escribe puede elegir como autor del crimen a la persona que le convenga, pero en la realidad es una persona determinada y uno no puede barajar los hechos a su capricho. Temo que en la vida real yo sería un pésimo detective.

Meneó la cabeza con tristeza y echó la piel de plátano al fuego.

—¿No le parece que sería entretenido estudiar el caso juntos?

—¡Oh! Eso sí.

—Para empezar, suponiendo que tuviera usted que adivinar el autor del crimen, ¿a quién elegiría?

—¡Ah! Bien, yo creo que a uno de los dos franceses.

—¿Por qué?

—Porque ella era francesa. Y es lo que me parecía más probable. Además, se sentaban al otro lado, muy cerca de la víctima. Pero realmente no lo sé.

—Eso, en gran parte —advirtió con suficiencia Poirot—, depende del motivo.

—Claro, claro. Supongo que habrá usted clasificado científicamente todos los motivos.

—Soy muy anticuado en mis métodos. Me atengo al antiguo adagio: busca a quién beneficia el crimen.

—Eso está muy bien —asintió el señor Clancy—, pero opino que es algo difícil en este caso. Hay una hija que hereda, según tengo entendido. Pero son muchas las personas que iban en el avión que pueden salir beneficiadas con el crimen, todas las que le debiesen un dinero que ya no tendrían que devolver.

—Cierto —aceptó Poirot—. Y aún puedo imaginar otras soluciones. Supongamos que *madame* Giselle conociera algún secreto, un asesinato frustrado, por ejemplo, cometido por una de esas personas.

—¿Un asesinato frustrado? ¿Por qué eso precisamente? ¡Qué idea tan curiosa!

—En casos tan extraños como este, hay que suponerlo todo.

—¡Ah! Pero no basta suponerlo. Hay que saberlo.

—Tiene usted razón, tiene usted razón. Una advertencia muy justa.

Luego Poirot insinuó a bocajarro:

—Le ruego me disculpe, pero esta cerbatana que usted compró…

—¡Maldita cerbatana! —exclamó el señor Clancy—. ¡Ojalá nunca la hubiera mencionado!

—¿Dijo usted que la compró en una tienda de Charing Cross? ¿Recuerda por casualidad el nombre de la tienda?

—¡Ah! Tal vez sea Absolom o Mitchell & Smith. No me acuerdo. Pero ya le he dicho todo esto a ese inspector latoso. A estas horas, ya debe de haberlo comprobado.

—Bien, pero yo lo pregunto por otra razón. Deseo adquirir un chisme de esos para hacer un experimento.

—¡Ah! Ya comprendo. Pero no creo que encuentre usted lo que busca. Esos objetos no se fabrican en serie, ya sabe usted.

—De todos modos, puedo intentarlo. ¿Será usted tan amable, señorita Grey, de tomar nota de esos dos nombres?

Jane abrió su cuaderno y trazó, con una soltura profesional, unos cuantos signos. Luego, como si se entretuviese con el lápiz, escribió los nombres en el reverso de la hoja, por si le hacía falta recordarlos en caso de que las instrucciones de Poirot fueran sinceras.

—Y ahora —concluyó Poirot—, ya le he robado demasiado tiempo. No tengo más que despedirme, dándole mil gracias por su amabilidad.

—No hay de qué, no hay de qué. Me gustaría que comiesen ustedes un plátano.

—Es usted muy amable.

—Nada de eso. Debo confesarles que estoy muy contento esta noche. Me había atascado en un relato corto que estoy escribiendo. La cosa no marchaba, no encontraba un nombre apropiado para el delincuente. Buscaba algo que tuviera cierto sabor. Pues bien, es cuestión de un poco de suerte, y esta noche encontré lo que buscaba sobre la puerta de una carnicería: Pargiter. Ése es el nombre que me hacía falta. Suena bien al oído y sugiere algo. Además, al cabo de cinco minutos, solucioné otro problema. Siempre hay nudos que desatar en una historia: ¿por qué no habla la muchacha? El chico quiere que hable y ella asegura que tiene los labios sellados. Nunca

se encuentra una razón aceptable, claro está, para que una muchacha no lo cuente todo de sopetón, pero uno está obligado a idear algo mejor que una solemne idiotez. ¡Por desgracia, cada vez tiene que ser algo diferente!

Sonrió mirando a Jane.

—¡Las pruebas por las que ha de pasar un escritor!

Se apartó para acercarse a una librería.

—Me permitirán, al menos, que les dé una cosa.

Volvió con un libro en la mano.

—*El caso del pétalo escarlata*. Creo que ya conté en Croydon que este libro trata de flechas indígenas envenenadas.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

—Nada de eso. Ya veo —advirtió de pronto, dirigiéndose a Jane —, que no usa usted el sistema taquigráfico de Pitman.

Jane se ruborizó hasta las orejas. Poirot corrió en su ayuda.

—La señorita Grey es muy moderna. Usa un sistema más reciente inventado por un checoslovaco.

—¿Qué le parece? Ha de ser un país sorprendente, Checoslovaquia. Todo parece venir de allí, zapatos, cristalería, guantes, y sólo faltaba un sistema de taquigrafía. ¡Es sorprendente!

Estrechó la mano a los dos.

—Me gustaría haberle podido ser más útil.

Lo dejaron en mitad de la desordenada sala, sonriendo pensativamente tras ellos.

Capítulo XVI

Plan de campaña

Frente a la puerta del señor Clancy, subieron a un taxi que los llevó al Monseigneur, donde se reunieron con Norman Gale.

Poirot encargó un *consommé* y un *chaud-froid* de pollo.

—¿Y bien? —preguntó Norman—, ¿cómo les ha ido?

—La señorita Grey ha representado a la perfecta secretaria.

—No creo haberlo hecho muy bien —protestó Jane—. Se fijó en mis garabatos cuando pasó por detrás de mí. Ese hombre debe ser muy observador.

—¡Ah! ¿Lo ha notado usted? Nuestro buen amigo el señor Clancy no es tan distraído como podría uno imaginarse.

—¿Deseaba usted realmente tener estas señas? —preguntó ella.

—Creo que pueden ser útiles, sí.

—Pero si la policía…

—¡Oh! ¡La policía! Yo no preguntaré lo que la policía habrá preguntado. Y tengo mis dudas de que haya hecho alguna pregunta. Ya saben que la cerbatana hallada en el avión fue adquirida en París por un norteamericano.

—¿En París? ¿Por un norteamericano? ¡Pero si no había ningún norteamericano en el avión!

Poirot le sonrió con benevolencia.

—Precisamente. Ahora aparece un norteamericano para complicar las cosas. *Voilà tout.*

—Pero ¿la compró un hombre? —preguntó Norman.

Poirot lo miró con extraña expresión.

—Sí —contestó—, la compró un hombre.

Norman se mostró sorprendido.

—De todos modos —señaló Jane—, no fue el señor Clancy. Éste ya tenía una y no necesitaba otra para nada.

Poirot asintió.

—Así es como hay que proceder. Se sospecha de todos por turno y luego se tacha su nombre de la lista.

—¿Cuántos nombres ha tachado usted? —preguntó Jane.

—No tantos como podría figurarse, *mademoiselle* —contestó Poirot guiñando un ojo—. Eso depende del motivo, ¿sabe usted?

—¿Se han encontrado…? —Norman Gale se contuvo, y añadió a modo de excusa—: No quiero inmiscuirme en secretos oficiales, pero ¿no hay datos de los negocios de esa mujer?

Poirot meneó la cabeza.

—Todos los documentos han sido quemados.

—Es una lástima.

—*Evidemment*! Pero parece que *madame* Giselle mezclaba un poco de chantaje con su profesión de prestamista, y esto amplía el campo de las conjeturas. Supongamos, por ejemplo, que *madame* Giselle tuviese pruebas de cierto acto criminal, pongamos por ejemplo, de un intento de asesinato.

—¿Hay algún motivo para suponer semejante cosa?

—Ya lo creo —contestó Poirot con calma—. Es una de las pocas pruebas documentales que tenemos en este caso.

Tras observar detenidamente la expresión de interés de la pareja, lanzó un suspiro.

—Bueno, eso es todo. Hablemos de otra cosa, por ejemplo, del efecto que ha producido en la vida de ustedes dos esta tragedia.

—Es horrible decirlo, pero yo he salido muy beneficiada —contestó Jane. Contó su aumento de sueldo.

—Como usted dice, *mademoiselle*, ha salido beneficiada, pero probablemente ese beneficio será transitorio. Esa admiración que despierta su relato no durará más que una semana. Téngalo presente.

—Es cierto —exclamó Jane riendo.

—Me temo que, en mi caso, el efecto durará más de una semana —observó Norman.

Explicó su situación. Poirot le escuchaba compasivo.

—Como usted dice —advirtió pensativo—, eso durará más de

siete días. Puede durar semanas y meses. Los golpes de efecto duran poco, pero el miedo persiste durante largo tiempo.

—¿Le parece a usted que debo abandonar mi consultorio?

—¿Tiene usted otro plan?

—Sí, liquidarlo todo. Largarme al Canadá o a cualquier parte y empezar de nuevo.

—Eso sería una lástima —señaló Jane con firmeza.

Norman la miró. Con sumo tacto, Poirot se enfrascó con el pollo.

—No es que yo desee hacerlo —protestó Norman.

—Si yo descubro quién mató a Madame Giselle, usted no tendrá que irse —le aseguró Poirot, animándole.

—¿Cree usted que lo conseguirá? —preguntó Jane.

Poirot le dirigió una mirada de reproche.

—Si se estudia un problema con orden y método, no debe haber dificultad alguna para resolverlo, ninguna en absoluto —afirmó Poirot severamente.

—Ya comprendo —aseguró Jane sin comprender nada.

—Pero yo llegaré a la solución de este problema con más rapidez si me ayudan —aseguró Poirot.

—¿Qué clase de ayuda?

Poirot guardó silencio unos instantes.

—La ayuda del señor Gale. Y, tal vez después, la ayuda de usted.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Norman.

—No le gustará —le advirtió.

—¿De qué se trata? —insistió el muchacho, impaciente.

Delicadamente, para no ofender la sensibilidad de un inglés, Poirot se entretuvo con un mondadientes.

—Francamente, lo que necesito es un chantajista.

—¡Un chantajista! —exclamó Norman, mirando a Poirot como quien no da crédito a sus oídos.

Poirot asintió.

—Eso precisamente: un chantajista.

—¿Y para qué?

—*Pardieu*! Para chantajear a alguien.

—Sí, pero quiero decir ¿a quién? ¿Por qué?

—¿Por qué? Eso es cosa mía. En cuanto a quién… —hizo una pausa y luego prosiguió hablando como quien propone un negocio normal—: Le explicaré en pocas palabras cuál es mi plan. Escribirá

usted una carta a la condesa de Horbury. Es decir, la escribiré yo, y usted la copiará. Debe hacer constar que es «personal». En la carta le pedirá una entrevista. Le recordará usted el viaje que hizo a Inglaterra en cierta ocasión. Se referirá también a ciertos negocios realizados con *madame* Giselle, negocios que han pasado a sus manos.

—Y luego, ¿qué?

—Luego le concederá a usted una entrevista. Irá usted a verla y le dirá ciertas cosas. Ya le daré las debidas instrucciones. Le exigirá… déjeme pensar… diez mil libras.

—¡Está usted loco!

—En absoluto —rechazó Poirot—. Seré todo lo raro que usted quiera, pero no loco.

—Y, si *lady* Horbury avisa a la policía, me meterán en la cárcel.

—No llamará a la policía.

—Usted no lo sabe.

—*Mon cher*, hablando en plata, yo lo sé todo.

—No obstante, no me gusta.

—No hace falta que se quede usted con las diez mil libras, si es que eso lo que ha de pesar en su conciencia —señaló Poirot con un guiño.

—Sí, pero usted comprenderá, *monsieur* Poirot, que es una misión que puede arruinar mi vida.

—Ta… ta… ta… la dama no avisará a la policía, se lo aseguro yo.

—Puede decírselo a su marido.

—No se lo dirá.

—Esto no me gusta.

—¿Le gusta perder su clientela y estropear su carrera?

—No, pero…

Poirot le sonrió amablemente.

—Siente usted una repugnancia natural, ¿verdad? Era de esperar. Usted es todo un caballero, pero le aseguro que *lady* Horbury no merece ser objeto de tan delicados sentimientos. Para decirlo más claramente, es una buena arpía.

—De todos modos, no puede ser una asesina.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque nosotros la habríamos visto. Jane y yo

estábamos justo al otro lado del pasillo.

—Es usted un hombre lleno de prejuicios. Pero yo deseo resolver el asunto y, para eso, tengo que saber.

—No me gusta la idea de chantajear a una mujer.

—¡Ah, *mon Dieu*, hay que ver lo que conllevan ciertas palabras! No habrá chantaje. Sólo tendrá usted que producir un determinado efecto. Luego, cuando usted haya preparado el terreno, me presentaré yo.

—Si por su culpa me meten en la cárcel…

—Que no, que no. Me conocen muy bien en Scotland Yard. Si sucediera algo, yo me haría responsable. Pero no pasará nada, sino lo que le he dicho.

Norman se rindió lanzando un suspiro de resignación.

—Está bien. Lo haré, pero no me gusta ni pizca.

—Bueno. Le diré lo que tiene que escribir. Coja un lápiz.

Le dictó la carta despacio.

—*Voila*. Luego le daré instrucciones sobre lo que debe decir. Dígame, *mademoiselle*, ¿va usted alguna vez al teatro?

—Sí, con frecuencia —contestó Jane.

—Bien. ¿Ha visto, por ejemplo, una comedia titulada *En lo más profundo*?

—Sí, la vi hace cosa de un mes. Está bastante bien.

—Es una comedia norteamericana, ¿verdad?

—Sí.

—¿Recuerda usted el papel de Harry, representado por el señor Raymond Barraclough?

—Sí. Lo hacía muy bien.

—Le es simpático ese actor, ¿no es cierto?

—Es arrebatador.

—¡Ah! *Il est sex appeal*?

—Por completo —confirmó Jane riendo.

—¿No es más que eso, o es también un buen actor de teatro?

—¡Oh! Me gusta mucho su manera de trabajar.

—Tendré que ir a verle —señaló Poirot.

Jane le miró sorprendida. ¡Qué hombrecillo tan raro era aquel belga, saltando de un asunto a otro como un pajarito de rama en rama!

Tal vez él leía sus pensamientos, porque le sonrió, diciendo:

—¿No está de acuerdo conmigo, *mademoiselle*? ¿No aprueba mis métodos?

—Da usted muchos saltos.

—No es eso. Sigo mi camino con orden y método, paso a paso. No hay que lanzarse nunca de un salto a una conclusión. Hay que ir eliminando.

—¿Eliminando? ¿Eso es lo que usted hace? —preguntó Jane. Pensativa, prosiguió—: Ya veo. Ha eliminado usted al señor Clancy.

—Tal vez —respondió Poirot.

—Y nos ha eliminado a nosotros, y ahora acaso se propone eliminar a *lady* Horbury. ¡Oh!

Calló, como si se le ocurriera una idea terrible.

—¿Qué le pasa, *mademoiselle*?

—Eso que ha dicho usted de un intento de asesinato. ¿Es una prueba?

—Es usted muy perspicaz, *mademoiselle*. Sí, forma parte de la pista que persigo. Hablo del intento de asesinato y observo al señor Clancy, la observo a usted, observo al señor Gale, y en ninguno de los tres descubro el menor cambio, ni un leve pestañeo. Y permita que le diga que no se me puede engañar en eso. Un asesino puede estar preparado para afrontar cualquier ataque previsto. Pero esta anotación en un librito no podía ser conocida por ninguno de ustedes. De modo que, ya ve usted, estoy satisfecho.

—Pero es usted una persona horrible, *monsieur* Poirot —exclamó Jane—. No comprendo por qué tiene que decir estas cosas.

—Muy sencillo. Porque necesito averiguar cosas.

—Supongo que tendrá usted unos medios muy ingeniosos para averiguarlas.

—No hay más que una manera.

—¿Y cuál es?

—Dejar que la gente se las diga a uno.

Jane se echó a reír.

—¿Y si se las quieren callar?

—A todo el mundo le gusta hablar de sí mismo.

—Supongo que sí —convino Jane.

—Así es como ha hecho fortuna más de un curandero. Invitan al paciente a que se siente y les cuente cosas. Que si se cayó del cochecito a los dos años, que si su madre, comiendo fruta, se

manchó el vestido un día, que si al año y medio tiraba a su padre de las barbas. Y luego el curandero le dice que ya no sufrirá más de insomnio y pide dos guineas, y el paciente se va muy contento, contentísimo, y quizá duerma bien aquella noche.

—¡Qué ridículo!

—No, no es tan ridículo como usted se figura. Se basa en una necesidad fundamental de la naturaleza humana, en la necesidad de hablar, de revelarse uno a los demás. A usted misma, *mademoiselle*, ¿no le gusta recordar su infancia, recordar a sus padres?

—Eso no tiene el menor sentido en mi caso. Crecí en un orfanato.

—¡Ah! Eso es diferente. No es agradable.

—¡Oh! No era uno de esos orfanatos tétricos que sacan a los niños a pasear con ropitas del mismo color y hechura. Era uno muy alegre y divertido.

—¿Era en Inglaterra?

—No, en Irlanda, cerca de Dublín.

—Así pues, es usted irlandesa. Por eso tiene ese pelo rojo y esos ojos gris azulado, con esa mirada…

—Como si se los hubieran pintado con los dedos tiznados —acabó Norman alegremente.

—*Comment*? ¿Qué ha dicho usted?

—Es un dicho sobre los ojos irlandeses. Dicen que se los han pintado con los dedos tiznados.

—¿De veras? No es muy elegante, pero lo expresa muy bien. —Se inclinó hacia Jane—. El efecto es muy hermoso, *mademoiselle*.

Jane se rió al levantarse.

—Usted me lleva de cabeza, *monsieur* Poirot. Buenas noches y gracias por la cena. Y tendrá que invitarme otra vez, si Norman va a la cárcel por chantajista.

El rostro de Norman se ensombreció al oír aquello.

El detective se despidió de los dos jóvenes, deseándoles buenas noches.

Al llegar a casa, abrió un cajón y de él sacó una lista que contenía once nombres.

Trazó una cruz ante cuatro de aquellos nombres. Luego meneó la cabeza titubeando.

—Me parece que ya lo sé —murmuró para sí—. Pero quiero

estar muy seguro. *Il faut continuer*.

Capítulo XVII

En Wandsworth

El señor Mitchell estaba dando cuenta de un plato de salchichas cuando le anunciaron que un caballero deseaba verle.

El camarero se sorprendió al enterarse de que la visita era nada menos que el señor bigotudo, que era uno de los pasajeros del avión en aquel viaje fatal.

Monsieur Poirot se mostró muy afable y cortés, insistiendo en que el señor Mitchell siguiera con su cena y deshaciéndose en cumplidos con la señora Mitchell, que lo contemplaba boquiabierta.

Aceptó una silla, comentó que hacía mucho calor para lo avanzado del año y, poco a poco, entró en el tema de su visita.

—Me parece que Scotland Yard progresa muy poco en las indagaciones del caso.

Mitchell meneó la cabeza.

—Es un asunto asombroso, señor. No sé qué van a descubrir. Si ninguno de los que estábamos en el avión vimos nada, va a ser muy difícil para los que no estaban allí.

—Muy cierto lo que dice.

—Henry está muy preocupado por lo sucedido —apuntó la mujer—. No puede dormir por las noches.

El camarero se explicó:

—Es terrible, pero no me lo puedo quitar de la cabeza. La compañía se ha portado muy bien conmigo, porque le confieso que, al principio, temí que podría perder el puesto.

—No podían despedirte, Henry. Eso no hubiera estado bien.

La mujer hablaba con resuelto convencimiento. Era una señora

alta y robusta, de ojos saltones y negros.

—No siempre salen tan bien las cosas, Ruth. Incluso han salido mejor de lo que esperaba. No me han echado las culpas, pero me sentía culpable. Ya me comprende. Después de todo, yo era el encargado.

—Me doy cuenta de sus sentimientos —observó Poirot en tono comprensivo—. Pero le aseguro que es usted muy puntilloso con su conciencia. Nada de lo sucedido es culpa suya.

—Eso le digo yo, señor —medió la señora Mitchell.

Mitchell meneó de nuevo la cabeza.

—Pero yo debía haber advertido que la señora estaba muerta mucho antes. Si hubiera procurado despertarla la primera vez que le presenté la cuenta…

—No hubiera habido diferencia. Según los médicos, la muerte fue instantánea.

—No hace más que darle vueltas al caso —intervino la mujer—. Yo le digo que no piense más en eso. Cualquiera adivina las razones que tienen los extranjeros para matarse unos a otros y ¡qué quiere que le diga!, haber hecho eso a bordo de un avión británico es de mala ley.

Acabó la frase con un indignado bufido patriótico. Mitchell meneó la cabeza perplejo.

—El crimen pesa sobre mí, por decirlo así. Cuando estoy de servicio, estoy con unos nervios… Y esos señores de Scotland Yard no paran de preguntarme si noté algo anormal durante el viaje o si ocurrió algo insólito. Temo haberme olvidado de algo, aunque estoy seguro de que no. Fue aquel el viaje más normal hasta… hasta que ocurrió aquello.

—Cerbatanas y flechas paganas, como yo les llamo —señaló la señora Mitchell.

—Tiene usted razón —aceptó Poirot, dirigiéndose a ella con un aire de sorpresa ante la observación—. Un asesinato británico no se comete así.

—Tiene razón, señor.

—Me parece, señora Mitchell, que adivinaría de qué parte de Inglaterra es usted.

—De Dorset, señor. No muy lejos de Bridport. De allí soy.

—Exacto. Un adorable rincón del mundo.

—Sí que lo es. Londres no se puede comparar con Dorset. Mi familia hace casi doscientos años que se estableció en Dorset, y yo llevo Dorset en la sangre, como se diría.

—Sí, no hay duda —y Poirot se volvió de nuevo hacia el camarero—. Me gustaría preguntarle una cosa, Mitchell.

Las cejas del camarero se contrajeron.

—Ya he dicho todo lo que sabía, señor. ¿Qué más puedo decir?

—Sí, sí, no se trata más que de una tontería. Me gustaría saber si vio algo fuera de lugar en la bandeja de *madame* Giselle.

—¿Quiere decir cuando… cuando descubrí…?

—Sí, cualquier cosa… cucharas y tenedores, el salero… cualquier cosa.

El camarero meneó la cabeza.

—No había nada de eso. Todo fue retirado para servir el café. Yo no noté nada, y debería haberlo hecho. Estaba demasiado aturdido. Pero la policía lo sabrá, porque examinó minuciosamente todo el avión.

—Está bien —aceptó Poirot—. No importa. De todos modos tengo que hablar con Davis, su compañero.

—Ahora hace el vuelo de las ocho cuarenta y cinco, señor.

—¿Le ha impresionado mucho el asunto?

—¡Oh! Verá usted, hay que tener en cuenta que es muy joven. Si le he de decir la verdad, casi le ha divertido. Está emocionado y todo el mundo le invita a tomar copas para oírle contar el caso.

—¿Sabe usted si tiene novia? —preguntó Poirot—. Sin duda le impresionaría mucho saber que estaba relacionado con un crimen.

—Corteja a la hija del viejo Johnson, el de Crown and Feathers —señaló la señora Mitchell—. Pero es una muchacha muy juiciosa y tiene la cabeza muy bien sentada. Le disgusta verse mezclada en un asesinato.

—Es un punto de vista muy respetable —concedió Poirot levantándose—. Bueno, gracias, señor Mitchell, créame, no piense más en eso.

Cuando se hubo ido, Mitchell le dijo a su mujer:

—¡Y pensar que aquellos bobos del jurado creyeron que lo había hecho él! Si quieres que diga lo que pienso, creo que pertenece a la policía secreta.

—Si quieres que lo diga yo —replicó la mujer—, detrás de todo

eso andan los bolcheviques.

Poirot había dicho que hablaría con el otro camarero, con Davis. Y he aquí que no transcurrirían muchas horas sin que satisficiera sus deseos en el bar del Crown and Feathers.

Le preguntó lo mismo que a Mitchell.

—Nada en desorden, no, señor. ¿Quiere usted decir si cada cosa estaba en su sitio?

—Quiero decir… bueno, si faltaba algo de su bandeja, por ejemplo, o si había en ella algo que no debiera estar.

—Algo de eso había. Me fijé cuando estaba recogiendo el servicio, después que la policía hiciese su trabajo, pero supongo que no se refiere usted a eso. Sólo que la difunta tenía dos cucharillas de café en su platillo. Esto pasa a veces cuando servimos con prisas. Me fijé porque hay una superstición al respecto. Dicen que dos cucharillas en un mismo plato significan boda.

—¿Faltaba la cucharilla en algún otro plato?

—No, señor, al menos no lo noté. Mitchell y yo debimos ponerla inadvertidamente, como sucede a veces. Yo mismo puse dos servicios de pescado hace cosa de una semana. Más vale eso que dejar la mesa incompleta, porque luego hay que correr a buscar otro cuchillo o lo que te hayas olvidado.

Poirot hizo aún otra pregunta, muy atrevida por cierto:

—¿Qué le parecen las muchachas francesas, Davis?

—Las inglesas son suficientemente buenas para mí, señor.

Dirigió una abierta sonrisa a una rubia y rolliza muchacha apostada tras la barra.

Capítulo XVIII

En Queen Victoria Street

El señor James Ryder se mostró sorprendido cuando le entregaron la tarjeta en que se leía el nombre de *monsieur* Hércules Poirot.

Aquel nombre le era familiar, aunque en aquel instante no podía recordar por qué. Y enseguida se dijo:

—¡Oh, aquel tipo! —y mandó al empleado que lo dejase pasar.

Monsieur Hércules Poirot apareció muy alegre, con un bastón en la mano y una flor en la solapa.

—Espero que me perdonará usted la molestia. Vengo por ese enojoso asunto del asesinato de *madame* Giselle.

—¿Sí? Bueno, ¿y qué pasa con eso? Siéntese, haga el favor. ¿Quiere un puro?

—No, gracias. No fumo más que mis cigarrillos. ¿Le apetece a usted uno?

Ryder miró los delgados cigarrillos de Poirot con aire de duda.

—Prefiero fumar de los míos, si no le importa. Temo que, a la menor distracción, me tragaría una cosa tan delgada —y rió de buena gana—. El inspector estuvo aquí hace unos días —prosiguió el señor Ryder cuando logró, por fin, encender su mechero—. ¡Qué gente tan molesta! ¡Valdría más que se ocuparan de sus asuntos!

—Es que necesitan informarse —puntualizó Poirot melosamente.

—Pero no veo por qué tienen que ofender a nadie para eso —replicó el señor Ryder con amargura—. Uno tiene sus sentimientos y ha de pensar en la reputación de su negocio.

—Quizá es usted algo quisquilloso.

—Me encuentro en una situación delicada —afirmó el señor

Ryder—. Figúrese que yo estaba justo frente a ella. Esto es sospechoso, supongo, pero no tengo yo la culpa de que me dieran ese asiento. Si hubiera sabido que iban a matar a esa mujer, no hubiera hecho el viaje en ese avión. Aunque no sé, tal vez sí.

Se quedó un momento pensativo.

—¿Acaso puede usted decir que no hay mal que por bien no venga? —le preguntó Poirot.

—Es curioso que me haga usted esa pregunta. Sí o no, según como se mire. Quiero decirle que me han molestado mucho, que me han colgado el sambenito y que se han insinuado ciertas cosas. ¿Y por qué yo, digo? ¿Por qué no van a molestar a ese doctor Hubbard o Bryant? Los médicos son los que entienden de venenos virulentos que no dejan huellas. ¿De dónde iba a sacar yo ese veneno de serpiente? ¿Me lo quiere decir?

—Decía usted que al lado de los inconvenientes…

—¡Ah, sí! Hay un lado bueno en todo esto. No me avergüenza confesarle que he ganado una bonita suma con la prensa. Declaraciones de un testigo presencial. Aunque podía más la imaginación del periodista que lo que yo declaraba, y al final no fue ni una cosa ni otra.

—Es interesante —comentó Poirot— cómo afecta un crimen a gente que nada tiene que ver con él. Usted mismo se gana de un modo inesperado una bonita suma, que a lo mejor le habrá venido bien en estos momentos.

—El dinero nunca molesta —afirmó el señor Ryder, dirigiendo a Poirot una intensa mirada.

—A veces lo necesitamos de un modo imperioso. Por el dinero los hombres estafan y roban. —Agitó las manos—. Y luego se complican las cosas.

—Bueno, no nos amarguemos la vida —añadió el señor Ryder.

—Cierto, ¿para qué contemplar las cosas en su aspecto más sombrío? Ese dinero le habrá venido muy bien, ya que en París no pudo obtener el préstamo.

—¿Cómo diablos sabe usted eso? —preguntó el señor Ryder molesto.

Hércules Poirot sonrió.

—Fuera como fuese, es cierto.

—Muy cierto, pero tengo mucho interés en que no se difunda.

—Le aseguro que soy la discreción en persona.

—Es curioso —masculló el señor Ryder— que una suma tan insignificante pueda salvar una empresa de la bancarrota. Una pequeña cantidad para ponerse de momento a cubierto de la crisis y, si uno no puede obtener esa pequeña cantidad, al diablo su crédito. Vaya, ¡es condenadamente raro! ¡El dinero es raro! ¡El crédito es raro! Convenga usted en que la vida es muy rara.

—Es una gran verdad.

—Y a propósito: ¿de qué quería usted hablarme?

—Es algo delicado. En el cometido de mi trabajo, me han llegado noticias de que, a pesar de sus negativas, tuvo usted tratos con esa Giselle.

—¿Quién se lo ha dicho? ¡Eso es mentira! ¡Nunca había visto a esa mujer!

—¡Caramba! ¡Pues es curioso!

—¿Curioso? Es una infamia.

—¡Ah! Tendré que ponerlo en claro.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué se propone?

—No se enfade, no se enfade. Debe de ser un error.

—¡Pues claro que lo es! ¡Confundirme a mí con esa gentuza de la alta sociedad que vive de los prestamistas! Esas damas que se endeudan en las mesas de juego, ellas eran sus presas.

Poirot se levantó.

—Perdóneme si me he informado mal. —Se detuvo en la puerta —. Y a propósito, por mera curiosidad: ¿por qué ha llamado doctor Hubbard al doctor Bryant?

—Que me cuelguen si lo sé. ¡Ah, sí! Creo que debe de haber sido por la flauta. «El perro de la tía Hubbard», esa canción de cuna: «Pero cuando llegó a casa, tocaba el perro la flauta». Es curioso como he confundido los nombres.

—¡Ah, sí! La flauta. Estas cosas me interesan psicológicamente, ¿comprende?

El señor Ryder hizo una mueca al oír la palabra psicología y todo aquel maldito galimatías del psicoanálisis.

Miró a Poirot con cara de sospecha.

Capítulo XIX

La visita del señor Robinson

La condesa de Horbury estaba en el dormitorio de su casa de Grosvenor Square, sentada ante su tocador repleto de cepillos con mango dorado, tarros de crema para la cara, polveras y demás artículos de belleza. Pero, en medio de todo aquel esplendor, la señora tenía los labios secos, y el enrojecimiento de sus mejillas no se debía sólo al colorete. Releyó la carta por cuarta vez.

Condesa de Horbury.
Ref: muerte de madame Giselle.

Apreciada señora:

Obran en mi poder ciertos documentos que conservaba la difunta. Si a usted o al señor Raymond Barraclough les interesa el tema, tendré el honor de hacerles una visita para llegar a un acuerdo.

Dígame si prefiere que arregle este asunto con su marido.

Su affmo.

JOHN ROBINSON

Era estúpido leer aquello tantas veces.

¡Como si las palabras pudieran cambiar de significado!

Cogió el sobre, dos sobres. El primero con la palabra «Personal», y el segundo, con la advertencia «Reservado y muy confidencial».

«Reservado y muy confidencial».

¡La muy zorra!

¡Y pensar que la bruja embustera juraba haber tomado todas las precauciones para proteger a los clientes de cualquier contingencia!

Maldita francesa. La vida era un infierno.

¡Dios mío, estos nervios!, se dijo Cicely. ¡No es justo, no es justo!

Con mano temblorosa abrió un frasquito con tapón de oro. Esto me calmará, me pondrá en forma.

Aspiró los polvos que contenía el frasquito.

¡Mucho mejor! Por fin podía pensar. ¿Qué hacer? Recibir a aquel tipo, desde luego. Pero ¿dónde encontraría dinero prestado? Tal vez, con un poco de suerte, en aquel lugar de Carlos Street.

Tiempo habría para pensar en eso. Ante todo, hablar con aquel tipo, averiguar lo que sabía.

E inclinándose sobre el escritorio escribió con aquella mala letra suya:

> *La condesa de Horbury saluda al señor John Robinson y le comunica que le recibirá mañana, si puede visitarle usted a las once.*

—¿Estoy bien? —preguntó Norman.

Enrojeció ligeramente al ver la sorprendida mirada de Poirot.

—*Nom d'un chien*! —exclamó éste—. ¿Qué comedia cree que va a representar?

Norman Gale enrojeció aún más.

—Me dijo usted que cierto disfraz sería adecuado.

Poirot suspiró y, cogiendo a Norman de un brazo, lo llevó frente al espejo.

—¡Mírese! Es todo lo que le pido: ¡mírese! ¿Quién se figura usted que es? ¿Un Santa Claus disfrazado para divertir a los niños? Ya sé que no lleva barba blanca, no. La barba es negra, como la del traidor de un melodrama. ¡Pero qué barba, una barba que clama al cielo! Es una barba barata, amigo mío, ¡y puesta con tan poca gracia que avergonzaría a un aficionado! ¡Y además, las cejas! ¿Es que tiene usted la manía del pelo postizo? Se huele a goma a varios metros y, si cree usted que no se nota ese algodón que se ha metido en los carrillos, se equivoca. Amigo mío, este no es su oficio.

Decididamente, representar este delicado papel no es su oficio.

—Tiempo atrás trabajé en un teatro de aficionados —aseguró Norman Gale muy tieso.

—Cuesta creerlo. En todo caso, me parece que no le permitirían caracterizarse a su modo. Ni a la luz de las candilejas convencería usted a nadie. Imagine en Grosvenor Square y a la luz del día.

Poirot se encogió elocuentemente de hombros para acabar la frase.

—No, *mon ami*, debe usted ser un chantajista y no un cómico. Deseo que atemorice usted a esa dama, no que se muera de risa. Ya sé que le molesta que le diga esto. Lo siento, pero estamos en unas circunstancias en que solo nos sirve la verdad. Quítese esto y eso. Vaya al cuarto de baño y acabemos con esta comedia.

Norman Gale obedeció y, cuando volvió a salir un cuarto de hora después, con la cara del color del ladrillo rojo, Poirot lo acogió con un ademán de aprobación.

—*Tres bien*. Se acabó la farsa y empieza el negocio en serio. Le dejaré llevar un bigotillo, pero me va a permitir que se lo ponga yo… Así. Y ahora peinado de otro modo… Así. Con esto basta. Veamos ahora si recuerda su papel.

Escuchó atentamente lo que Norman decía y aprobó:

—Está bien. *En avant* y buena suerte.

—No deseo otra cosa. Probablemente me encontraré con un marido furioso y una pareja de guardias.

Poirot lo tranquilizó.

—No tema. Todo saldrá a pedir de boca.

—Eso dice usted —protestó Norman.

Con gran desaliento, se lanzó a la desagradable aventura.

En Grosvenor Square, le condujeron a un saloncito del primer piso y, a los pocos minutos, se presentó *lady* Horbury.

Norman dominó sus nervios. Bajo ningún concepto debía revelar que era un novato en aquellas lides.

—¿El señor Robinson? —preguntó Cicely.

—Servidor de usted —contestó Norman inclinándose.

¡Diablos! Como un viajante de comercio, pensó con disgusto. ¡Es terrible!

—Recibí su carta —aceptó Cicely.

Norman se dominó. ¡Y pensar que aquel viejo tontaina creía que

no sabría actuar!, se dijo, sonriendo para sus adentros.

En voz alta y casi insolente, contestó:

—Exacto. ¿Y qué me responde usted entonces, *lady* Horbury?

—No sé qué pretende usted.

—Vamos, vamos, ¿para qué entrar en detalles? Todos sabemos lo agradable que es pasarse aunque sólo sea un fin de semana en la playa. Pero los maridos casi nunca están de acuerdo. Creo que ya sabe usted, *lady* Horbury, en qué consisten las pruebas. Admirable mujer, la vieja Giselle. Siempre se procuraba los comprobantes: el registro en el hotel, etcétera. Son de primera clase. Ahora se trata de saber quién los desea más: si usted o *lord* Horbury. Esa es la cuestión.

Ella se echó a temblar.

—Yo vendo —insistió Norman con una voz que se hacía más firme a medida que le iba tomando gusto al papel del señor Robinson—. ¿Compra usted? De eso se trata.

—¿Cómo ha conseguido usted esa prueba?

—Poco importa cómo. El caso es que la tengo, *lady* Horbury.

—No me inspira confianza. Muéstremela.

—¡Ah, no! —rechazó Norman, meneando la cabeza y mirando a su interlocutora de soslayo—. No llevo nunca nada encima. No soy tan cándido como para eso. Si cerramos el negocio, eso es otra cosa. Entonces le enseñaré el documento antes de que me entregue el dinero. Juego limpio y sin trampas.

—¿Cuan… cuánto?

—Diez mil de las mejores libras, no dólares.

—¡Imposible! ¡Nunca podré conseguir esa cantidad!

—Puede usted hacer milagros si quiere. No es oro todo lo que reluce en nuestros días, pero las perlas son siempre perlas. Mire, para hacerle un favor a una dama, se lo dejaré en ocho mil. Es mi última palabra. Y le concederé dos días para pensarlo.

—No podré conseguir el dinero, se lo aseguro.

Norman suspiró y meneó la cabeza.

—Bueno, acaso lo mejor será que *lord* Horbury se entere de lo que ha pasado. No sé si me equivoco al pensar que una mujer divorciada por su culpa no tiene derecho a compensación, y el señor Barraclough es muy buen actor, pero aún no gana lo suficiente. Ni una palabra más. Le daré tiempo para pensarlo, pero tenga por

seguro que cumpliré lo que digo. —Tras una pausa, añadió—: Y lo haré como Giselle lo hubiera hecho.

Y sin dar tiempo a que la afligida señora le replicara, salió precipitadamente.

—¡Uff! —respiró cuando se vio en la calle—. ¡Gracias a Dios que ha terminado!

Apenas había transcurrido una hora, cuando *lady* Horbury leyó la tarjeta que le entregaron.

MONSIEUR HERCULES POIROT

—¿Quién es? —preguntó, volviéndose rápidamente—. No puedo recibirle.

—Dice, *milady*, que viene de parte del señor Raymond Barraclough.

—¡Ah! Muy bien, hágalo pasar.

El mayordomo desapareció para anunciar al poco rato:

—*Monsieur* Hércules Poirot.

Vestido con la elegancia de un dandy, *monsieur* Poirot entró y se inclinó reverente.

El mayordomo cerró la puerta. Cicely avanzó un paso.

—¿Le manda a usted el señor Barraclough?

—Siéntese, señora —ordenó él, afable pero autoritario.

Ella se sentó maquinalmente. Él ocupó una silla a su lado, mostrando una conducta paternal y tranquilizadora.

—Señora, le ruego que vea en mí a un amigo. Vengo a aconsejarla. Sé que se encuentra usted en un grave apuro.

—No —murmuró ella débilmente.

—*Ecoutez*, *madame*, yo no vengo a que me descubra usted ningún secreto. No hace falta, porque yo ya lo sé todo. En esto precisamente consiste ser un buen detective.

—¿Un detective? —repitió ella, abriendo mucho los ojos—. Ya recuerdo, estaba usted en el avión. Era usted.

—Exacto, era yo. Ahora, señora, vayamos al asunto. Como le he dicho, no pretendo que se me confíe. No quiero que empiece a contarme cosas. Ya se las contaré yo. Esta mañana, aún no hace una hora, ha recibido usted una visita. ¿El caballero que la ha visitado no era Brown por casualidad?

—Robinson —señaló Cicely con voz desfallecida.

—Es el mismo: Brown, Smith, Robinson, según convenga. Ha venido a hacerle chantaje, señora. Posee ciertas pruebas de lo que podríamos llamar… una indiscreción. Estas pruebas estuvieron antes en poder de *madame* Giselle. Ahora las tiene ese tipo. Se las ofrece a usted quizá por siete mil libras.

—Ocho mil.

—Ocho mil pues. ¿Y usted no podrá reunir ese dinero fácilmente, señora?

—Imposible, del todo imposible. Ya estoy endeudada. No sé qué hacer.

—Tranquilícese, señora. He venido a ayudarla.

Ella le miró, sorprendida.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Es muy sencillo, señora, porque soy Hércules Poirot. *Eh bien*, no tenga reparos, deje usted el asunto en mis manos. Ya me las arreglaré yo con el señor Robinson.

—Claro —corroboró Cicely con intención—. ¿Y cuánto quiere usted?

Hércules Poirot hizo una reverencia.

—Sólo quiero una fotografía dedicada por una dama muy hermosa.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. No sé qué hacer. Mis nervios. Me estoy volviendo loca.

—No, no, todo va bien. Confíe en Hércules Poirot. Pero, señora, necesito saber la verdad, toda la verdad. No me oculte ningún detalle o me veré atado de pies y manos.

—¿Y me sacará usted de este apuro?

—Le juro solemnemente que nunca más oirá usted hablar del señor Robinson.

—Está bien. Se lo contaré todo.

—Bueno, veamos. Usted recibió dinero prestado de esa mujer, de Giselle.

Lady Horbury asintió.

—¿Cuándo fue eso? Quiero decir cuándo empezó.

—Hace año y medio. Me encontraba en un callejón sin salida.

—¿Debido al juego?

—Sí. Tuve una racha espantosa.

—¿Y le dejó todo lo que usted necesitaba?

—Al principio, no. Sólo una pequeña cantidad al principio.

—¿Quién se la recomendó?

—Raymond… el señor Barraclough me dijo que aquella mujer prestaba a las señoras de la buena sociedad.

—¿Y luego le prestó más?

—Sí, todo cuanto necesitaba. Entonces me pareció un milagro.

—Esos eran los milagros que hacía *madame* Giselle —observó Poirot secamente—. Antes de eso, ¿usted y el señor Barraclough ya se habían hecho amigos?

—Sí.

—Pero ¿le aterraba la posibilidad de que su marido se enterase?

—Stephen es un cerdo —gritó Cicely rabiosa—. Se ha cansado de mí y desea casarse con otra. Daría saltos de alegría ante la posibilidad de un divorcio.

—¿Y usted no quiere divorciarse?

—No. Yo… yo…

—Usted está satisfecha de su posición y disfruta de una renta importante. Perfectamente. *Les femmes*, claro está, deben pensar en ellas ante todo. Pero, volviendo al préstamo, ¿surgieron dificultades para su devolución?

—Sí, no pude devolverle lo que le debía. Y luego la vieja bruja lo lió todo. Ella estaba enterada de mis relaciones con Raymond. Se informó, no sé cómo, de nuestros lugares de reunión, de las fechas, de todo.

—Tenía sus métodos —explicó Poirot secamente—. ¿Y la amenazó con mostrar las pruebas a *lord* Horbury?

—Sí, a no ser que le pagase.

—¿Y no podía pagarle?

—No.

—De modo que su muerte fue para usted providencial.

—¡Me pareció una coincidencia maravillosa! —exclamó Cicely muy seria.

—Realmente fue demasiado maravillosa. ¿Y no le alteró aquello los nervios?

—¿Nervios?

—Después de todo, señora, era usted la única persona del avión que tenía algún motivo para desear su muerte.

Ella respiró profundamente.

—¡Ah, sí! Fue horrible. Su muerte me dejó aturdida.

—En especial después de haberla visto en París la noche anterior y de haber tenido una escena con ella.

—¡La vieja bruja! No quiso rebajarme ni un céntimo. ¡Creo que gozaba viéndome sufrir, suplicar! ¡Era una arpía! Me trató como a un trapo.

—Pero usted en el sumario declaró que no había visto nunca a aquella mujer.

—¡Claro! ¿Qué otra cosa podía decir?

Poirot la observó pensativo.

—Usted, señora, no podía decir otra cosa.

—¡Es espantoso no poder decir más que mentiras, mentiras y más mentiras! Ese terrible inspector ha estado aquí dos o tres veces, aturdiéndome a preguntas. Aunque me sentí a salvo. Observé que no sabía nada, que sólo trataba de sonsacarme.

—Para adivinar las cosas hay que estar muy seguro.

—Y además —exclamó siguiendo el hilo de sus pensamientos—, me dije que si hubiesen podido descubrir algo, ya lo hubiesen hecho. Me sentía a salvo hasta que recibí ayer esa maldita carta.

—¿Y no estaba usted atemorizada durante todo este tiempo?

—Claro que lo estaba.

—Pero ¿de qué? ¿De verse descubierta o de que la detuviesen por asesinato?

Las mejillas de Cicely perdieron su color.

—¿Por asesinato? Yo no fui. ¡No me diga que piensa usted eso! Yo no la maté. ¡No fui yo!

—Usted deseaba su muerte.

—Sí, pero no la maté. ¡Oh! ¡Tiene usted que creerme! Yo no me moví de mi asiento. Yo…

Enmudeció, fijando en él su mirada implorante.

—La creo a usted, señora, por dos razones. Primera: porque es una mujer. Segunda, porque había una avispa.

Ella abrió más los ojos, sorprendida.

—¿Una avispa?

—Exacto. Ya veo que no tiene ningún sentido para usted. Bueno, volvamos al objeto de mi visita. Yo me las arreglaré con el señor Robinson. Le doy mi palabra de que no volverá usted a verle, ni a

oír hablar de él. Pondré a raya a ese sinvergüenza. Y a cambio de mis servicios, tendrá que permitirme usted un par de preguntas. ¿Estaba el señor Barraclough en París la víspera del crimen?

—Sí, almorzamos juntos, pero le pareció preferible que fuese yo sola a ver a la prestamista.

—¡Ah! ¿De veras? Permítame otra pregunta, *milady*: en el teatro, antes de casarse, a usted se la conocía con el nombre de Cicely Brand. ¿Era este su verdadero nombre?

—No, mi verdadero nombre es Martha Jebb. Pero el otro…

—Quedaba mejor en los carteles. ¿Y dónde nació usted?

—En Doncaster. Pero ¿por qué?

—Mera curiosidad. Perdone. Y ahora, si me permite darle un consejo: ¿por qué no arregla un divorcio discreto con su marido?

—¿Para que se case con esa mujer?

—Para que se case con esa mujer. Tiene usted buen corazón, señora. Por otra parte, se verá usted a salvo, vivirá tranquila y su marido le pasará una renta.

—No suficientemente buena.

—*Eh bien*, una vez libre, puede casarse con un millonario.

—Ya no hay millonarios en nuestros días.

—¡Ah! No lo crea, señora. Los que antes poseían tres millones, ahora tienen dos. *Eh bien*, con eso basta.

Cicely se echó a reír.

—Es usted muy persuasivo, *monsieur* Poirot. ¿Está usted seguro de que ese hombre no volverá a molestarme?

—Palabra de Hércules Poirot —aseguró solemnemente.

Capítulo XX

En Harley Street

El inspector de policía Japp, que caminaba a buen paso por Harley Street, se detuvo ante un portal. Preguntó por el doctor Bryant.

—¿Tiene usted cita, señor?

—No, le escribiré una nota.

En una tarjeta oficial, escribió:

> *Le agradecería que me concediese unos minutos. No le entretendré.*

Metió la tarjeta en un sobre, lo cerró y se lo dio al mayordomo, quien le condujo a la sala de espera, donde aguardaban dos señoras y un caballero. Japp tomó asiento, tras coger una revista atrasada con la que matar el tiempo.

El mayordomo cruzó la sala y le dijo en un tono discreto:

—Si tiene usted la bondad de esperar un poco, señor, el doctor le recibirá, aunque está muy ocupado esta mañana.

Japp asintió. Lejos de molestarle, la espera le satisfacía. Las dos señoras empezaron a conversar. Indudablemente, tenían la mejor opinión de las dotes profesionales del doctor Bryant. Llegaron más pacientes. No podía negarse que el doctor Bryant era un médico en alza.

Debe de ganar mucho dinero, se dijo el inspector. A juzgar por lo que veo, no parece que necesite pedir dinero prestado, aunque eso pudo ocurrir tiempo atrás. En todo caso, es obvio que trabaja

mucho. Un escándalo bastaría para estropearlo todo. Es lo peor que le podría pasar a un médico.

Un cuarto de hora después, se le acercó el mayordomo para decirle:

—El doctor le recibirá ahora.

Japp entró en el despacho del doctor Bryant, una sala al fondo del piso, con una gran ventana. El médico se levantó para recibirle, estrechándole la mano. Ofrecía un aspecto fatigado, pero no manifestó la menor sorpresa por la visita del inspector.

—¿En qué puedo servirle, señor inspector? —preguntó, volviendo a sentarse detrás de su mesa e indicándole al otro una butaca.

—Ante todo, he de rogarle que me perdone si he venido a molestarle en horas de consulta, pero no le entretendré mucho tiempo.

—Perfectamente. Supongo que viene por lo de la muerte en el avión.

—Ni más ni menos, señor. Aún estamos trabajando en el caso.

—¿Algún resultado?

—No avanzamos tanto como sería de desear. He venido a hacerle algunas preguntas sobre el método empleado. Es el asunto ese del veneno de serpiente lo que no llego a descifrar, por más que lo intento.

—Ya sabe usted que yo no soy toxicólogo —puntualizó el doctor Bryant, sonriendo—. No entiendo de esas cosas. Consulte a Winterspoon.

—¡Ah! Pero vea usted, doctor, lo que ocurre. Winterspoon es un técnico, y ya sabe usted lo que son los técnicos. Hablan de un modo que los profanos no pueden entender. Pero, según tengo entendido, hay una rama de la medicina dedicada a estas materias. ¿Es cierto que a veces a los epilépticos se les inyecta veneno de serpiente?

—Tampoco soy especialista en epilepsia, pero sé que en el tratamiento de esa enfermedad se ha inyectado a los pacientes veneno de cobra con excelentes resultados. Aunque ya le he dicho que no es este mi campo.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero el caso es que usted se ha interesado mucho en el asunto por encontrarse en el avión y he pensado que, a lo mejor, podría sugerirme alguna idea aprovechable. ¿De qué sirve

ir a un técnico si no sabe uno lo que debe preguntarle?

El doctor Bryant sonrió.

—Algo hay de cierto en lo que usted dice, inspector. Probablemente, no hay nadie capaz de permanecer indiferente después de haberse visto involucrado en un asesinato. Confieso que me interesa todo este asunto y que le he dedicado largas reflexiones.

—¿Y qué piensa usted, señor?

—Me parece una cosa tan inverosímil, si me permite decirlo así, que me hallo confuso y trastornado. ¡Vaya procedimiento más asombroso para un crimen! No había ni una probabilidad entre cien de que el criminal pasara inadvertido. Debe ser una persona que desconoce la sensación de peligro.

—Muy cierto, señor.

—Y el uso del veneno es igual de sorprendente. ¿Cómo pudo conseguir el asesino algo así?

—Lo sé, parece increíble. No puedo imaginar que ni siquiera el uno por mil de los hombres haya oído hablar de una cosa tan rara como el *boomslang*, y mucho menos de la manera de utilizar el veneno. Ni creo que usted, que es médico, haya manipulado nunca esa sustancia.

—No hay muchas ocasiones de hacerlo. Tengo un amigo que se dedica al estudio de enfermedades tropicales. En su laboratorio tiene varias clases de venenos mortales, el de cobra, por ejemplo, pero no recuerdo que tenga el *boomslang*.

—Tal vez pueda usted ayudarme —sugirió Japp, entregando al médico un pedazo de papel—. Winterspoon escribió esos tres nombres y me dijo que ellos podrían informarme. ¿Los conoce usted?

—Conozco al profesor Kennedy superficialmente. A Heidler lo conozco mucho. Basta que pronuncie mi nombre y estoy seguro de que hará por usted cuanto pueda. Carmichael es de Edimburgo. No le conozco personalmente, pero he oído decir que está haciendo un buen trabajo allí.

—Gracias, doctor, y perdone las molestias. No le entretengo más.

Japp salió a la calle sonriendo satisfecho.

«No hay nada como la diplomacia, se dijo. Con ella se consigue

todo. Juraría que no se enteró del objeto de mi visita. Bueno, algo es algo».

Capítulo XXI

Las tres pistas

Cuando el inspector Japp volvió a Scotland Yard, le dijeron que Poirot le esperaba.

Japp saludó a su amigo efusivamente.

—Hola, Poirot. ¿Qué le trae a usted por aquí? ¿Tiene alguna novedad?

—He venido a ver qué novedades tenía usted, mi buen Japp.

—¡Eso es nuevo en usted! Bueno, la verdad es que no hay gran cosa. Nuestro colega de París ha identificado la cerbatana. ¿Sabe usted que Fournier me está amargando la vida desde París con su dichoso *moment psychologique*? He interrogado a los camareros hasta perder el aliento y no he podido arrancarles una palabra que nos proporcione ni un solo indicio sobre ese *moment psychologique*. Durante el viaje no sucedió nada anormal.

—Pudo ocurrir cuando los dos estaban en el compartimiento delantero del avión.

—También he interrogado a los viajeros. No pueden haberse puesto todos de acuerdo para mentir.

—En uno de mis casos, todo el mundo mentía.

—¡Usted y sus casos! A decir verdad, Poirot, no estoy satisfecho. Cuanto más examino las cosas, más oscuras las veo. El jefe empieza a tratarme con frialdad. Pero ¿qué puedo hacer? Menos mal que es un asunto medio extranjero. Siempre podremos cargárselo a los franceses que tomaron parte en el vuelo; y en París se excusan diciendo que el asesino debe de ser inglés y que es asunto nuestro.

—¿Cree usted realmente que lo hicieron los franceses?

—Hablando con franqueza, no lo creo. Bien mirado, los arqueólogos son gente inofensiva: no piensan más que en remover tierra y en discurrir acerca de lo que sucedió hace miles de años. Y me gustaría saber cómo lo saben. ¡Pero cualquiera les contradice! Si se empeñan en que una sarta de abalorios tiene cinco mil trescientos veintidós años, ¿quién va a decirles lo contrario? ¡Bah! Tal vez sean unos embusteros, aunque parecen creer en sus mentiras, las cuales, después de todo, son inofensivas. El otro día tuve aquí a un tipo a quien habían robado un escarabajo sagrado. Estaba destrozado, pobre chico, pero desesperado como un niño de pecho. Entre nosotros, ni por un momento he creído que esos dos tengan nada que ver en el asunto.

—¿Quién cree usted que lo hizo?

—Podría ser Clancy. Se comporta de un modo muy raro. Habla consigo mismo por la calle. Algo lleva en la cabeza.

—La trama de otra novela, quizá.

—Tal vez sea por eso, pero también puede ser otra cosa. Aunque, por más que pienso, no consigo encontrar un motivo. Aún sigo creyendo que el CL 52 del librito negro se refiere a *lady* Horbury, pero no he podido sacarle nada en limpio. Una mujer dura, se lo aseguro.

Poirot sonrió para sus adentros.

—Sobre los camareros —prosiguió Japp—, no encuentro en ellos nada que los relacione con Giselle.

—¿El doctor Bryant?

—Creo que ahí puede haber algo. Corren ciertos rumores sobre él y una paciente: una hermosa mujer, casada con un hombre de dudosa reputación, que toma drogas o algo por el estilo. Si no va con cuidado, le expulsarán del Colegio de Médicos. Todo eso encaja con el RT 362 muy bien, y no le ocultaré que tengo una buena idea de dónde pudo conseguir el veneno de serpiente. He ido a verle y se ha ido de la lengua. Después de todo, no son más que conjeturas que no se basan en hechos. No es fácil llegar a establecer hechos en este caso. Ryder parece un hombre honrado. Dice que fue a París a por un préstamo que no consiguió. Ha dado nombres y direcciones: todo comprobado. He averiguado que hace un par de semanas su empresa se hallaba al borde de la quiebra, pero parece haber salido bien del trance. Ya ve usted, nada es satisfactorio. Todo es un

embrollo.

—No hay tal embrollo. El caso se presenta poco claro, pero la confusión sólo existe en las mentes desordenadas.

—Diga lo que quiera, el resultado es el mismo. Fournier también está atascado. Supongo que usted lo ha desentrañado prácticamente todo, pero considera inoportuno hablar.

—No se burle. Aún no lo he descubierto todo. Voy paso a paso, con orden y método, pero aún me falta mucho camino.

—Pues crea que me alegro muchísimo, pero veamos qué pasos ha dado.

Poirot sonrió.

—He confeccionado también un pequeño cuadro —comentó, sacando un papel del bolsillo—. He aquí mi idea: el asesinato es una acción realizada para obtener un resultado determinado.

—Repita eso despacio.

—No es difícil de entender.

—Es posible que no, pero tal como lo dice usted, lo parece.

—No, no, es muy sencillo. Por ejemplo: usted necesita dinero y sabe que lo tendrá cuando muera una tía suya. Bien: realiza una acción, es decir, mata a su tía, y obtiene el resultado: hereda el dinero.

—Me gustaría tener alguna tía de esas —suspiró Japp—. Siga, ya comprendo su idea. Quiere decir que tiene que haber un motivo.

—Prefiero explicarlo a mi manera. Se ha llevado a cabo una acción consistente en asesinar a una persona. ¿Cuáles son los resultados? Examinando los diversos efectos que hemos observado podemos contestar al acertijo. Los resultados pueden ser muy distintos, ya que la acción en cuestión afecta a diferentes personas. *Eh bien*, yo estudio hoy, tres semanas después del crimen, los resultados obtenidos en once casos diferentes.

Desdobló el papel.

Japp se inclinó con cierto interés y leyó por encima del hombro de Poirot:

Señorita Grey. Resultado: mejora económica transitoria. Aumento de sueldo.
Señor Gale. Resultado: malo. Pérdida de clientela.
Lady Horbury. Resultado: bueno, si es CL 52.
Señorita Kerr. Resultado: malo, ya que la muerte de Giselle resta posibilidades a la obtención del divorcio de *lord* Horbury.

—¡Hum! —gruñó Japp, interrumpiendo el escrutinio—. ¿Así que piensa usted que está loca por *milord*? No sabía que tuviese usted tanto olfato para husmear esos líos amorosos.

Poirot sonrió. Japp continuó leyendo:

> *Señor Clancy*. Resultado: bueno. Espera ganar dinero con el libro inspirado en el crimen.
> *Doctor Bryant*. Resultado: bueno, si es RT 362.
> *Señor Ryder*. Resultado: bueno, dado que el dinero que le han dado por los artículos sobre el crimen, le ha permitido superar una delicada situación económica. También bueno si Ryder es XVB 724.
> *Monsieur Dupont*. Resultado: nulo.
> *Monsieur Jean Dupont*. Resultado: idéntico.
> *Mitchell*. Resultado: nulo.
> *Davis*. Resultado: nulo.

—¿Y cree que esto va a servirle de mucho? —preguntó Japp, escéptico—. No veo que poner tras cada nombre «No sé, no sé y no sé», lo haga mucho más fácil.

—Nos da una clasificación muy clara —explicó Poirot—. En cuatro casos, el señor Clancy, la señorita Grey, el señor Ryder, y creo que también *lady* Horbury, tenemos un resultado en el haber. En los casos del señor Gale y del señor Kerr, tenemos un resultado en el debe. En cuatro casos no hay ningún resultado, que sepamos, y en el del doctor Bryant, o bien no hay resultado o hay una gran ganancia.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Japp.

—Entonces, hay que seguir investigando.

—Con bien pocos elementos contamos para eso —afirmó Japp, enfurruñado—. Me parece que poco lograremos mientras no nos manden de París lo que precisamos. Es por la parte de Giselle en donde hay que encontrar la solución. Me parece que yo hubiera obtenido de su doncella más que Fournier.

—Lo dudo, amigo mío. Lo más interesante del caso es la personalidad de la víctima. Una mujer sin amigos, una mujer que en su tiempo fue joven, amó y sufrió, y para quien luego todo se acabó: ni una fotografía, ni un recuerdo, ni una baratija. Marie Morisot se convirtió exclusivamente en *madame* Giselle: una prestamista.

—¿Cree usted que hay una pista en su pasado?

—Es posible.

—Bien, deberíamos aprovecharla, porque del presente no

tenemos ninguna.

—¡Oh! Sí, amigo mío, las hay.

—La cerbatana, desde luego.

—No, la cerbatana no.

—Pues sepamos qué pistas hay en este caso.

—Se las daré como títulos, como los que llevan los libros del señor Clancy: «La pista de la avispa». «La pista de las pertenencias de los viajeros». «La pista de las dos cucharillas de café».

—¿Qué es eso de las cucharillas de café?

—*Madame* Giselle tenía dos cucharillas en su plato.

—Eso significa boda, según dicen.

—En este caso —afirmó Poirot—, significó entierro.

Capítulo XXII

Jane acepta un nuevo empleo

Cuando Norman Gale, Jane y Poirot se reunieron para cenar la noche del chantaje, Norman se sintió aliviado al confirmarle que ya no se necesitarían más sus servicios como «el señor Robinson».

—El bueno del señor Robinson ha muerto —le aseguró Poirot, levantando la copa—. Brindemos a su memoria.

—*Requiescat in pace* —exclamó Norman, riendo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Jane a Poirot.

El detective le dirigió una sonrisa.

—Pues que ya sé lo que quería saber.

—¿Estaba relacionado con Giselle?

—Sí.

—Eso se dedujo claramente de mi entrevista con ella.

—No lo niego —reconoció Poirot—, pero yo quería un relato más minucioso.

—¿Y lo obtuvo?

—Lo obtuve.

Los dos le dirigieron una mirada interrogadora, pero Poirot se puso a charlar de una manera provocativa de la relación que existe entre la carrera profesional y la vida.

—No hay tantos tipos que se sientan como peces fuera del agua, como podría creerse. Son muchos los que, a pesar de lo que os digan, eligen la ocupación que les dicta su secreto deseo. Oiréis decir a un oficinista: «Me gustaría ser explorador, vivir emociones en tierras lejanas». Pero descubriréis que lo que le gusta más es leer novelas de aventuras, y que realmente prefiere la seguridad y la

comodidad de la silla de su oficina.

—Según su modo de pensar —dedujo Jane—, mi deseo de viajar por el extranjero no es sincero y mi verdadera vocación es peinar a las señoras. Pues bien, eso no es cierto.

Poirot sonrió.

—Usted aún es joven. Claro que uno intenta esto y lo otro y lo de más allá, pero llega el momento en que acomoda su vida a lo que prefiere.

—Supongo que prefiero ser rica.

—¡Ah! Eso ya es más difícil.

—No estoy de acuerdo con usted —objetó Gale—. Yo soy dentista por casualidad, no por vocación. Mi tío era dentista, deseaba que yo trabajara con él, pero yo no pensaba más que en aventuras y en ver mundo. Me burlé de los dentistas y me fui a Sudáfrica, a una granja. Pero, como me faltaba experiencia, aquello no me fue muy bien, y me vi obligado a aceptar el ofrecimiento de mi tío y ponerme a trabajar con él.

—Y ahora piensa usted en despreciar otra vez a los dentistas y largarse a Canadá. Tiene usted temperamento de pionero.

—Esta vez me veo obligado a hacerlo.

—Pero parece increíble que con tanta frecuencia nos obliguen las circunstancias a hacer lo que nos gusta.

—Nada me obliga a mí a viajar —señaló Jane—. ¡Ojalá!

—*Eh bien*, ahora mismo le voy a proponer una cosa. La semana que viene voy a París. Si quiere, puede ser mi secretaría. Le pagaré un buen sueldo.

Jane meneó la cabeza.

—No puedo dejar la peluquería de Antoine. Es un buen empleo.

—También lo es el que le ofrezco.

—Sí, pero no es más que eventual.

—Le buscaré un empleo del mismo tipo.

—Gracias, pero no me atrevo a arriesgarme.

Poirot la miró, sonriendo enigmático.

Tres días después, le llamaron por teléfono.

—*Monsieur* Poirot —dijo Jane—, ¿todavía mantiene usted su oferta?

—Sí. Salgo hacia París el lunes.

—¿Hablaba usted en serio? ¿Puedo acompañarle?

—Sí. Pero ¿qué le ha pasado para que cambie de idea?

—Me he peleado con Antoine. Francamente, he perdido la paciencia con una parroquiana. Era una perfecta… bueno, no puedo decirle lo que era por teléfono. Pero lo malo es que me puse nerviosa y, en vez de tragar saliva como era mi obligación, esta vez le he dicho a ella exactamente lo que pensaba.

—¡Ah! Haber dejado volar la imaginación por tierras de aventuras…

—¿Qué dice usted?

—Digo que dejó volar su mente.

—No fue mi mente, sino mi lengua la que se me soltó. Y disfruté mucho en decirle que sus ojos eran tan saltones como los de su asqueroso pequinés, como si fueran a caérsele. Supongo que tendré que buscarme otro empleo, aunque me gustaría ir con usted a París primero.

—Bien, de acuerdo. Durante el viaje le daré instrucciones.

Poirot y su nueva secretaria no viajaron en avión, por lo que Jane le estuvo secretamente agradecida, ya que la experiencia del último viaje le había desquiciado los nervios y no quería volver a recordar aquel cuerpo encogido y vestido de negro.

En el trayecto en tren de Calais a París tuvieron un compartimiento para ellos solos, y Poirot le dio a Jane alguna idea.

—En París tengo que visitar a mucha gente: al abogado Thibault, a *monsieur* Fournier, de la Sûreté, un señor melancólico e inteligente. A *monsieur* Dupont *pére* y *monsieur* Dupont hijo. Escuche, *mademoiselle*, mientras yo hable con el padre, usted se encargará del hijo. Es usted muy hermosa, muy atractiva. Creo que *monsieur* Dupont la recordará de haberla visto durante la encuesta judicial.

—Volví a verle después —comentó Jane, ruborizándose ligeramente.

—¿De veras? ¿Cómo fue eso?

Jane, más colorada aún, le explicó su encuentro en la Corner House.

—¡Magnífico! Tanto mejor. ¡Caramba! Ha sido una idea excelente traerla conmigo a París. Ahora escúcheme atentamente, *mademoiselle* Jane. En la medida en que le sea posible no hable del caso de Giselle, pero no rehuya la conversación si Jean Dupont lo

trae a colación. Será preferible que dé usted la impresión, sin que con esto quiera yo decir nada, de que *lady* Horbury es la principal sospechosa del crimen. Puede usted decir que mi vuelta a París se debe a la conveniencia de hablar con Fournier y de indagar sobre las relaciones y negocios que *lady* Horbury pudo tener con la difunta.

—¡Pobre *lady* Horbury! ¡Hace usted que sirva de tapadera!

—No es el tipo de mujer que yo admiro. *Eh bien*, deje que, una vez al menos, sirva para algo.

Tras titubear un instante, Jane preguntó:

—¿Supongo que no sospechará usted de *monsieur* Dupont?

—No, no, no. Sólo deseo información. —Le dirigió una mirada penetrante y añadió—: Le gusta ese joven, ¿verdad? *Il est sex appeal*.

La frase hizo reír a Jane.

—No es eso lo que yo diría. Es un muchacho muy sencillo, pero encantador.

—¿Es así como lo describiría? ¿Un tipo muy sencillo?

—Me parece que su sencillez se debe a que ha llevado una vida muy poco mundana.

—Cierto —aceptó Poirot—. No ha tenido tratos con dentaduras. Ni ha sufrido la desilusión del héroe que ve temblar a quienes se sientan en el sillón del dentista.

Jane se rió.

—No creo que Norman espere hallar héroes entre sus pacientes.

—Hubiese sido una lástima que se fuera al Canadá.

—Ahora habla de ir a Nueva Zelanda. Dice que le gustaría más aquel clima.

—Por encima de todo es patriota. No sale de los dominios británicos.

—Confío en que no necesite irse —dijo ella, interrogando a Poirot con la mirada.

—¿Quiere decir que confía usted en papá Poirot? ¡Ah! Bien, haré cuanto pueda, se lo prometo. Pero tengo el firme convencimiento, *mademoiselle*, de que hay un personaje que todavía no ha salido a escena que tiene un papel importante en esta comedia.

Meneó la cabeza con el entrecejo fruncido.

—Hay, *mademoiselle*, un factor desconocido en este caso. Todo converge hacia un mismo punto.

Dos días después de su llegada a París, *monsieur* Poirot y su secretaria cenaron en un pequeño restaurante, y los arqueólogos Dupont, padre e hijo, fueron sus invitados.

Jane encontró al viejo Dupont tan encantador como a su hijo, pero no pudo hablar mucho con él ya que Poirot lo acaparó desde el principio. Jean estuvo con ella tan simpático como en Londres y los dos se enfrascaron en una agradable charla. Su atractiva y sencilla personalidad le gustaron tanto como entonces. ¡Qué hombre tan amable y tan franco!

Pero, mientras hablaba y reía con él, aguzaba su oído para captar cuanto pudiese de la conversación que mantenían los dos hombres, deseando enterarse de qué clase de información buscaba Poirot. Por lo oído hasta entonces, en la charla no había salido aún el asesinato. Poirot estaba llevando hábilmente a su compañero hacia temas del pasado. Su interés por la investigación arqueológica en Irán parecía a la vez profundo y sincero. *Monsieur* Dupont gozaba enormemente de la velada. Rara vez disponía de un auditorio tan comprensivo e inteligente.

No quedó muy claro de quién partió la iniciativa de que los dos jóvenes fuesen al cine, pero cuando se hubieron ido, Poirot acercó su silla a la mesa, dispuesto a redoblar su interés por las investigaciones arqueológicas.

—Comprendo la dificultad que debe de haber en estos días de crisis económica para conseguir fondos suficientes. ¿Aceptan ustedes donativos de particulares?

Monsieur Dupont se echó a reír.

—¡Mi querido amigo, no sólo los aceptamos cuando se nos ofrecen, sino que los pedimos de rodillas! Pero el tipo de excavaciones que nosotros realizamos no interesa a la gran masa. La gente busca resultados espectaculares. Quiere oro, especialmente, ¡grandes cantidades de oro! Es sorprendente que sean tan pocos los que se interesen por la cerámica, cuando se encierra en ella toda la historia de la humanidad. Diseños, materiales…

Monsieur Dupont se extendió en otras consideraciones. Advirtió a Poirot que no se dejase embaucar por las plausibles afirmaciones de B, por los criminales errores de L y por las estratificaciones anticientíficas de G.

Poirot prometió no dejarse embaucar por ninguna de las

publicaciones de estos sabios personajes.

—¿Qué le parece un donativo de, por ejemplo, quinientas libras? —le ofreció Poirot.

A *Monsieur* Dupont le faltó poco para caerse de la silla, de pura alegría.

—¿Me ofrece usted eso? ¿A mí? ¿Para contribuir a nuestras excavaciones? ¡Eso es magnífico, estupendo! El donativo más importante que nunca me han ofrecido.

Poirot carraspeó.

—Desde luego, espero de usted un favor.

—¡Ah, sí! ¿Algún souvenir, alguna pieza de cerámica?

—No, no adivina usted mi pensamiento —interrumpió Poirot, sin dar tiempo a que el arqueólogo se entusiasmase demasiado—. Se trata de mi secretaria, esa joven encantadora que ha visto usted esta noche. Si ella pudiera acompañarles en su expedición…

Monsieur Dupont pareció decepcionado.

—Bueno —consideró retorciéndose el bigote—, tal vez podamos arreglarlo. Tengo que consultarlo con mi hijo. Van a acompañarnos mi sobrino y su mujer. Será una expedición familiar. De todos modos, hablaré con Jean.

—Mademoiselle Grey siente una verdadera pasión por la cerámica. La prehistoria le fascina. Las excavaciones son la gran ilusión de su vida. Remienda calcetines y cose botones de una manera admirable.

—Es un conocimiento utilísimo.

—¿Verdad? ¿Y que me estaba usted diciendo de la cerámica de Susa?

Monsieur Dupont reanudó su animado monólogo, exponiendo sus teorías personales sobre Susa I y Susa II.

Al volver Poirot a su hotel, vio en el vestíbulo a Jane, que estaba despidiéndose de Jean Dupont.

Mientras se dirigían al ascensor, Poirot comentó:

—Le he encontrado un empleo muy interesante. Acompañará usted a los Dupont a Irán esta primavera.

Jane se detuvo a mirarle.

—¿Está usted loco?

—Cuando se lo propongan, aceptará usted con grandes manifestaciones de alegría.

—No pienso ir a Irán. Para entonces estaré en Muswell Hill o en Nueva Zelanda, con Norman.

Poirot la miró, guiñándole un ojo amablemente.

—Mi querida niña, aún faltan algunos meses hasta marzo. Mostrarse alegre no es igual que comprar el pasaje. Del mismo modo he hablado yo de un donativo, ¡pero no he firmado el cheque! Y a propósito, mañana comprará usted un libro que trate de la cerámica prehistórica oriental. He dicho que usted siente una verdadera pasión por estas materias.

Jane suspiró.

—¡Ser secretaria suya no es ningún chollo! ¿Algo más?

—Sí, he dicho que remienda usted calcetines y cose botones a la perfección.

—¿Y también de eso debo hacer mañana una demostración?

—No estaría mal, si se lo han tomado en serio.

Capítulo XXIII

Anne Morisot

A las diez y media del día siguiente, el melancólico *monsieur* Fournier entró en el salón y estrechó la mano del belga con calor.

Se le veía más animado que de costumbre.

—*Monsieur* Poirot, tengo algo que comunicarle. Por fin he comprendido el punto de vista que usted expuso en Londres acerca del hallazgo de la cerbatana.

—¡Ah! —exclamó Poirot con alegría.

—Sí —continuó Fournier, cogiendo una silla—. He pensado mucho en lo que usted comentó. No cesaba de repetirme: es imposible que el crimen se haya cometido como nosotros creemos. Y por fin, tuve una asociación de ideas entre lo que yo me repetía y lo que usted había dicho del hallazgo de la cerbatana.

Poirot permaneció muy atento, sin decir palabra.

—Aquel día, en Londres, razonaba usted así: ¿por qué se encontró la cerbatana, cuando hubiera sido muy fácil librarse de ella por los huecos de la ventilación? Y creo tener la respuesta a esto: se encontró la cerbatana porque el asesino quería que se encontrase.

—¡Bravo! —exclamó Poirot.

—¿Está usted de acuerdo? Ya me lo figuraba. Y aún he dado otro paso. Me preguntaba: ¿por qué deseaba el asesino que se encontrase? Y a esto tuve que contestarme: porque nadie utilizó la cerbatana.

—¡Bravo! ¡Bravo! Razona usted igual que yo.

—Así que me dije: el dardo envenenado sí, pero no la cerbatana.

Por lo tanto, para lanzar la flecha se utilizó alguna otra cosa, algo que tanto un hombre como una mujer podía llevarse a los labios de la manera más natural y sin llamar la atención. Y me acordé de lo mucho que insistió usted en tener una lista completa de los objetos que se hallaran en los equipajes y los que llevasen encima los viajeros. Lady Horbury llevaba dos boquillas, y sobre la mesa de los Dupont había una serie de pipas kurdas.

Monsieur Fournier hizo una pausa para mirar a Poirot. Éste guardó silencio.

—Estas cosas podían llevarse a los labios sin que nadie se fijase. ¿Tengo o no razón?

Poirot dudó un momento antes de hablar:

—Está usted en la verdadera pista, pero va demasiado lejos. Y no hay que olvidarse de la avispa.

—¿La avispa? —repitió Fournier, haciendo una pausa—. No, no le sigo a usted por ahí. No veo que la avispa tenga nada que ver con esto.

—¿No lo ve? Pues es por ahí que…

Le interrumpió el timbre del teléfono. Cogió el receptor.

—Diga, diga. ¡Ah! Buenos días. Sí, yo mismo, Hércules Poirot —y en un aparte dijo—: Es Thibault. Sí, sí, no faltaba más. Muy bien. ¿Y usted? ¿*Monsieur* Fournier? De primera. Sí. Ya ha llegado. Aquí está en estos instantes.

Apartando el aparato, le explicó a Fournier:

—Ha ido a verle a usted a la Sûreté y le han dicho que había venido a verme aquí. Será mejor que hable con él. Parece muy excitado.

Fournier cogió el auricular.

—Diga, diga… Sí, Fournier al habla… ¿Qué…? ¿Qué…? ¿Habla usted en serio…? Sí, ya lo creo… Sí… Sí, estoy seguro que querrá. Vamos al instante.

Dejó el aparato y miró a Poirot.

—Es la hija. La hija de *madame* Giselle.

—¡Cómo!

—Sí, ha aparecido para reclamar su herencia.

—¿De dónde ha salido?

—De América, creo. Thibault le ha rogado que volviese a las once y media. Y propone que vayamos a verle.

—¡No faltaba más! Vamos enseguida. Dejaré una nota para *mademoiselle* Grey.

Escribió:

Un acontecimiento inesperado me obliga a salir. Si Jean Dupont viene o llama por teléfono, sea usted amable con él. Háblele de calcetines y de botones, pero aún no de prehistoria. ¡La admira a usted, pero es inteligente!

Au revoir,

HÉRCULES POIROT

—Ahora no perdamos tiempo, amigo mío —comentó levantándose—. Esto es lo que estaba esperando, que entrase en escena un personaje misterioso cuya presencia presentía. Pronto… pronto quedará todo muy claro.

Monsieur Thibault recibió a Poirot y a Fournier con gran afabilidad. Tras un cambio de frases corteses y después de contestar algunas preguntas, el abogado pasó a tratar el asunto referente a la heredera de *madame* Giselle.

—Ayer recibí una carta suya y esta mañana ha venido ella a visitarme.

—¿Qué edad tiene *mademoiselle* Morisot?

—Mademoiselle Morisot, o mejor dicho, la señora Richards, pues está casada, tiene exactamente veinticuatro años.

—¿Trae documentos que demuestren su identidad? —preguntó Fournier.

—Sí, ciertamente.

Cogió una carpeta y la abrió.

—Aquí está esto, para empezar.

Era una copia del certificado de matrimonio entre George Leman, soltero, y Marie Morisot, ambos de Quebec, con fecha de 1910. También había un certificado de nacimiento correspondiente a Anne Leman Morisot y otros varios documentos.

—Esto arroja cierta luz sobre el pasado de *madame* Giselle —señaló Fournier.

Thibault asintió.

—Según lo que he podido deducir, Marie Morisot era niñera o

costurera cuando conoció a Leman.

—Imagino que debió ser un buen tunante que la dejaría poco después de casarse con ella, y por eso volvió a usar el nombre de soltera.

—La niña fue admitida en el Institut de Marie en Quebec y allí se educó. Marie Morisot o Leman abandonó luego Quebec, supongo que con un hombre, y se vino a Francia. De vez en cuando enviaba allí algunas sumas de dinero y, finalmente, mandó una cantidad importante para que se la entregasen a su hija cuando cumpliera los veintiún años. Por aquel tiempo, Marie Morisot, o Marie Leman, llevaba una vida irregular, y le pareció preferible cortar toda relación personal.

—¿Cómo supo la muchacha que era heredera de una fortuna?

—Hemos publicado discretos anuncios en varios periódicos y parece ser que uno de ellos llegó a conocimiento de la directora del Institut de Marie, que escribió o telegrafió a la señora Richards, que estaba en Europa, pero a punto de regresar a Estados Unidos.

—¿Quién es Richards?

—Creo que un yanqui de Detroit o un canadiense. Es un fabricante de instrumentos quirúrgicos.

—¿No acompaña a su mujer?

—No, aún está en América.

—¿Podrá la señora Richards arrojar alguna luz sobre los posibles móviles del asesinato de su madre?

—No sabe nada de ella —el abogado rechazó la idea—. Aunque la directora le habló alguna vez de su madre, ignoraba hasta su nombre de soltera.

—Parece —comentó Fournier— que su aparición en escena va a sernos de poca ayuda para resolver el problema del asesinato. Aunque admito que no me había hecho ilusiones al respecto. Mis investigaciones, que van por otro camino, se reducen a tres personas.

—Cuatro —puntualizó Poirot.

—¿Cree usted que son cuatro?

—Yo no digo que sean cuatro, pero teniendo en cuenta la idea que usted me expuso, no puede limitarse a tres personas. Tenemos dos boquillas, las pipas kurdas y una flauta. No olvide usted la flauta, amigo mío.

Fournier lanzó una exclamación, pero en aquel momento se abrió la puerta y un viejo empleado anunció:

—La dama ha vuelto.

—¡Ah! —exclamó Thibault—. Ahora conocerán ustedes a la heredera. Adelante, *madame*. Permita que le presente a *monsieur* Fournier de la Sûreté, encargado aquí de las investigaciones encaminadas a esclarecer la muerte de su madre. *Monsieur* Poirot, a quien quizá conozca usted de nombre y que ha tenido la amabilidad de prestarnos su colaboración. *Madame* Richards.

La hija de Giselle era una agraciada morena que vestía con elegante sencillez.

Saludó a cada uno de los hombres, alargándoles la mano y pronunciando unas palabras de saludo.

—Me temo, messieurs, que apenas siento los sentimientos de una hija. A todos los efectos, no he sido más que una huérfana.

En respuesta a las preguntas de Fournier, habló con caluroso agradecimiento de la madre Angélique, la directora del Institut de Marie.

—Ella sí fue siempre muy buena conmigo.

—¿Cuándo dejó usted el orfanato, *madame*?

—A los dieciocho años, *monsieur*. Entonces empecé a ganarme la vida. Trabajaba como manicura. Estuve también en un establecimiento como modista. En Niza conocí a mi marido, que regresaba a Estados Unidos. Volvió en viaje de negocios a Holanda y nos casamos en Rotterdam hace un mes. Desgraciadamente, tuvo que volver a Canadá. Yo tuve que quedarme, pero ahora voy por fin a reunirme con él.

Anne Richards hablaba un francés correcto y fácil. Se comprendía, al oírla, que era más francesa que inglesa.

—¿Cómo se enteró usted de la tragedia?

—Lo leí en los periódicos, pero no sabía… es decir, no podía imaginar que la víctima fuese mi madre. Luego recibí en París un telegrama de la madre Angélique, dándome las señas del abogado Thibault y recordándome el nombre de soltera de mi madre.

Fournier meneó la cabeza pensativo.

Siguieron conversando un buen rato, pero se hizo evidente que la señora Richards podría ser de poca utilidad para sus indagaciones. Nada sabía de la vida de su madre ni de lo relativo a

sus negocios.

Después de apuntarse el nombre del hotel en que se alojaba, Poirot y Fournier se despidieron de ella.

—Está usted desencantado, *mon vieux* —comentó Fournier—. ¿Había usted concebido alguna idea acerca de esa muchacha? ¿Sospechó que podría ser una impostora, o acaso sigue usted sospechando que lo es?

Poirot meneó la cabeza con desaliento.

—No, no creo que sea una impostora. No plantean ninguna duda sus documentos. Pero es raro que me parezca haberla visto en alguna parte, o que me recuerde a alguien.

—¿Se parece a la difunta? —insinuó Fournier en tono de duda —. Seguramente es eso.

—No, no es eso. Me gustaría recordarlo. Estoy seguro de haber visto un rostro parecido al suyo.

Fournier se le quedó mirando lleno de curiosidad.

—Siempre le ha interesado a usted la hija abandonada.

—Claro está —contestó Poirot, enarcando las cejas—. De todas las personas a quienes puede beneficiar la muerte de Giselle, esta chica es la que sale más beneficiada, y de una manera muy concreta: con una enorme fortuna.

—Cierto, pero ¿adónde nos lleva todo esto?

Poirot permaneció en silencio durante unos instantes, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Amigo mío, esa muchacha hereda una gran fortuna. No le sorprenda si he pensado desde el principio que podría estar implicada. Tres mujeres viajaban en aquel avión. Una de ellas, Venetia Kerr, es hija de una familia tan conocida como respetable. Pero ¿y las otras dos? Desde que Elise Grandier nos indujo a creer que el padre de la hija de *madame* Giselle fue inglés, se me metió en la cabeza que una de las dos mujeres podía ser la hija. Las dos eran aproximadamente de la misma edad. Lady Horbury era una corista de antecedentes bastante oscuros y que actuó en los escenarios bajo un seudónimo. La señorita Jane Grey, como me dijo una vez, se educó en un orfanato.

—¡Ah, ah! —exclamó el francés—. ¿Todo eso es lo que ha estado pensando? Nuestro amigo Japp diría que se pasa usted de listo.

—Lo cierto es que siempre me acusa de complicar las cosas.

—¿Ve usted?

—Pero, de hecho, eso no es cierto. Siempre procedo de la manera más sencilla que pueda imaginarse. Y nunca me niego a aceptar los hechos.

—Pero ¿está usted decepcionado? ¿Esperaba algo más de esa Anne Morisot?

Habían llegado al hotel de Poirot. Un objeto que reposaba sobre el mostrador de la recepción le recordó a Fournier algo que aquél había dicho aquella misma mañana.

—No le he dado las gracias por haberme apartado del error en que estaba. Tenía en cuenta las dos boquillas de *lady* Horbury y las pipas kurdas de los Dupont, y es algo imperdonable en mí que hubiera olvidado la flauta del doctor Bryant, aunque no sospechaba de él seriamente.

—¿No sospechaba usted?

—No. Nunca pensé que fuera el tipo de hombre capaz…

Se interrumpió. El hombre que estaba hablando con el conserje se volvió con el estuche de la flauta en la mano y, viendo a Poirot, se le alumbró el rostro en una sonrisa de reconocimiento.

Poirot se adelantó, mientras Fournier se retiraba discretamente a un lado para que el doctor Bryant no le viera.

—Doctor Bryant —saludó Poirot con una inclinación.

Se estrecharon la mano. Una dama que había estado junto a Bryant se alejó en dirección al ascensor. Poirot se limitó a echarle una breve mirada.

—Bien, monsieur *le docteur*, ¿se han resignado sus pacientes a quedarse sin sus cuidados por unos días?

El doctor Bryant sonrió con aquella atractiva sonrisa que el otro recordaba tan bien.

—Ya no tengo pacientes. —Aclaró y acercándose a una mesita vecina, le ofreció—: ¿Un vaso de jerez, *monsieur* Poirot, o algún otro *apéritif*?

—Gracias.

Se sentaron y el doctor encargó las bebidas. Luego confirmó lentamente:

—No, ya no tengo enfermos. Me he retirado.

—¿Una decisión repentina?

Calló mientras les servían. Luego, levantando la copa, explicó:

—Una decisión necesaria. Abandono la carrera por mi propia voluntad, antes de que me echen del Colegio de Médicos. Todos llegamos a un punto decisivo de nuestra vida, *monsieur* Poirot, en que debemos tomar una decisión, al llegar a una encrucijada. Mi carrera me interesa enormemente y siento una pena, una gran pena al abandonarla. Pero me reclaman otras cosas. Se trata, *monsieur* Poirot, de la felicidad de un ser humano.

Poirot esperó en silencio que continuase.

—Es por una dama, una paciente mía, la quiero con toda mi alma. Tiene un marido que la hace desgraciada, que toma drogas. Si fuera usted médico sabría lo que esto significa. Como ella no tiene dinero, no puede abandonarle. He estado dudando mucho tiempo, pero por fin he tomado una determinación. Me la llevo a Kenia, donde empezaremos una vida nueva. Espero que al fin consiga un poco de felicidad. Ha sufrido tanto.

Se interrumpió de nuevo, para continuar apresuradamente:

—Le cuento esto, *monsieur* Poirot, porque pronto será del dominio público y, cuanto antes lo sepa usted, mejor.

—Comprendo —confirmó Poirot. Y, tras una breve pausa, añadió—: Veo que se lleva usted la flauta.

El señor Bryant sonrió.

—La flauta, *monsieur* Poirot, es mi mejor compañera. Cuando falla todo lo demás, siempre queda la música.

Pasó sus manos cariñosamente por el estuche. Luego, haciendo una inclinación, se levantó.

Poirot le imitó.

—Mis más sinceros deseos de felicidad, *monsieur le docteur*, en compañía de *madame* —se despidió Poirot.

Cuando Fournier se acercó a su amigo, Poirot se encontraba en el mostrador pidiendo una conferencia telefónica con Quebec.

Capítulo XXIV

Una uña rota

—Y ahora, ¿qué? —exclamó Fournier—. ¿Acaso está intrigado con la herencia? Es una verdadera idea fija en usted.

—De ningún modo. Pero en todo tiene que haber orden y método. Hay que acabar una cosa antes de empezar otra.

Se volvió para mirar a su alrededor.

—Aquí está *mademoiselle* Jane. ¿Y si empezasen ustedes *le déjeuner*? Enseguida me reuniré con ustedes.

Fournier accedió y entró con Jane en el comedor.

—¿Y qué? —preguntó Jane con curiosidad—. ¿Cómo es ella?

—Es de estatura algo más que regular, morena, de tez mate, barbilla saliente.

—Habla usted como un pasaporte. Las señas personales de mi pasaporte parecen un insulto. Se componen todas de tamaños medios y regulares. Nariz: media; boca: regular… ¡Vaya un modo de describir una nariz! Frente: regular; barbilla: regular…

—Pero los ojos no son regulares —observó Fournier.

—Son grises, que no es por cierto un color muy atractivo.

—¿Y quién le ha dicho que no es un color muy atractivo? —protestó Fournier, inclinándose sobre la mesa.

Jane se rió.

—Domina usted el inglés. Dígame algo más de Anne Morisot. ¿Es bonita?

—*Assez bien* —confirmó Fournier con cautela—. Y además, ¡no es Anne Morisot, es Anne Richards! Está casada.

—¿Han visto también al marido?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque está en Canadá o en Estados Unidos.

Le explicó algunas circunstancias de la vida de Anne. Cuando ya estaba agotado el tema, se les unió Poirot, que parecía un poco desalentado.

—¿Qué hay, *mon cher*? —le preguntó Fournier.

—He hablado con la directora, con la madre Angélique. Es algo maravilloso el teléfono transatlántico. ¡Eso de poder hablar con alguien que está casi al otro lado del mundo!

—También es admirable el facsímil telegráfico. La ciencia es lo más maravilloso del mundo. Pero ¿qué iba usted a decir?

—Hablé con la madre Angélique. Me confirmó exactamente lo que la señora Richards nos ha dicho de las circunstancias de su educación en el Institut de Marie. Me habló francamente de la madre, que se fue de Quebec con un francés comerciante en vinos. Se sintió muy aliviada al saber que la chica no caería bajo la influencia de su madre. En su opinión, Giselle iba por mal camino. Enviaba regularmente el dinero, pero nunca manifestó deseos de ver a su hija.

—En fin, que la conversación no ha sido más que una repetición de lo que hemos oído esta mañana.

—Prácticamente igual, pero con más pormenores. Anne Morisot dejó el Institut de Marie hace seis años para trabajar de manicura, después de lo cual se colocó como doncella de compañía y, en calidad de tal, salió de Quebec hacia Europa. No escribía con frecuencia, pero la madre Angélique tenía noticias de ella un par de veces al año. Cuando leyó en los periódicos la noticia sobre la encuesta judicial, sospechó que aquella Marie Morisot era con toda probabilidad la Marie Morisot que había vivido en Quebec.

—Y el marido ¿qué? —preguntó Fournier—. Ahora que sabemos que Giselle se casó, el marido podría ser un gran elemento.

—Ya he pensado en eso. Ha sido una de las razones de mi llamada. George Leman, el marido de Giselle, murió en los primeros días de la guerra.

Hizo una pausa y, de pronto, preguntó:

—¿Qué acabo de decir? No, mi última observación, la de antes. Me parece que, sin darme cuenta, he dicho algo de importancia.

Fournier repitió lo mejor que supo cuanto había dicho Poirot, pero el belga meneó la cabeza con disgusto.

—No, eso no. Bueno, no importa.

Volviéndose hacia Jane, entabló una animada conversación con ella.

Terminado el almuerzo, Poirot propuso tomar el café en el salón.

Jane se mostró de acuerdo enseguida y alargó la mano para coger sus guantes y su bolso. Pero, al hacerlo, dio un ligero respingo.

—¿Qué sucede, *mademoiselle*?

—¡Oh! Nada —rió Jane—. Que se me ha roto una uña. Tengo que limármela.

Poirot volvió a sentarse pausadamente, exclamando por lo bajo:

—*Nom d'un nom d'un nom*!

Sus compañeros lo miraron con sorpresa.

—*Monsieur* Poirot —exclamó Jane—. ¿Qué sucede?

—Es que de pronto he recordado por qué me resultaba familiar Anne Morisot —señaló Poirot—. ¡Como que la había visto antes… en el avión… el día del asesinato! Lady Horbury mandó a buscarla para pedirle una lima para las uñas. Anne Morisot era la doncella de *lady* Horbury.

Capítulo XXV

«Tengo miedo»

Tan inesperada revelación produjo una honda impresión en los tres comensales. Abría una nueva perspectiva para el caso.

Lejos de ser una persona ajena por completo a la tragedia, Anne Morisot estuvo presente en la escena del crimen. Los tres tardaron unos instantes en reponerse del efecto que aquello les causó.

Poirot agitaba frenéticamente las manos, con los ojos cerrados, como para ahuyentar una visión horrible.

—Un momento, un momento —rogó—. Necesito reflexionar, necesito ver cómo afecta esto a las ideas que tenía. Tengo que repasarlo. Debo recordar. ¡Maldito mil veces mi desgraciado estómago! ¡Sólo me preocupaban las sensaciones internas!

—¿De modo que ella estaba en el avión? —preguntó Fournier—. Por fin, por fin empiezo a comprender.

—Recuerdo —señaló Jane— a una muchacha alta y morena. —Y cerró los ojos en un esfuerzo para refrescar su memoria—. Madeleine, la llamó *lady* Horbury.

—Eso es, Madeleine —confirmó Poirot—. Lady Horbury la mandó al fondo del avión a buscar un maletín, un neceser rojo.

—¿Quiere usted decir que esa muchacha pasó por detrás del asiento de su madre? —preguntó Fournier con vivo interés.

—Así fue.

—Ya tenemos el móvil y la ocasión —afirmó el inspector con un gran suspiro—. Sí, lo tenemos todo.

Luego, con una vehemencia que contrastaba con su carácter comedido y melancólico, descargó un puñetazo sobre la mesa, y

exclamó:

—*Parbleu*! ¿Por qué nadie mencionó eso antes? ¿Por qué no se la incluyó entre los sospechosos?

—Ya se lo he dicho, amigo mío, ya se lo he dicho. Mi desgraciado estómago es el culpable.

—Sí, sí, eso se comprende, pero es que hay otros estómagos sanos: los camareros, los demás pasajeros…

—Tal vez se debiera —observó Jane— a que eso sucedió al principio, cuando apenas habíamos salido de Le Bourget, y Giselle se hallaba viva casi una hora después. Todo hace suponer que la mataron mucho después.

—Es curioso —comentó Fournier pensativo—. ¿No puede haber un efecto retardado del veneno? A veces esas cosas pasan.

Poirot dejó caer la cabeza entre sus manos.

—Tengo que pensar, debo pensar —gruñó—. ¿Es posible que todo lo que he imaginado hasta ahora sea un completo error?

—*Mon vieux* —le compadeció Fournier—, esas cosas suelen suceder. Me han pasado a mí. También es posible que le pasen a usted. A veces no hay más remedio que tragarse el propio orgullo y rectificar las ideas.

—Es cierto —aceptó Poirot—. Tal vez le haya dado demasiada importancia a algo que no la tenía. Esperaba hallar cierta pista y, al hallarla, lo articulé todo alrededor de ella. Pero si he estado equivocado desde el principio, si aquello estaba donde estaba sólo por mero accidente, en ese caso, sí, tendré que admitir que estaba enteramente equivocado.

—No podemos cerrar los ojos al nuevo giro que toman ahora las cosas —observó Fournier—. Tenemos el móvil y la ocasión. ¿Qué más quiere?

—Nada. Debe de ser como usted dice. La acción retardada del veneno es sin duda algo tan extraordinario que, en la práctica, podríamos calificarla de imposible. Pero en cuestión de venenos, hasta lo imposible puede suceder. Hay que tener en cuenta la idiosincrasia de cada uno.

Su voz se apagó.

—Tenemos que trazar un plan de acción —propuso Fournier—. Por ahora, creo que sería imprudente despertar las sospechas de Anne Morisot. Ignora por completo que usted la ha reconocido.

Hemos aceptado su buena fe. Sabemos en qué hotel se hospeda y podemos ponernos en contacto con ella por mediación de Thibault. Las formalidades legales pueden diferirse. Tenemos dos puntos bien establecidos: ocasión y móvil. Aún hay que probar que Anne Morisot dispusiese de veneno de serpiente. Está además la cuestión del norteamericano que compró la cerbatana y sobornó a Jules Perrot. Podría muy bien ser el marido, Richards. Sólo sabemos que está en Canadá porque ella así lo afirma.

—Como usted dice, el marido, sí, el marido. ¡Ah! ¡Espere, espere!

Poirot se oprimió las sienes con las manos.

—Todo está mal. No empleo adecuadamente mis células grises —murmuró—. No hago más que dar saltos hacia conclusiones. Acabo por creer, quizá, en lo que me gustaría creer. Y me vuelvo a equivocar. Si mi idea original era buena, no debo dejarme influir.

Se interrumpió.

—¿Cómo dice? —preguntó Jane.

Poirot no respondió durante unos instantes. Luego, apartó las manos de sus sienes, se irguió en su asiento y cambió de lugar dos tenedores y un salero que molestaban su sentido de la simetría.

—Razonemos —dijo por fin—: Anne Morisot es culpable del crimen o es inocente. Si es inocente, ¿por qué ha mentido? ¿Por qué ha ocultado el hecho de que era la doncella de *lady* Horbury?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Fournier.

—De modo que diremos que Anne Morisot es culpable porque ha mentido. Pero espere. Supongamos que mi primera suposición fuese correcta. ¿Cuadraría eso con la culpabilidad de Anne Morisot, con el hecho de que mintiera? Sí, podría cuadrar, si damos por sentada una premisa. Pero en este caso y si la premisa es correcta, *Anne Morisot no debería haberse hallado en el avión bajo ningún concepto*.

Sus compañeros de mesa lo contemplaban cortésmente, pero con un interés más bien superficial.

Ahora comprendo lo que afirma el inglés Japp, pensaba Fournier. Este viejo lo complica todo. Está tratando de complicar un asunto que se presenta muy sencillo. Se resiste a aceptar una solución clara, cuando se contradice con sus ideas preconcebidas.

No comprendo nada de lo que dice, pensaba Jane. ¿Por qué no

debía estar esa chica en el avión? Tenía que ir a donde *lady* Horbury la mandase. Realmente, me parece que es un charlatán.

De pronto, Poirot inspiró a pleno pulmón.

—Pues claro —exclamó—. Es una posibilidad, y debería ser muy sencillo comprobarlo.

Se levantó.

—¿Y ahora qué, amigo mío? —le preguntó Fournier.

—Otra vez al teléfono —explicó Poirot.

—¿Una llamada transatlántica a Quebec?

—Esta vez es una mera llamada a Londres.

—¿A Scotland Yard?

—No, a casa de *lord* Horbury, en Grosvenor Square. Ojalá tenga la suerte de que *lady* Horbury se encuentre en casa.

—Cuidado, amigo mío, que si Anne Morisot sospecha que es el blanco de nuestras investigaciones, se nos va a estropear el negocio. Sobre todo no la pongamos en guardia.

—No tema. Seré discreto. Sólo pienso hacer una pregunta sin importancia, la pregunta más inofensiva. ¿Quiere usted venir conmigo?

—No, no.

—Insisto.

Los dos hombres salieron, dejando a Jane sola.

Tardaron en ponerlos en comunicación, pero Poirot estuvo de suerte. Lady Horbury se hallaba almorzando en casa.

—Bueno. Dígale usted a *lady* Horbury que *monsieur* Hércules Poirot desea hablarle desde París. —Hubo una pausa—. ¿Es usted, *lady* Horbury…? No, no, todo va bien. Le aseguro a usted que todo va bien… No se trata de eso. Deseo que me conteste a una pregunta. ¿Cuando usted vuela de París a Inglaterra, siempre suele acompañarla su doncella o ella va en tren…? En tren. De modo que en aquella ocasión… Comprendo… ¿Está segura? ¡Ah! ¿Se ha despedido? ¿La dejó de repente al recibir una noticia…? *Mais oui*, qué ingratitud… Es cierto. ¡Son un atajo de ingratas…! Sí, sí, exacto… No, no es preciso que se moleste. *Au revoir*. Gracias.

Dejó el aparato y se volvió hacia Fournier con ojos brillantes.

—Escuche esto, amigo mío: la doncella de *lady* Horbury acostumbraba a viajar en tren y en barco. El día que mataron a Giselle, *lady* Horbury decidió a última hora que Madeleine hiciese el

viaje también en avión.

Cogió al francés del brazo.

—Pronto, amigo mío. Hemos de ir corriendo a su hotel. Si no me equivoco, y mucho me temo que no, no hay tiempo que perder.

Fournier se quedó sorprendido, pero no tuvo tiempo de formular ni una pregunta, porque Poirot ya había cruzado la puerta giratoria que daba a la calle.

Fournier corrió tras él.

—Pero no acabo de comprenderlo. ¿Qué pasa?

El inspector abrió la portezuela de un taxi. Tras subirse, a él, Poirot le dio al chófer las señas del hotel de Anne Morisot.

—Y a toda velocidad, pero que a toda velocidad.

Fournier se apresuró a entrar tras él.

—¿Qué mosca le ha picado? ¿Por qué estas prisas?

—Porque, amigo mío, si no me equivoco, Anne Morisot está en inminente peligro.

—¿Usted cree?

Fournier no pudo disimular un tono de escepticismo.

—Tengo miedo —exclamó Hércules Poirot—. Miedo. *Bon Dieu*, ¡qué despacio va este coche!

El taxi en aquel momento corría a más de 60 por hora zigzagueando entre el tráfico, saliendo milagrosamente indemne gracias a la excelente pericia del conductor.

—Va tan despacio que, en cualquier instante, podemos sufrir un accidente —comentó secamente Fournier—. Y hemos dejado plantada a *mademoiselle* Grey, que estará esperando a que regresemos del teléfono, y sin una palabra de excusa. Eso no es muy cortés.

—¿Qué importa la cortesía o descortesía en una cuestión de vida o muerte?

—¿Vida o muerte? —murmuró Fournier encogiéndose de hombros y pensó: Bueno, este loco lo echará todo a perder. En cuanto la muchacha huela que le seguimos el rastro…

Entonces intentó un tono más persuasivo:

—Sea usted razonable, *monsieur* Poirot. Tenemos que proceder con cautela.

—Usted no comprende. Tengo miedo… miedo…

El taxi se detuvo chirriando ante el hotel en que se hospedaba

Anne Morisot.

Poirot saltó a la acera y casi se tropezó con un hombre joven que salía del hotel.

Poirot se quedó de piedra al verlo.

—Otra cara conocida. Pero ¿dónde le he visto yo…? ¡Ah! Ya recuerdo, ése es el actor Raymond Barraclough.

Al ir a entrar en el hotel, Fournier le detuvo, sujetándole por un brazo.

—*Monsieur* Poirot, siento un gran respeto, una honda admiración por sus métodos, pero creo firmemente que no hemos de precipitarnos. En Francia soy yo el responsable de la dirección de este caso.

Poirot le interrumpió.

—Me hago cargo de su ansiedad, pero no hay ninguna precipitación por mi parte. Preguntaremos al conserje. Si *madame* Richards está aquí y todo va bien, nada habremos perdido y podremos discutir con calma nuestro futuro plan de conducta. ¿Tiene usted algo que objetar a esto?

—No, no, claro que no.

—Está bien.

Poirot empujó la puerta giratoria y se encaminó hacia el encargado de recepción, seguido de Fournier.

—Creo que se hospeda aquí una tal señora Richards.

—No, *monsieur*. Estaba aquí, pero se ha ido hoy.

—¿Se ha ido? —preguntó Fournier.

—Sí, *monsieur*.

—¿Cuándo?

—Hará una media hora.

—¿Ha sido una marcha improvisada? ¿Adónde ha ido?

El empleado se irguió ante esta pregunta y parecía poco dispuesto a contestar, pero cuando Fournier le mostró sus credenciales, cambió de actitud y prometió prestar cuanta ayuda estuviese a su alcance.

No, la señora no había dejado señas. Pensó que su marcha se debía a un súbito cambio de planes. Al llegar dijo que se proponía pasar una semana.

Más preguntas. Se interrogó al portero, a los mozos de los equipajes, a los encargados del ascensor.

Según el portero, un caballero había preguntado por ella durante su ausencia, la esperó y almorzó con ella. ¿Qué tipo de caballero? Un norteamericano… muy norteamericano. Ella pareció sorprendida al verle. Después del almuerzo, la señora pidió que le bajasen el equipaje y se fue en un taxi.

¿Que adónde se había dirigido? A la Gare du Nord, al menos esa fue la orden que dio al taxista. ¿Y se fue con ella el norteamericano?

—No, se fue sola.

—La Gare du Nord —observó Fournier—. Es la ruta hacia Inglaterra. El expreso de las dos. Pero también puede haber querido despistar. Hay que telefonear a Boulogne e intentar que detengan el ferry.

Se diría que el miedo de Poirot se había contagiado a Fournier.

El rostro del francés reflejaba una viva ansiedad.

Con gran rapidez y eficacia puso en movimiento la maquinaria policial.

Eran las cinco cuando Jane, que esperaba en el salón con un libro abierto en sus manos, levantó la cabeza y vio entrar a Poirot.

Quiso protestar, pero las palabras se le helaron en la boca al ver la cara que ponía su jefe.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. ¿Ha pasado algo?

Poirot le cogió las manos.

—La vida es algo terrible, *mademoiselle*.

El tono con que pronunció estas palabras hizo estremecer a Jane.

—Pero ¿qué pasa? —volvió a preguntar.

Poirot habló lentamente.

—Cuando el tren llegó a Boulogne, se encontró a una mujer en un compartimiento de primera… muerta.

Jane palideció.

—¿Anne Morisot?

—Anne Morisot. Tenía en la mano un frasco azul que contenía cianuro.

—¡Oh! —exclamó Jane—. ¿Un suicidio?

Poirot tardó en contestar. Luego, como quien escoge con prudencia las palabras, contestó:

—Sí, la policía cree que se trata de un suicidio.

—¿Y usted?

Poirot extendió los brazos en actitud muy expresiva.

—¿Qué otra cosa se puede creer?

—¿Por qué se suicidaría? ¿Por remordimiento o por miedo a ser detenida?

Poirot meneó la cabeza pensativo:

—¡Qué cosas más horribles tiene la vida! Se necesita mucho valor.

—¿Para matarse? Sí, supongo que sí.

—Y para vivir —remachó Poirot—, también para vivir se necesita valor.

Capítulo XXVI

Charla de sobremesa

Al día siguiente, Poirot dejó París. Jane se quedó allí con una lista de encargos que cumplir, la mayor parte de los cuales no tenían para ella el menor sentido, aunque procuró hacerlos lo mejor que pudo. Vio a Jean Dupont dos veces. Él le habló de la expedición en que ella debía tomar parte y Jane no osó desengañarle sin hablar antes con Poirot, de modo que siguió la charla lo mejor que supo, hasta poder cambiar de tema. Cinco días después, un telegrama la reclamó a Inglaterra.

Norman fue a esperarla a la estación Victoria y hablaron de los recientes sucesos.

Se había dado escasa importancia al suicidio. En los periódicos apareció una breve noticia dando cuenta del suicidio de una tal señora Richards, canadiense, en el expreso París-Boulogne. Y nada más. No se había mencionado ninguna relación con el asesinato en el avión.

Tanto Norman como Jane tenían el ánimo predispuesto al optimismo. Confiaban ciegamente en que todas sus inquietudes habrían terminado muy pronto. Aunque Norman no era tan entusiasta como Jane.

—Si sospechan que ella mató a su madre, ahora, tras el suicidio, probablemente no se molestarán en proseguir con el caso, y si no se cierra oficialmente, no sé qué va a ser de unos pobres diablos como nosotros. Para la opinión pública, seguiremos envueltos en sospechas como hasta ahora.

Y eso mismo le dijo a Poirot cuando lo encontró en Piccadilly

unos días después.

Poirot sonrió.

—Es usted como todos. Me toman por un viejo chocho, incapaz de realizar nada de provecho. Oiga: ¿Por qué no viene a cenar esta noche conmigo? Vendrá Japp y también nuestro amigo el señor Clancy. Voy a hablar de cosas que pueden interesarle.

La cena transcurrió agradablemente. Japp estaba de buen humor y adoptó un aire protector. Norman se mostraba interesado. El señor Clancy estaba tan excitado como cuando identificó el dardo fatal.

Nadie hubiera dicho que Poirot trataba abiertamente de impresionar al escritor.

Después de la cena, tomado el café, Poirot se aclaró la garganta con cierto embarazo, aunque tampoco restase importancia al momento.

—Amigos míos —empezó diciendo—, el señor Clancy me ha expresado su interés por conocer lo que él llamaría mis métodos, Watson. *C'est ça, n'est-ce pas*? Propongo, si no tiene que resultarles pesado… —hizo una pausa significativa, pero Norman y Japp se apresuraron a decir que no, que sería muy interesante—, darles un resumen de los métodos que he seguido en mis investigaciones en este caso.

Guardó silencio para consultar sus notas. Japp murmuró al oído de Norman:

—Se traga sus propias fantasías, ¿verdad? Pues no es vanidoso ni nada, este hombrecillo.

Poirot le dirigió una mirada de reproche al tiempo que se aclaraba la garganta:

—¡Ejem!

Tres rostros se volvieron cortésmente hacia él.

—Empezaré por el principio, amigos míos. Me situaré en el avión Prometheus el día del fatídico viaje París-Croydon. Les expondré las impresiones que recibí aquel día y las ideas que me sugirieron, pasando luego a explicarles si se confirmaron o no en virtud de futuras observaciones.

»Poco antes de llegar a Croydon, el camarero se acercó al doctor Bryant, y éste le siguió para examinar el cadáver. Yo les acompañé, presintiendo que tal vez aquello pudiera interesarme

personalmente. Quizá tenga yo un punto de vista excesivamente profesional, cuando se trata de asesinatos. Esos casos los divido en dos clases: los que me interesan y los que no. Y aunque estos últimos son infinitamente más numerosos, siempre que me hallo ante la víctima de un crimen me siento como un perro olfateando el aire.

»El doctor Bryant confirmó el temor del camarero respecto a la defunción de la viajera. Claro que, respecto a la causa de la muerte, no podía emitir su juicio sin examinar atentamente el cadáver. Y entonces fue cuando *monsieur* Jean Dupont sugirió que la muerte pudo producirse por un shock causado por la picadura de una avispa y, en apoyo de su hipótesis, nos mostró el insecto que acababa de matar.

»Era una conjetura que, por no carecer de fundamento, parecía muy aceptable. Podía verse la señal en el cuello de la difunta, señal muy semejante a la que deja el aguijón de una avispa y, además, estaba el hecho innegable de la presencia del insecto en el avión.

»Pero yo tuve la fortuna de descubrir en el suelo lo que a primera vista hubiera podido tomarse por otra avispa muerta, pero que en realidad era un dardo con un copito de seda amarilla y negra.

»Fue entonces cuando se acercó el señor Clancy y afirmó que aquello era un dardo como los que algunas tribus lanzan con cerbatana. Luego, como ustedes ya saben, se descubrió este artilugio.

»Cuando llegamos a Croydon, las ideas bullían en mi cerebro. Una vez que me vi en tierra, mi cerebro empezó a funcionar con su acostumbrada claridad.

—Siga, *monsieur* Poirot —sonrió Japp—. Prescinda de cualquier falsa modestia.

Poirot reanudó su discurso tras dirigirle una mirada.

—Una idea predominaba en mi cabeza (como a todos los demás), y era la audacia de un crimen cometido de aquel modo, y el hecho sorprendente de que nadie lo hubiera advertido.

»Otros dos puntos me interesaban además. Uno era la oportuna presencia de la avispa. El otro, el hallazgo de la cerbatana. Como tuve ocasión de hacer observar a mi amigo Japp, ¿por qué diablos no se desprendió de ella el asesino arrojándola por el hueco de la

ventilación? El dardo por sí solo hubiera sido difícil de identificar, pero una cerbatana, que además conservaba aún vestigios de su etiqueta, ya era otra cosa.

»¿Cuál era la explicación? Obviamente que el asesino deseaba que se encontrase la cerbatana.

»Pero ¿por qué? Sólo hay una respuesta lógica. Si se encontraba un dardo envenenado y una cerbatana, se supondría que el asesinato había sido cometido con un dardo disparado con ese chisme. Por consiguiente, el crimen no se había cometido de aquel modo.

»Por otra parte, como había de demostrar el análisis, la muerte la causó el veneno del dardo. Esto abrió mis ojos y me dio que pensar. ¿Cuál era la manera más segura de clavar un dardo en la yugular? Y la respuesta no ofrece dudas: con la mano.

»Inmediatamente se vio la necesidad de que se encontrara la cerbatana. Ésta sugería inevitablemente la idea de distancia. Si mis deducciones no eran erróneas, la persona que mató a Giselle se le acercó muy decidida y se inclinó sobre ella para matarla.

»¿Alguien pudo hacer algo así? Sí, dos personas. Los dos camareros pudieron acercarse a *madame* Giselle e inclinarse sobre ella sin que nadie notara nada anormal.

»¿Pudo hacer eso alguien más?

»Les diré que pudo hacerlo el señor Clancy. Era el único viajero que había pasado por detrás del asiento de *madame* Giselle, y recuerdo que fue el primero en llamar la atención sobre lo de la cerbatana y el dardo envenenado.

El señor Clancy se levantó de un brinco.

—¡Protesto! —exclamó—. ¡Protesto! ¡Esto es una infamia!

—Siéntese —le ordenó Poirot—. Aún no he terminado. Quiero exponerles paso a paso cómo llegué a mis conclusiones.

»Yo tenía ya tres presuntos autores del crimen: Mitchell, Davis y el señor Clancy. Ninguno de los tres me parecía un asesino, pero quedaba mucho camino por delante.

»Recapacité luego sobre las posibilidades que ofrecía la avispa. ¡Qué interesante era esa avispa! En primer lugar, nadie se había fijado en ella hasta que se sirvió el café. Esta circunstancia era ya muy curiosa. En mi opinión, el asesino se propuso dar al mundo dos soluciones distintas de la tragedia. Según la primera y más sencilla,

madame Giselle sufrió una picadura de avispa y sucumbió a un infarto. El éxito de esta solución dependía de que el asesino pudiera recoger el dardo. Japp convino conmigo en que esto podía hacerse fácilmente, en tanto nadie sospechara que sucedía algo irregular. Además, yo no tenía la menor duda de que habían cambiado el color original de la seda para simular la apariencia de una avispa.

»El asesino, pues, se acercó a su víctima, le clavó el dardo ¡y dejó en libertad la avispa! El veneno es tan activo que produce la muerte al instante. Si Giselle gritara, con el ruido del motor nadie la oiría. Pero, para el caso de que alguien la oyese, ya estaba zumbando la avispa por el avión para justificar el grito. El insecto, se diría, había picado a la pobre mujer.

»Ése era, como digo, el plan número uno. Pero suponiendo, como realmente ocurrió, que se descubriera el dardo envenenado antes de que el criminal pudiera recogerlo, la situación del asesino sería muy comprometida. La muerte natural sería inaceptable. En vez de arrojar la cerbatana por el hueco de la ventilación, habría que esconderla donde se la pudiera encontrar cuando se registrase el avión y, enseguida, surgiría la idea de que aquella era el arma del crimen. La atmósfera adecuada para un disparo a distancia estaba creada y, cuando se encontrara la cerbatana, se encaminarían las sospechas en una determinada dirección.

»Ya tengo, pues, mi teoría del crimen, y mis sospechas contra tres personas, que pueden extenderse a una cuarta:

»*Monsieur* Jean Dupont, que atribuyó la muerte a una picadura de avispa, era quien se sentaba más cerca de Giselle y podía levantarse sin que nadie se fijase. Pero, por otra parte, no me atrevía a admitir que se hubiera arriesgado tanto. Concentré mis pensamientos en el problema de la avispa. Si el asesino llevaba encima una avispa para soltarla en el momento psicológico, debió traerla encerrada en una cajita o algo por el estilo.

»De aquí mi interés por saber lo que llevaban los pasajeros en sus bolsillos y en su equipaje.

»Y he aquí que llegué a un resultado totalmente inesperado. Encontré lo que buscaba, pero no en la persona que esperaba. En el bolsillo del señor Norman Gale había una cajita de cerillas vacía. Pero, según todos declaraban, el señor Gale no se había acercado a la cola del avión. Sólo fue al servicio y volvió luego a su sitio.

»Y, a pesar de todo, aunque parezca imposible, había una manera por la que el señor Gale hubiera podido cometer el crimen, como mostraba el contenido de su maletín.

—¿Mi maletín? —preguntó Norman Gale entre alegre y sorprendido—. Ni yo mismo recuerdo las cosas que llevaba.

Poirot le dirigió una amable sonrisa.

—Espere un poco. Ya hablaremos de eso. Ahora estoy exponiendo mis primeras impresiones. Como iba diciendo, cuatro eran las personas que podían haber cometido el crimen desde el punto de vista de las posibilidades: los dos camareros, Clancy y Gale. Luego estudié el caso desde otro ángulo: el del motivo. Si el motivo coincidía con la posibilidad, tendría al asesino. ¡Pero, ay, no llegué a un resultado satisfactorio! Mi amigo Japp me acusó de complicar las cosas, pero les confieso que en la investigación del motivo procedí de la manera más sencilla del mundo. ¿A quién aprovecharía la desaparición de *madame* Giselle? Desde luego a su hija, ya que ella heredaría una fortuna. Había otras personas que estaban en poder de *madame* Giselle, o así lo parecía, por lo que sabíamos. Fue un trabajo de eliminación. Sólo uno de los pasajeros del avión se hallaba complicado en los negocios de Giselle, y ese pasajero era *lady* Horbury.

»Lady Horbury tenía evidentes motivos para desear la muerte de Giselle. La noche anterior la había visitado en París. Se hallaba en una situación apurada y tenía un amigo, un joven actor, que podía muy bien ser el norteamericano que compró una cerbatana y sobornó al empleado de la compañía aérea para obligar a Giselle a tomar el vuelo de las doce.

»El problema se desdoblaba en dos. No veía yo la posibilidad de que *lady* Horbury hubiese cometido el crimen, ni el motivo que pudieran tener los camareros, ni el señor Clancy y el señor Gale para cometerlo.

»Pero siempre, en el fondo de mi mente, bullía el problema que me ofrecía la hija y heredera, aún desconocida, de Giselle. ¿Estaba casado alguno de mis cuatro sospechosos y, en ese caso, podía ser su esposa Anne Morisot? Si su padre era inglés, ella debió criarse en Inglaterra. Pronto descarté a la mujer de Mitchell, que era un tipo clásico de Dorset. Davis tenía relaciones con una muchacha cuyos padres viven. El señor Clancy era soltero. El señor Gale estaba

evidentemente enamorado de la señorita Jane Grey.

»Debo decir que examiné cuidadosamente los antecedentes de la señorita Grey, sabiendo por ella, por lo que dijo en el transcurso de unas charlas, que se crió en un orfanato cerca de Dublín. Pero pronto me convencí de que la señorita Grey no era la hija de Giselle.

»Confeccioné un cuadro con los resultados obtenidos. Los camareros ni ganaban ni perdían con la muerte de *madame* Giselle, dejando aparte el evidente shock que sufrió Mitchell. El señor Clancy planeaba una novela inspirada en ese asunto, y esperaba ganar algún dinero con ella. El señor Gale perdía la clientela. Poco adelantaba con esto en mis investigaciones.

»Y, no obstante, estaba convencido de que el señor Gale era el asesino, por la caja de cerillas vacía y por el contenido de su maletín. Aparentemente, en vez de ganar algo con la muerte de Giselle, había salido perdiendo, pero las apariencias pueden engañar.

»Decidí cultivar su amistad. Sé por experiencia que cualquiera que hable mucho tiende a delatarse antes o después. Todos acaban por hablar de sí mismos.

»Procuré ganarme la confianza del señor Gale. Fingí fiarme de él y hasta solicité su ayuda para hacer un falso chantaje a *lady* Horbury. Y entonces fue cuando cometió su primera equivocación.

»Le propuse que se caracterizase un poco y se dispuso a representar su papel como un ridículo mamarracho. Aquello fue una farsa. Nadie, estoy seguro, hubiera representado el papel tan mal como él se proponía hacerlo. ¿Qué razón tenía para aquello? Pues que, sabiéndose culpable, temía manifestarse como un buen actor. Pero cuando yo enmendé su exagerado disfraz, quedó de manifiesto su habilidad artística. Representó su papel a las mil maravillas y *lady* Horbury no le reconoció. Entonces me convencí de que podía haberse presentado en París como un norteamericano y de que en el Prometheus podía haber representado también su papel.

»Y empezó a preocuparme seriamente *mademoiselle* Grey. O estaba complicada en el asunto o era inocente y, en este caso, se convertiría en víctima, ya que un buen día podía despertar como esposa de un asesino. Para impedir un matrimonio lamentable, me llevé a *mademoiselle* conmigo a París en calidad de secretaria.

»Y, mientras estábamos allí, se presentó la desconocida heredera a reclamar la fortuna. Me intrigó en ella una semejanza que no podía concretar. Hasta que al fin la identifiqué, aunque demasiado tarde.

»El hecho de que se encontrara en el avión y de que hubiera mentido al respecto, desbarataba todas mis teorías. Ella era, sin ningún género de dudas, la culpable que buscábamos.

»Pero si era culpable, tenía un cómplice en el hombre que compró la cerbatana y sobornó a Jules Perrot.

»¿Quién era ese hombre? ¿Su marido?

»Y, de pronto, se me ofreció la verdadera solución, es decir, la verdadera si se podía comprobar un punto.

»Para que mis deducciones fuesen correctas, Anne Morisot no debía haber volado en aquel avión. Telefoneé a *lady* Horbury y me contestó satisfactoriamente. Su doncella, Madeleine, viajó en el avión por un capricho de última hora de su señora.

Poirot hizo una pausa. El señor Clancy observó:

—¡Hum! Veo que aún no queda muy probada mi inocencia.

—¿Cuándo dejó de sospechar de mí? —preguntó Norman.

—Nunca. Usted es el asesino. Espere y se lo explicaré todo. Japp y yo hemos trabajado mucho esta semana. Es cierto que usted se hizo dentista para complacer a su tío, John Gale. Adoptó usted su nombre cuando se estableció como socio de él, pero era usted hijo de su hermana, no de su hermano. Su nombre verdadero es Richards. Como Richards conoció usted a Anne Morisot el invierno pasado en Niza, cuando estaba allí con su señora. Lo que ella nos contó de su infancia es cierto, pero la segunda parte de la historia la inventó usted. No es cierto que ella ignorase el nombre de soltera de su madre. Giselle estuvo en Montecarlo y allí alguien mencionó su nombre auténtico. Usted pensó que allí podía haber una gran fortuna a ganar, y eso atrajo a su temperamento de jugador. Por Anne Morisot supo la relación que existía entre *lady* Horbury y Giselle.

»Usted concibió enseguida el plan del crimen. Giselle tenía que morir de modo que todas las sospechas recayesen en *lady* Horbury. Maduró su plan y éste fructificó. Sobornó al empleado de la compañía aérea para que Giselle viajase en el mismo avión que *lady* Horbury. Anne Morisot le había dicho a usted que ella haría el viaje

en tren y no esperaba verla en el avión. Esto trastornó seriamente sus planes. Si se descubría que la hija y heredera de Giselle había volado en aquel avión, las sospechas recaerían en ella. Su idea original era que reclamase la herencia protegida por una coartada perfecta, ya que no se hallaría en el avión cuando se cometiese el crimen, y entonces usted podría casarse con ella. La muchacha estaba loca por usted, pero a usted lo que le interesaba era el dinero.

»Una nueva complicación vino a sumarse a sus planes. En Le Pinet vio usted a Jane Grey y se enamoró apasionadamente de ella, y su gran pasión le llevó a un juego aún más peligroso.

»Quería usted el dinero y a la mujer que amaba. Cometiendo un asesinato por dinero no renunciaba usted a recoger el fruto de su crimen. Atemorizó a Anne Morisot, diciéndole que si se presentaba enseguida a revelar su identidad se haría sospechosa. Así pues, le aconsejó que pidiese unos días de permiso y se la llevó a Rotterdam, donde se casaron.

»A su debido tiempo la instruyó minuciosamente sobre la manera de reclamar la herencia. No había que mencionar su empleo de doncella de *lady* Horbury y debía dejar muy claro que ella y su marido no se hallaban presentes en el lugar del crimen. Desgraciadamente para usted, la fecha señalada para que Anne Morisot fuese a París a reclamar su herencia coincidió con mi llegada a aquella ciudad, adonde me acompañó la señorita Grey. Eso no encajaba con su guión. La señorita Grey y yo podíamos reconocer en Anne Morisot a la doncella de *lady* Horbury.

»Procuró usted verla a tiempo, pero fracasó y, cuando llegó usted a París, ella ya había hablado con el abogado. Al reunirse con usted en el hotel, ella le dijo que acababa de encontrarse conmigo. Las cosas se ponían sombrías y resolvió usted actuar sin tardanza.

»Era su intención que su flamante esposa no sobreviviera mucho tiempo a su condición de rica. Después de la ceremonia del matrimonio, firmaron sendos testamentos dejándose mutuamente cuanto tenían. Negocio redondo para usted.

«Supongo que intentaba usted llevar a cabo sus planes sin prisas. Se hubiera ido al Canadá, con el pretexto de haber perdido a su clientela. Allí habría vuelto a llevar el nombre de Richards y su señora se hubiera reunido con usted. De todos modos, no creo que

la señora Richards hubiera tardado en morir, dejando una fortuna a un desconsolado viudo. ¡Entonces hubiera regresado usted a Inglaterra como Norman Gale, tras haberse enriquecido especulando con mucha suerte en el Canadá! Pero, en vista de las circunstancias, creyó usted que no había tiempo que perder».

Poirot se detuvo para tomar aliento y Norman Gale, echando atrás la cabeza, prorrumpió en un carcajada.

—¡Es usted muy listo imaginando lo que se proponen hacer los demás! ¿Por qué no se pone a escribir como el señor Clancy? —Y cambiando de tono, exclamó indignado—: Nunca había oído tal sarta de disparates. ¡No es demostrable, *monsieur* Poirot, todo eso que ha imaginado!

Poirot se mantuvo inalterable.

—Tal vez no. Pero tengo algunas pruebas.

—¿De veras? —repitió Norman, en tono de mofa—. ¿Acaso puede probar que fui yo quien mató a la vieja Giselle, siendo así que todos los que iban en el avión saben bien que nunca me acerqué a ella?

—Le diré exactamente cómo cometió usted el crimen —le contestó Poirot—. ¿Qué me dice usted de lo que contenía su maletín? ¿No estaba de viaje de recreo? ¿Para qué quería la chaqueta blanca de dentista? Eso es lo que me pregunté. Y he aquí la respuesta: por lo mucho que se parecía a una chaqueta de camarero.

»Verá usted lo que hizo. Cuando el café fue servido y los dos camareros pasaron al otro compartimiento, entró usted en el lavabo, se puso la chaqueta blanca, se hinchó los carrillos con algodón, salió, cogió una cucharilla de café del armario, que quedaba al otro lado, corrió a lo largo del pasillo como corren los camareros, cuchara en mano, hasta la mesa de Giselle. Le clavó el dardo en el cuello, abrió la fosforera y soltó la avispa. Inmediatamente volvió al lavabo, se cambió la chaqueta y volvió tranquilamente a ocupar su asiento. Todo en un par de minutos.

»Nadie se fija en un camarero. La única persona que hubiera podido reconocerlo era Jane Grey. Pero ya conoce usted a las mujeres. En cuanto una mujer se ve sola, especialmente cuando viaja en compañía de un hombre agradable, aprovecha la ocasión para mirarse al espejo y empolvarse un poco.

—Realmente —se burló Gale— sería una reconstrucción admirable si fuese cierta. ¿Y nada más?

—Bastante más —afirmó Poirot—. Como he dicho, en las charlas uno tiende a hablar de sí mismo. Usted fue lo bastante imprudente para comunicarme que, durante algún tiempo, estuvo en una granja de Sudáfrica. Lo que no dijo usted entonces, pero que yo he averiguado, es que se trataba de una granja de reptiles.

Por primera vez se reflejó el miedo en la cara de Norman Gale. Intentó hablar, pero no encontró palabras.

—Estuvo usted allí bajo el nombre de Richards —continuó Poirot—. Y allí han reconocido un retrato suyo transmitido por telefacsímil. Esa misma fotografía ha sido identificada en Rotterdam como la del Richards que se casó con Anne Morisot.

De nuevo intentó hablar Norman inútilmente. Se produjo en él un cambio completo. El joven guapo y vigoroso parecía una rata que busca un agujero por donde escapar y no lo encuentra.

—Sus planes se venían abajo rápidamente. La superiora del Institut de Marie precipitó las cosas telegrafiando a Anne Morisot. Ocultar este telegrama hubiera infundido sospechas. Advirtió usted a su mujer que, si no suprimía ciertos hechos, uno de los dos se haría sospechoso de asesinato, ya que, desgraciadamente, ambos estuvieron en el avión al ocurrir el crimen. Cuando, al verla después, se enteró usted de que yo había asistido a la entrevista, apresuró usted las cosas. Temía usted que yo arrancase a Anne la verdad. Tal vez ella misma sospechaba de usted. Le hizo abandonar precipitadamente el hotel. Le administró a la fuerza cianuro en el tren y le dejó el frasco en la mano.

—¡Qué condenada sarta de mentiras…!

—¡Ah, no! Había una contusión en su cuello.

—Repito que todo es mentira.

—Hasta dejó sus huellas dactilares en el frasquito.

—Miente. Llevaba…

—¡Ah! ¿Llevaba guantes? Creo, *monsieur*, que esta confesión nos basta.

—¡Es usted un maldito charlatán!

Lívido de rabia, con el rostro desencajado, Gale se lanzó contra Poirot. Pero Japp fue más rápido que él e, incorporándose de un brinco, lo sujetó con sus manos de hierro mientras decía:

—James Richards, alias Norman Gale, tengo una orden judicial para detenerle bajo la acusación de asesinato. Es mi deber advertirle que cuanto diga servirá de prueba en su contra.

El detenido se echó a temblar con violentas sacudidas y parecía a punto de desmoronarse. Una pareja de policías de paisano aguardaba junto a la puerta. A una orden, se llevaron a Norman Gale.

Cuando se vio sólo con Poirot, el señor Clancy lanzó un profundo suspiro de felicidad.

—¡*Monsieur* Poirot! —exclamó—. Acabo de pasar por la emoción más grande que he experimentado en mi vida. Ha estado usted maravilloso.

Poirot sonrió con aire de modestia.

—No, no. Japp es más digno de admiración que yo. Él ha obrado milagros para identificar a Gale como Richards. La policía de Canadá le busca. Una muchacha con la que estaba liado allí, murió. Al parecer, suicidio; pero luego se han descubierto hechos que parecen indicar que fue asesinada.

—¡Es terrible! —exclamó el señor Clancy.

—Es un asesino —confirmó Poirot—. Y como muchos criminales, atractivo para las mujeres.

El señor Clancy carraspeó.

—Esa pobre muchachita, Jane Grey…

Poirot asintió con tristeza.

—Sí, la vida puede ser muy dura. Aunque es una muchacha valiente y se sobrepondrá al golpe.

Maquinalmente se puso a ordenar una pila de revistas que Norman Gale había derribado con su brinco. Algo llamó su atención: la imagen de Venetia Kerr en una carrera de caballos, charlando con *lord* Horbury y un amigo.

Alargó la revista al señor Clancy.

—¿Ve usted esto? Antes de un año leeremos una noticia: «Se ha concertado la boda, que tendrá lugar en breve plazo, entre *lord* Horbury y *lady* Venetia Kerr». ¿Y sabe quién la habrá logrado? ¡Hércules Poirot! Y aún conseguiré otra.

—¿Entre *lady* Horbury y el señor Barraclough?

—¡Ah, no! Ese par no me interesa en absoluto. No, me refiero a la de *monsieur* Jean Dupont y la señorita Jane Grey. Ya lo verá

usted.

Un mes después, Jane fue a ver a Poirot.

—Debería odiarle, *monsieur* Poirot.

—Ódieme un poco, si quiere. Pero estoy persuadido de que es usted de las personas que prefieren saber la verdad, por cruel que sea, a vivir en un falso paraíso, aunque tampoco hubiera vivido en él mucho tiempo. Librarse de las mujeres es un vicio que va en aumento.

—¡Con lo atractivo que era! —exclamó Jane, y añadió—: Jamás volveré a enamorarme.

—Claro —aceptó Poirot—. El amor ya ha muerto para usted.

Jane asintió.

—Pero lo que ahora debo hacer es trabajar, ocuparme en algo interesante que absorba mi pensamiento.

—Le aconsejaría que se fuese a Irán con los Dupont. Tendría una ocupación interesante, si quiere.

—Pero… pero yo creía que eso era sólo una broma.

—Al contrario. Se me ha despertado tal interés por la arqueología y la cerámica prehistórica que les he mandado el donativo prometido. Y esta mañana he tenido noticias de que confiaban en que usted se uniera a la expedición. ¿Tiene usted nociones de dibujo?

—Sí, en la escuela dibujaba bastante bien.

—Magnífico. Se divertirá usted de lo lindo.

—Pero ¿de veras desean que vaya yo?

—Cuentan con usted.

—Sería maravilloso poderse alejar una temporada. —Los colores afluyeron de pronto a su rostro—. *Monsieur* Poirot… —lo miró con cierto recelo—… ¿no dirá eso sólo para mostrarse amable?

—¿Amable? —repitió Poirot, fingiendo horrorizarse ante la idea —. Puedo asegurarle, *mademoiselle*, que, cuando se trata de dinero, sólo soy un hombre de negocios.

Parecía tan ofendido que Jane rápidamente se apresuró a disculparse.

—Quizá —aceptó ella— no sería mala idea que visitase algún museo, para familiarizarme con la cerámica prehistórica.

—Muy buena idea.

Ya en la puerta, decidió volver junto a Poirot para decirle:

—Tal vez no haya sido amable con todos en este caso, pero ha sido usted muy bueno conmigo.

Y tras darle un beso en la frente, se alejó.

—*Ça, c'est très gentil*! —exclamó Hércules Poirot.

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el*

Nilo (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.